

HISTORIA
DE LOS
SIETE SABIOS
DE ROMA

COMPUESTA

POR MARCOS PEREZ.



CON LICENCIA.

Barcelona : Por RAFAEL FIGUERÓ Impressor.

HISTORIA DE LOS SIETE SABIOS DE ROMA

CAPITULO PRIMERO.

COMO EL EMPERADOR PONCIANO encomendó ſu hijo à los ſiete Sabios, que lo enſeñaſſen, y de la experiencia, que dél hicieron.



N el tiempo que regia la Monarquia Romana el Emperador Ponciano, hombre ſabio, y muy prudente, tomó por muger à la hija de un Rey, la qual era en demaſia hermoſa, y gracioſa, y la qual muy extremadamente amó, y parió dèl un hijo, que huvo por nombre Diocleciano, el qual fue de todos muy querido; y paſſados ſiete años la Reyna ſu madre adole-

ciò gravemente : y viendo , que escapar no podia , embió un mensagero à la Magestad del Emperador , que viniesse à mas andar à verla : y luego que llegó , ella dixo : Señor , yo sè , que tengo de morir desta dolencia , y porende antes que muera , os quiero pedir por merced sola una cosa ; y èl respondió : Demanda qualquier cosa , que todo lo otorgarè. Entonces dixo ella : Yo creo , que despues de mi fin , segun veo ser à vos expediente , tomarèys otra muger : por tanto os pido por merced , que ella ningun mando sobre mi hijo tenga ; mas hazedlo criar muy lexos de ella , y aprender alguna buena crianza. Respondió el Emperador : Señora , yo os prometo de cumplir vuestra demanda ; y dicho esto , bolviòse la Emperatriz , y diò el espiritu à Dios: El Emperador lloró muchos dias , y no quiso casarse. Y estando alli un dia, holgandose en su camara , pensó muy ahincadamente en su hijo, diciendo entre sì : Yo tengo un solo hijo , que será mi heredero : porende bien será, que mientras es mozo, aprenda alguna buena doctrina , con que despues de mi muerte èl pueda bien regir el Impe-

rio :

rio: y assi luego de mañana como se huvo levantado, llamó los Principales de su Consejo, porque en esto le aconsejassen; y ellos dixeron: Señor, en Roma ay siete Sabios, que mas que todos los otros Maestros, y letrados, saben: mandalos llamar, y dáles à criar tu hijo. Oyó esto el Emperador, y embió las cartas selladas con su sello, que sin mas tardar viniessen; y ellos vinieron luego: y luego que estuvieron delante del Emperador, dixoles: Amigos mios, sabeis, por què he por vosotros embiado? Y respondieron ellos: Señor, no; mas declaranos tu voluntad, y obedecerte hemos. Entonces dixoles el Emperador: Yo tengo un solo hijo, al qual os quiero dar, paraque lo crieys, y le enseñeys: paraque pueda con vuestra doctrina, despues de mis dias, con gran sesso gobernar el Imperio. Y dixo el primer Maestro, que tenia por nombre Pontillas: Damelo à mi; y en siete años yo le mostraré, quanto yo, y mis compañeros sabemos. Dixo el segundo Maestro, llamado Lentulo: Señor, de mucho tiempo acá os he servido, y aun no he de vos recibido alguna merced: yo quiero al solo, que me dexeys vuestro hijo, paraq̃ le enseñe, yo le harè

ſaber en ſeis años tanto como yo, y todos mis compañeros. Dixo el tercero, llamado Craton: Señor, yo he eſtado en grande peligro de perder la vida, paſſando muchas veces con vos el mar, y nunca me aveys hecho merced alguna: porende ſi en lugar de remuneracion yo recabáre con vueſtra ſeñoria, que me deis vueſtro hijo; en cinco años, ſi tuviere ingenio, yo le enſeñarè, quanto yo, y mis compañeros ſabemos. Levantòſe el quarto Maeſtro, el qual dixo: Yo, y todos los mios ſirvieron à los Emperadores, y ningun galardon recibieron; por la qual cauſa otro no pido, ſalvo, que me encomendeys vueſtro hijo para enſeñarle, è yo le harè ſaber en quatro años, quanto yo, y mis compañeros ſabemos. Y levantòſe el quinto Maeſtro, llamado Joſeph, y dixo: Señor, yo ſoy viejo, y hartas veces he ſido llamado à vueſtro conſejo, y que os hayan mis conſejos aprovechado, ſabeyslo vos muy dien, y por ello ningun beneficio haſta oy be vos he recibido: no os pido en galardon, ſalvo, que me deys vueſtro hijo, è yo me darè tanto à enſeñarle, que en tres años aprovechará tanto, como yo, y mis compa-

ñe-

ñeros. Vino el ſexto, llamado Cleophas, el qual prometió de enſeñarle qualquier ciencia en dos años. Levantòſe el poſtrero, llamado Joaquin, el qual aſſi miſmo demandó al niño, prometiendole enſeñar en un año, quanto ellos todos ſabian. Acabado eſto, dixoles el Emperador: Amados, y fieles mios, y os hago gracias, que cada qual de voſotros ha demandado à mi hijo para criarlo, y enſeñarlo: y ſi aora yo lo encomendaſſe à uno, y lo negaſſe à los otros, habria diſcordia: porende à todos caramente lo encomiendo, que lo crieis, y enſeñeis. Oyendo eſto los Maeſtros, recibieronle, y beſaron la mano al Emperador por ello, y llevaronle à la Corte de Roma; y en el camino dixo Craton à ſus Compañeros: Oìd mi parecer. Si noſotros enſeñamos à eſte mozo en Roma tanto ſerá el concurſo del pueblo, que eſtorvarán al mozo en ſu fantaſia; mas yo sè un vergèl, que eſtá tres leguas de la Ciudad muy deleytable, y de gran paſatiempo: hagamosle alli una camara de cal, y canto quadrada, y pongamosle en medio, y pintemos por las paredes della ſiete artes liberales, de manera, que pue-

da

da vèr el mozo cada rato, como en un libro, ſu enſeñanza; y plugo à todos eſte conſejo, è hizieronlo aſſi: y aſſi ellos con diligencia cada dia enſeñaron al mozo ſiete años. Los quales acabados dixeron los Maeſtros: Bien ſerá; examinemos nueſtro Diſcipulo, por ſaber, como ha aprovechado en las ciencias. Y dixo Pontillas: Còmo lo podremos probar? Reſpondió Craton: Quando eſtuviere durmiendo, pongamosle cada qual à un canto de la cama una hoja de yedra; y preguntemosle deſpues de diſpierto, ſi ſiente algo. Y fue aſſi: en diſpertando, maravillóſe mucho, y alzó los ojos à la cubierta de la camara; y viendo eſto los Maeſtros, dixeron: Señor, por què alzays aſſi los ojos? y èl reſpondió: No os maravilleys; que durmiendo yo, la cumbre de la camara ſe ha bajado à la tierra; ò ſe ha lo de debaxo de mi levantado. Lo qual oìdo, dixeron los Maeſtros entre sì: Por cierto ſi eſte mozo viviere, alguna coſa grande ſerá.



CAPI-

CAPITULO II.

COMO EL EMPERADOR PONCIANO casó otra vez, y como à ruego de su muger embió por su hijo.

EN esto vinieron los del Consejo al Emperador, y dixeronle: Señor, vos teneys un solo hijo: possible seria, le aconteciesse morir; porende bien seria, que tomassedes muger, porque no aconteciesse quedar el Imperio sin heredero: y aunque no faltasse, soys tan poderoso, que puesto que tuviessedes muchos hijos, todos los podriades hacer grandes Señores. Y dixo el Emperador: Pues vuestro consejo es, que yo me aya de casar; buscadme una graciosa, y hermosa donzella, y de gran linage, è yo seré bien contento. Ellos anduvieron muchos Reynos, y tierras, y en fin desposaronle con la hija de Rey de Polonia, que era muy hermosa: y como el Emperador la viesse, luego se enamoró della tanto, que luego se le passó el dolor, y mancilla de la primera muger; y estuvieron mucho tiem-

tiempo ſin hijos. Viendo la Emperatriz, que concebir no podia, eſtava triſte; y oyendo, que el Emperador tenia dado un hijo à criar à ſiete Sabios, el qual era heredero del Imperio, penſava conſigo diziendo: Pluguieſſe à Dios, que fueſſe aquel muerto, y tuvieſſe yo un hijo, que fueſſe heredero del Imperio! Y deſde aquella hora eſtava penſando, como lo podria matar. Acaeciò una noche, que ya eſtando el Emperdor en la cama, dixo à la Emperatriz: Señora mia muy amada, yo te quiero deſde aora adelante deſcubrir los ſecretos de mi corazon: porque debes ſaber, que no ay perſona debaxo de el Cielo, q̃ yo mas ame que à ti: confia pues en mi amor. Reſpondió ella: Señor, pues aſſi es; yo te quiero pedir una pequeña coſa; y èl dixo: Demanda, lo que quiſieres; que yo haré lo que poſſible me ſea. Dixo la Emperatriz: Cierta coſa, que yo no he concebido, de que tengo gran dolor: y es, que pues vos teneis un hijo à enſeñar con los ſiete Sabios, al qual yo eſtimo, aſſi como ſi de mis entrañas ſaliera, ruegote, que embies por èl; porque pues Dios no quiere darme tal fruto, alomenos con èl me conſuelo. Reſpondió el Empe-

rador:

ador: Diez y seys años ha que no lo he visto; pero cumplase tu deseo. Luego en esse punto embió cartas à los siete Maestros, que so pena de perder la vida traxessen para Pasqua de Espiritu Santo su hijo. Luego que los Maestros las cartas leyeron, en anocheciendo, miraron las estrellas, por vér, si les era expediente el ir con el mozo, como el Emperador mandava; y conocieron claramente por las estrellas, que si ellos llevassen al mozo al plazo por el Emperador puesto, à la primera palabra, que el mozo hablasse, moriria mala muerte. Viendo esto los Maestros, estavan tristes; y mirando ahincadamente à una estrella, conocieron, que si en el uiempo por el Emperador puesto no llevavan al mozo, perderian todos la vida. Entonces dixo uno dellos: De dos males el menor deve el hombre escoger: mejor es, que à todos cueste la vida, que el mozo muera: porende no vamos, por salvar la vida deste mozo. Y como estuviessen assi tristes, descendió el mozo de la camara, y vió à sus Maestros tristes; y preguntóles la causa, por que estavan tristes. Ellos dixeron: Señor, cartas avemos recivido

de

de vueſtro padre, que ſo pena de la vida o llevemos allá por fieſta de Pentecostes: ſobre eſto avemos ſacado juìcio de Aſtrolo gia, donde avemos claramente conocido que ſi en el plazo à nos dado os llevamos vueſtro Padre; à la primera palabra, qu hablaredes, morireis deshonradamente. Dixo el mozo: Yo quiero tambien ſacar juìzic por las eſtrellas; y haziendolo, vió un pequeña eſtrella, que ſi eſtava ſiete dias ſin hablar, eſcaparia la vida, y que cada di deſtos le avian de llevar à la horca: y eſto viſto, llamó à ſus Maeſtros, y moſtròles la eſtrella, y dixoles: Mis amigos, claramente en la eſtrella veo, que ſi eſtuviere ſin hablar ſiete dias ſalvaré mi vida. Aora à voſotros, los mas ſabios Maeſtros del mundo, poco os coſtará, que reſponda cada qual un dia por mi, y que ſalve con ſu diſcreta reſpueſta aquel dia mi vida: y yo el octivo dia hablarè por mi, y ſalvarè à voſotros conmigo. Y como los Maeſtros vieron las eſtrellas, conocieron todos, que dezia verdad, y dixeron: Sea Dios bendito; pues nueſtro diſcipulo ſabe mas que noſotros. Dixo Pontillas: Señor, yo os librarè de la muerte el primer dia. Dixo

el

el otro: Yo el ſegundo; y aſſi todos por conſiguiente le prometieron cada qual de ſalvarle un dia la vida. Dicho eſto, viſtieron al mozo de eſcarlata, y cavalgaron en ſus cavallos, y con la gente, que convenia, partieron.

CAPITULO III.

DEL RECIBIMIENTO, QUE HIZO EL Emperador à ſu hijo; y de como la Emperatriz ſu madraſta le requirió de amor ilicito.

LUego que ſupo el Emperador, que venia ſu hijo, ſaliόle al camino à recibir; y al ſaber los Maeſtros, que el Emperador ya ſe acercava, dezian al mozo: Noſotros adelantarnos hemos, y procurarèmos, como cada qual de noſotros ſalvar os pueda: y dixo: Plazeme; pero acordáos de mi en el tiempo de la neceſſidad. Ellos ſe deſpidieron dèl; y adelantandoſe à ſu Ciudad, venia el mozo buen rato lexos muy acompañado; y acercandoſele el Emperador, abrazòle, y besòle, y le dixo: Hijo, què tal eſtás? Mucho ha, que no te he viſto; y èl humillòſe, y ninguna

guna cosa le respondió: de lo qual se mara-
villó el Padre; mas pensava entre sì, que lo
Maestros le huviessen dicho, que no hablass
yendo à Cavallo. Luego que llegaron a
Palacio, y huvieron descavalgado, tomó e
Padre al hijo por la mano, y subió con èl
la sala, y assentòle cabe sì, y miròle, y dixole
Hijo, dime aora, cómo te has con tus Maes-
tros hallado? Còmo te han enseñado? Qu
muchos años ha, que no te he visto. Y e
mozo, abaxado de cabeza, ninguna cosa le
respondia. Dixole entonces el Padre: Qu
tienes, que no hablas? Y como oyó la Empe
ratriz, que el mozo havia venido, y que no
hablava; gozóse, y dixo: Yo quiero ir à
vèrle. Vistiòse muy ricamente, fue con sus
damas à vèrle; y luego que llegò, el Empe-
rador la hizo assentar cabe su hijo; y dixo
ella: Señor, es este vuestro hijo con siete
Sabios criado? El respondió: Este es; mas
no habla. Entonces dixo ella: Dexadmele;
que si en algun tiempo hablò, yo le harè
hablar. Dixo el Emperador: Levantate, y
vete con ella; y el mozo se levantò, è
hizo reverencia de rodillas al Empera-
dor; como quien dize: Presto soy à ha-
zer

zer, lo que mandaredes. Entonces la Emperatriz llevòle à la Camara, y mandò salir à todos, y puso al mozo cabe sì, àcia la cama; y dixo: Amigo mio Diocleciano, mucho he oìdo de tu hermosura, y alegrome, que veo con los proprios ojos, à quien tanto amo. Ya tu debes saber, que yo he sido causa, que tu Padre embiasse por ti, porque me consolasse contigo: y certificote, que por tu amor he guardado mi virginidad, paraque della gozasses: hablame, y dormirèmos ambos juntos. El mozo ninguna cosa le respondiò; y ella, viendo esto, dixo: O Diocleciano, en cuyas manos mi vida está puesta, por què no me hablas, ò alguna señal de amor me muestras? Què harè; (dimelo) que prompta estoy à cumplir tu voluntad? Dicho esto, abrazòle, y queriale besar; y el bolviò el rostro y no se lo quiso consentír; y dixo ella: Hijo, por què hazes esso conmigo? Pues ninguno nos puede vèr; dormirèmos juntos y conocerás, como he guardado para ti mi virginidad: y èl apartòle el rostro, y no quiso bolver ácia ella. Viendose desdeñada, mostròle los pechos, y dixole: He aqui, hijo, mi persona, que está à tu mandar: cumple mi de-

deseo; que en otra manera yo peligrarè. Y el mozo ningun amor le mostrò; mas quanto podia trabajaba en apartarse della. Como ella viesse esto, dixo: O dulce hijo mio, si no quieres tomar placer conmigo, ni aun hablarme, quizá por algun buen respeto; he aqui papel, y tinta: si por tu boca hablar no quieres, escrive siquiera, què es tu voluntad, y si devo jamás en tu amor tener confianza, ò no. El mozo tomò el papel, y escriviò esto: Guardeme Dios, Señora, que yo quebrante el vergel de mi padre; que en hazerlo, no sè, que fruto ganasse: esto sè, que delante de Dios pecaria gravemente, è incurriria en la maldicion de mi padre: porende no me combideys en adelante à cosa tan vil.

CAPITULO IV.

COMO DIOCLECIANO, POR NO QUERER consentir con el deseo de la Emperatriz, fue por el Emperador su padre sentenciado à ser ahorcado.

LUego que la Emperatriz huvo leìdo la cedula, con los dientes, y con las uñas

se

ſe deſpedazó todos los veſtidos haſta el ombligo, y el roſtro, haſta que ſaliò ſangre, y deſtocòſe, y dió grandes voces, diciendo: Ayuda, ayuda, antes que eſte vellaco me deſhonre. Eſtando el Emperador en la ſala oyó los gritos, y entró, corriendo, en la camara, y preguntó, què es, lo que avia, y ſiguieronle muchos Cavalleros. Entonces dixo la Emperatriz: Señor, aved compaſſion de mi: que eſte no creo, ſea vueſtro hijo, mas algun rufián deſcreído: porque yo, como ſabeis, le puſe acá dentro conmigo, por rogarle, que hablaſſe, en lo qual yo he hecho, quanto he podido; y en comenzandole à hablar, acometió à quererme deshonrar; y porque no ſe lo quiſe conſentir, queriame forzar, y yo reſiſtí, quanto pude, por evitar tamaño eſcandalo, tanto, que todo el roſtro me ha con las uñas deſſollado haſta derramar ſangre, y me ha deſtrozado, como ya lo veys: y ſi à mis gritos luego no acudierades; èl huviera conmigo cumplido ſu mal deſeo. Y el Emperador, viendola tan ſangrienta, y los veſtidos, y arréos todos raſgados, y ſu querella, enſañóſe mucho, y mandólo prender à los de ſu guardia: y aſſentado en ſu rica ſilla, mandó,

que lo ahorcaſſen. Oyendo eſto los del Conſejo, dixeron: No teneys ſino un ſolo hijo: no es bien ligeramente matarlo. Ley eſtá pueſta, para los que la traſpaſſan; y porende ſi por la ley morir deve, muera; porque no ſe diga: He aqui el Emperador, que ſin juſticia ha muerto con ira à ſu hijo. Y èl, oyendo eſto, mandòle echar preſo, haſta que ſe vieſſe por juſticia. Luego que la Emperatriz oyó eſto, que no era muerto el mozo, lloró mucho, y no queria conſolarſe: y à la noche entró el Emperador en la camara, y halló à la Emperatriz llorando, à la qual dixo: Señora, por qué te atormentas? Ella le dixo: No teneys en nada por cierto, que vueſtro hijo ha cometido tan grande afrenta, y deshonra: me dixiſteys, que lo mandariades ahorcar; y no aveys cumplido la palabra, que me diſteis, y yo quedo con mi verguenza. A la qual reſpondió el Emperador: Mañana morirá por juſticia; que en otra manera la honra de nueſtro eſtado ſe deſdeñaria. Y dixo ella entonces: O Señor! Cómo, tanto ha de vivir? Por cierto à vos acontecerá con èl, como acaeció una vez à un Romano antiguo con un pino pequeño. Dixo el Emperador: Ruegote, que

me

me digas esse exemplo, y comenzó assi.

CAPITULO V.

COMO LA EMPERATRIZ, POR UN exemplo de un pino, induxo al Emperador, à que matasse à su hijo.

HAvia en la Ciudad de Roma un Ciudadano, que tenia un hermoso huerto, donde estava un pino muy lindo, que hacia cada año un fruto de tanta virtud, que qualquiera que dèl comia, si estava doliente, y leproso, cobrava salud, ỳ era limpio. Acaeció un dia, que aquel Ciudadano entró en el huerto, y fue à vér el arbol, y vió debaxo del arbol otro pino pequeño muy hermoso, que crecia, y llamó al hortelano, y dixole: Amigo, haced de manera, que de este pinito tengays grande cuydado; que yo espero plantarle mejor, que no está este grande. Al qual dixo el Hortelano: Señor, placeme. Fue otra vez el Ciudadano à ver el pino, y parecióle, que no crecia tanto la verga, como devia, y dixo al Hortelano: Qué es, que no crece el pinito, co-

mo deberia? Dixo el Hortelano: Señor, no es maravilla; porque eſte arbol grande deſciende tanto para abaxo, y tiene tan anchas las ramas, que le quita el Sol, y no le dexa crecer. Dixo èl entonces: Cortale los ramos, y daràle el Sol, y el ayre. Hizolo aſſi el Hortelano; y vino el Ciudadano otra vez à vèr el arbol, y no le pareció, que medrado huvieſſe; y dixo al Hortelano: Aun eſta verguilla no aprovecha; y no puedo vér, que és, lo que le embaraze. Reſpondió el Hortelano: Yo creo, que la altura deſte otro mas viejo le quita la lluvia, y por eſſo no medra. Dixo el Ciudadano: Pues que aſſi es, cortarle del todo; que yo eſpero, que eſta verguilla ſaldrá mucho mejor. Oyendo eſto el Hortelano, hizo, lo que ſu amo le mandó: cortò el arbol del todo; lo qual hecho, la planta de la verga ſe muriò; y aſſi ningun fruto della alcanzò, mas ſiguiòſe gran daño. Sabiendo eſto los pobres, y dolientes, maldixeron, à quantos aconſejaron, que el arbol ſe cortaſſe, y mediante el qual ellos ſanavan. Entonces dixo la Emperatriz: Señor, aveyſme entendido? Y èl reſpondiò: Si. Dixo ella: Con todo yo os quie-

ro

ro declarar, lo que he dicho. Este arbol es vuestra noble persona, por quien muchos pobres mezquinos son ayudados; y el arbol pequeño es vuestro hijo maldito, que ya comienza por su enseñanza à crecer, y trabaja, como puede cortar los ramos de vuestra potencia, y conquistar la buena gloria, y estudia en destruir vuestra persona, porque pueda reynar mas, que es lo que entonces aconteciò: y los pobres, y baxos maldecirán, à los que pudieron echar à perder à vuestro hijo, y no lo hicieron. Yo os aconsejo, que mientras esteys en vuestro poder, y esteys sano, le destruyais, porque no os eche la gente maldiciones. Dixo el Emperador: Què consejo me has dado! Yo te certifico, que mañana le condenarè.

CAPITULO VI.

COMO LLEVARON AL HIJO DEL Emperador à ahorcar; y como el Emperador revocó la sentencia.

QUando vino el dia, que havia de dar la sentencia, estaba assentado el Emperador

dor en ſu ſilla, y mandò à los de la guarda, que llevaſſen à ſu hijo à la horca con trompetas; y llevandolo aſſi, ved aqui una voz del Pueblo, que dezia: Mirad, que llevan un hijo, que mas no tiene el Emperador, à la horca. Llevandole aſſi, el primero Maeſtro, llamado Pontillas eſtava cavalgando, y encontròſe con la gente; y como viò el mozo al Maeſtro, ſaludòle inclinando la cabeza; como quien dice: Acordaos de mi, quando fueredes delante de mi Padre; que bien veis, que me llevan à la horca. Entonces dixo el Maeſtro à los Alguaciles: No os deis priſſa; que yo eſpero, que por la gracia de Dios le librarè oy de la muerte: y todo el pueblo le reſpondiò: Maeſtro, id à mas andar al Palacio, y ſalvad à vueſtro diſcipulo. Diò de las eſpuelas al cavallo; y en llegando al Palacio, hincòſe de rodillas ante el Emperador: al qual dixo el Emperador: Nunca Dios te dè vida. Y el reſpondiò: Otro recibimiento merecia haver de V. Mageſtad. Dixo el Emperador: Tu mientes; que yo dí mi hijo à ti, y à tus compañeros, que hablava muy bien, y era de muy buenas coſtumbres; y aora es mudo,

do; y lo peor que ha cometido, es deshonrar à mi muger; y por ende morirá, y vosotros morireis deshonradamente. Dixo el Maestro: Señor, quanto à lo que decís del mozo, que no habla, sabelo N. Señor Dios, que en nuestra compañia muy bien hablava; pero aora, porque no habla, N. Señor Dios lo sabe, y no es sin alguna razon, lo qual V. Magestad no sabe. Y à lo que decis, que quiso forzar à vuestra muger la Empeeratriz; respondoos, que diez, y seys años ha estado con nosotros, y nunca del pudimos conocer tal cosa. Y por tanto, Señor, yo os digo una cosa, que si matays à vuestro hijo por la palabra de vuestra muger; peor os acontecerá, que à aquel Cavallero, que por lo que su muger le dixo, mató un muy aventajado Lebrèl: el qual libró à su hijo de la muerte. Dixo el Emperador: Dime esse exemplo, y èl respondió: Señor, no os lo diré: y la razon es; porque antes que mi razonamiento acabasse, podria ser vuestro hijo ahorcado; y entonces en vano le avria contado. Mas si place à V. Alteza oír mi exemplo tan notable, mandad tardar la execucion de vuestro hijo

hasta

haſta mañana; y quando hubiere acabado, cumplaſe vueſtra voluntad, en lo que mandàreis. El Emperador, oyendo eſto, revocó la ſentencia, y mandó, que lo bolvieſſen à la priſion, haſta que el Maeſtro acabaſſe de dezir ſu exemplo; y entonces el Maeſtro comenzó à decir aſſi.

CAPITULO VII.

COMO POR EXEMPLO DE UN CAVAllero, y un Lebrél ſuyo, libró el primer Sabio al hijo del Emperador, el primer dia, de la muerte.

HAbia un esforzado Cavallero, que no tenia mas de un hijo, como vos, Señor, y era niño; y tanto lo amaba, que para ſu guarda le puſo tres amas, paraque la una criaſſe, la otra le levaſſe los veſtidos, las rodillas y los pañales, y la otra, paraque le adormecieſſe, quando lloraſſe; y deſpues deſte niño tuvo el Cavallero dos coſas, que amó en demaſia; es à ſaber, un Lebrèl, y un Falcon: porque eſte Lebrèl, quando corria trás alguna caza tomabala, y haſta

hasta que su señor viniesse, no la queria matar: y quando su señor se ponia à punto, y se armaba para ir à pelear, si no le era muy conveniente; luego quando el señor cavalgava, el Lebrèl tenia el cavallo por la cola, y dava muy grandes ladridos; y por estas señales el Cavallero sabia, quando era bien ir à la pelea, ò quando no. Y assi mismo amó al Falcòn; porque nunca desfalleció, quando boló, por ninguna ave. El Cavallero deleytabase cosa de maravilla en tornéos, y justas: y assi una vez hizo pregonar en su Castillo un tornéo, al qual muchos vinieron, y el Cavallero entró en aquel tornéo, y su muger con sus doncellas fueron à mirar el tornèo: y las amas de su hijo, quando ninguno estaba en casa, fueron tambien à mirar, y dexaron al niño solo en una cuna, donde yacia, y el Lebrèl cabe la puerta, y estaba el Falcon en la percha. Avia una culebra escondida en un ahujero del Castillo, que ninguno sabia della; y como sintió la culebra, que ninguno estaba alli, sacó su cabeza, fuera, y à ninguno vió, sino al niño, que yacia. Salió para matar al niño; y viendo esto el Falcón, miró al Lebrèl, y

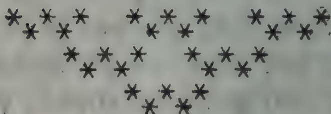
como le vió dormir, hizo gran ruído con las alas, para dispertar al Lebrèl, porque guardasse al niño. Dispertó el Lebrèl, y vió à la serpiente cabe el niño, y fuese para ella, y pelearon ambos à dos muy fuertemente, hasta que la serpiente hizo mucho mal, y dió grandes bocados al Lebrèl, y le sacò tanta sangre, que la tierra al rededor estaba llena. Entonces el Lebrèl arremetió con furia contra la serpiente, tanto, que la cuna se trastornó entre ellos; pero el niño no cayó. En fin el Lebrèl matò la serpiente, y despues pusose cabe la puerta, lamiendose sus heridas. Despues desto, acabado el tornèo, vinieron las amas, y entraron en la sala; y como viessen la cuna desbaratada, y trastornada, y la tierra al rededor sangrienta, y el Lebrèl muy maltratado, y ensangrentado, creyeron, que el Lebrèl hubiesse muerto al niño: y no fueron tan comedidas, ni tan discretas, que mirassen la cuna, y reparassen, que era del niño: mas dixeron: Huyamos; porque el señor no nos dè la culpa, y quizá con la saña no nos mate: y huyendo topò la señora con ellas, y dixoles: Por què llorays, y huís? Y

ellas

ellas reſpondieron: O ſeñora, ay de noſotras! Que el Lebrèl, que nueſtro ſeñor ama tanto, ſe ha comido à vueſtro hijo, y eſtá cabe la puerta todo ſangriento! Oìdo eſto, la ſeñora cayò en el ſuelo, como loca, llorando, y dando voces, diziendo. Ay de mi! Què harè Aora he perdido mi unico hijo. Eſtando en eſto vino el ſeñor del tornèo; y viendo, como ſu muger lloraba, preguntò luego, què coſa era, y de què lloraba; y dixo ella: Señor, nueſtro Lebrèl, que tanto amais, ha muerto à vueſtro hijo: alli yace cabe la puerta harto de ſangre del niño: y el Cavallero movido de ira entrò en la ſala, y el Lebrèl, como acoſtumbraba, llegòſe al ſeñor, como alhagandole; y el Cavallero luego en eſſe punto ſin mas tardar arrancò la eſpada, y cortòle la cabeza. Y ella dixo: Ayer te dixe otro, y ninguna coſa aprovechò. Hecho eſto fueſe à la cuna, y hallò vivo al niño, y cabe la cuna la ſerpiente muerta, y en las ſeñales conociò, que por la pelea del Lebrèl con la ſerpiente avia eſcapado ſu hijo; y entonces con grandes vozes, y lagrimas, deſcabellandoſe, y meſſandoſe, dixo: Ay de mi! Que por la palabra de mi muger he

muer-

muerto el Lebrèl tan bueno, que la vida de mi hijo ſalvó, y mató la ſerpiente! Y dicho eſto, quebró la lanza del tornéo de tan grande melancolía, que tuvo, y fueſe à la tierra ſanta, donde lloró toda ſu vida. Entonces dixo el Maeſtro al Emperador con muy gran repoſo, y ſoſſiego: Señor, hame entendido vueſtra Mageſtad, y reſpondió: Por cierto ſi. Dixo entonces: Certificoos, que ſi à vueſtro hijo por los dichos de vueſtra muger mataredes; peor os acontecerá, que à aquel de ſu Lebrèl. Dixo el Emperador entonces; Por cierto muy buen exemplo has dicho; y por tanto te doy palabra, que ſin duda no morirá en eſte dia mi hijo; y el Maeſtro reſpondió: Si aſſi hicieredes, hareis como diſcreto; pero yo os hago infinitas gracias, por la merced, que me habeis hecho en perdonarle oy.



CAPI-

CAPITULO VIII.

COMO POR UN EXEMPLO DE UN PUERco montés, y de un Paſtor, perſuadió la Emperatriz al Emperador, que mataſſe à ſu Hijo.

QUando la Emperatriz oyó, que no era aun muerto el Mozo, comenzó à llorar agriamente, y ſentoſe ſobre la ceniza de triſteza, y no queria alzar la cabeza. Luego que lo ſupo el Emperador, entrò en la camara, y dixo: Señora, por què os afligìs tanto? Y ella reſpondiò: Por què me decis eſtas coſas? No ſabeis, lo que por vueſtro hijo he hecho, y me prometiſteis, que moriria; y aun es vivo? Yo creo, que os acontecerá, como en dias paſſados à un puerco montès, y un Paſtor. Dixo el Emperador: Ruegote, que me digas eſſe exemplo por mi conſuelo. Què aprovecha, aunque te cuente eſte? Pero con todo lo dirè; y ſi paras bien atencion, habrás gran provecho. Y ella comenzò deſta manera. Hubo un Emperador, que tenia una ſelva grande, donde havia

un

un muy grande puerco, que à quantos pasſavan mataba: y el Emperador, queriendo remediar esto, hizo pregonar por todo e Imperio, que si alguno à este puerco matasſe, despues de sus dias le daria à su hija, qu no tenia mas, con todo su Imperio. Hecho el pregon, no se hallò ninguno, que à esto se dispusiesse. Entonces habia un Pastor d ovejas, que pensaba consigo: Por cierto si yo matasse este puerco, no solament aprovecharia à mi; mas aun tambien à todos los mios ensalzaria; y tomò su cayado, y entrò con èl en la selva: y quando el puerco lo viò, bolviò para èl; y el Pastor subiòse à un arbol, y el puerco roía el arbol, tanto, que parecia al Pastor que estaba el arbol para dar en el suelo Habia en el arbol mucha fruta; y el Pasto cogiò de la fruta, y echòle al puerco tanta, que el puerco se hartò, y se echò à dormir. Viendo esto el Pastor, descendiò poco à poco del arbol, y con la una Mano fregò al puerco, y con la otra tenia al arbol; y viendo, que reciamente dormia, sacò su cuchillo, y matò al puerco, y tomò por muger la hija del Emperador; y despues d
la

la muerte del Emperador alzaronle por Rey. Entonces dixo la emperatriz: Señor, habeiſme entendido? Reſpondiò èl: Por cierto ſi, muy bien. Y ella, declarandoſe, le dixo: Eſte puerco tan fuerte ſignifica la perſona, contra quien ninguno reſiſtir puede; y el Paſtor con el cayado ſignifica la perſona de vueſtro hijo maldito, que comienza con el baſton de ſu ciencia à engañaros: y como el Paſtor, que raſcava al puerco, y le hizo dormir, y deſpues le matò; deſta miſma manera los Maeſtros de vueſtro hijo os detienen con falſos exemplos, haſta que vueſtro hijo os mate, porque reynar pueda. Dixo el Emperador: Guardeme Dios, que hagan à mi, como al puerco; y por eſſo tèn por cierto, que mi hijo ſerá oy ahorcado.



CAPI-

CAPITULO IX.

COMO EL SDGUNDO SABIO POR UI exemplo de como una mala muger engañó à ſ marido, y le hizo poner en una picota; libró al hijo del Emperador el ſegundo dia.

ENtonces el Emperador luego mand vista la preſente, que le truxeſſen à hijo, para hacer juſticia dèl; y el ſegund Maeſtro, quando viò eſto, fuèſe luego al Emperador, è hincò las rodillas, è hizo como primero, y dixo al Emperador: Señor, ſi vueſtro hijo dieredes la muerte por las palabras de vueſtra muger; peor os aconteceri que à aquel Cavallero, que por engaño de muger fuè pueſto ſin razon en una picot Dixole el Emperador: O buen Maeſtro, dim còmo aconteciò eſſe exemplo; y èl dixo: Señor, no lo dirè, ſino que deys plazo à vue tro hijo de la muerte, haſta que yo os ay contado el exemplo; y ſi no os revocá de vueſtro propoſito, entonces ſerá vueſt voluntad cumplida. El Emperador entonces

tes otorgòselo, y comenzo à dezir este exemplo, segun se sigue. En una Ciudad avia un Cavallero muy viejo, que tomó por muger una muchacha, como su Magestad tiene, la qual muy mucho la amò, tanto, que cada noche cerrava èl mesmo la puerta de su casa, y ponia las llaves debaxo de su almohada, donde dormia; y avia en aquella Ciudad esta costumbre, que de noche tañían una campana, demanera, que si despues de aver tañido, hallavan alguno en las plazas, y por las calles, los que rondavan la Ciudad, lo tomavan, y le ponian en prision toda la noche, y en la mañana lo ponian en la picota, porque todo el mundo lo viesse. Acaeciò, que este Cavallero, por ser viejo, no contentava à su muger en acto carnal; y por esto la muger amava à otro, y cada noche tomava las llaves, durmiendo con su marido, y se iva à su enamorado, y despues mansamente se tornava à la cama del marido; y haciendolo muchas vezes, acaeciò en una noche, que dispertò el marido, y hallòla menos, y como iva buscando las llaves debaxo de su almohada, no las halló: levantòse luego,

y fue à la puerta, y hallòla abierta, y cerrò la por dentro muy bien. Hecho esto, subiò à los corredores altos de la casa, y por una ventana mirò ácia la plaza; y como fuesse cerca del tercero canto del gallo, vino su muger de casa de su amigo, y como ella hallò la puerta cerrada, estava triste; pero con muy grande furia tocò à la puerta; y respondiò el Cavallero: Mala muger, piensas, que no te he probado muchas noches, y sè, que vás, y me eres alevosa? Certificote, que aqui te quedarás, hasta que vengan, los que la Ciudad velan, y suene la campana. A lo que respondiò ella: Señor, porquè me levantas essa fama? Que en verdad he sido llamada por una esclava de mi madre, y viendo; que de tan buena gana dormiades, no os dispertè, y assi tomé las llaves, y fuy à mi madre, que estava doliente; que yo creo, que mañana havremos de darle el oleo santo; y porque no me lo tomassedes à mal, dime priessa de venir à vos, y hela dexado en muy grande afrenta: porende os ruego; que por amor de nuestro Señor Dios Jesu Christo, y de su bendita Madre la Virgen Maria me abrays, antes que la campana

o ana taña. Y èl reſpondiò: Por cierto no entrarás, haſta que ſea tañida la campana, y los veladores te prendan. Dixo ella entonces: Eſto à ti, à mi, y à todos nueſtros parientes ſeria gran mengua: por tanto por un ſolo Dios te ruego, que me dexes entrar. Y él reſpondiò: Acuerdate, quantas veces has dexado mi lecho, y has cometido alevoſia; y mejor es, que pagues aqui tus pecados, que en el infierno. Y ella repiicò: Señor, por amor de aquel, que en la Cruz puſo las eſpaldas, te ruego tengas miſericordia de mi. Reſpondiò el Cavallero: En vano trabajas; que no entrarás, haſta que la campana ſuene. Oyendo ella eſto, dixo: Señor, tu ſabes, que aqui cabe la puerta eſtá un pozo; y ſi no me abres, yo me echaré en el, antes que por eſta verguenza paſſe. Y èl dixo: Pluguieſſe à Dios, que te huvieſſes echado en él, y que nunca te huviera conocido. Hablando aſſi, puſoſe la Luna, y dixo ella: Señor, pues aſſi lo quereys, yo me quiero lanzar en el pozo; mas primero quiero ordenar mi teſtamento, y ante todas coſas encomiendo mi alma à la glorioſa Virgen Maria, y à todos los Santos, y Santas, y quie-

ro que mi cuerpo ſea ſepultado en la Igleſia de San Pedro; y las otras coſas haganſe, como vos meſmo ordenaredes; y dicho eſto, llegóſe al pozo, y lanzó dentro una gran piedra, que alli eſtava, y eſcondióſe cabe la puerta. El Cavallero, aſſi como oyò el golpe de la piedra, dixo, llorando: Ay de mi, que mi muger ſe ha ahogado! Y el muy à gran prieſſa deſcendiò luego, y corriò al pozo; y ella, eſtando eſcondida, luego que vió la puerta abierta, ſe entró en caſa, y cerrò la puerta, y ſubiòſe à las varandas mas altas, y puſoſe à la ventana, mientras eſtuvo el Cavallero cabe el pozo llorando, y diziendo: O deſventurado, que he yo perdido mi tan querida, y amada muger! Maldita ſea la hora, en que cerrè la puerta! Y oyendo ella eſto, y burlandoſe dél, le dixo: O viejo maldito, còmo eſtás aì à tal hora? No te baſta mi cuerpo? Por qué vas cada noche de puta en puta, y dexas mi cama? Luego que él oyó la voz de ſu muger, gozóſe mucho, y dixo: Bendito ſea Dios, que aun no eres muerta! Mas dime, ſeñora: Por qué dizes eſtas coſas? Pues yo te quiſe caſtigar; y por eſſo yo cerré la puerta; y no repa-

ran

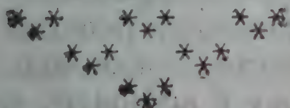
tando antes en tu peligro, quando oì el ruído, yo pensè, que te avias echado en el pozo; y por esso descendí muy presto por ayudarte. Dixo ella: Mientes; que nunca tal cometí: bien parece por cierto verdad aquel dicho vulgar: *El que de algun crimen es ensuziado, siempre trabaja en poner à los otros en el*; y por esso me dices tu, lo que hacer acostumbras. Yo te juro, que tu estarás aqui, hasta que la campana sea tañida, y las guardas cumplirán en tu su ley. Dixo el buen Cavallero: Por què tu me levantas esso; que yo muy viejo soy, y toda mi vida he estado en esta Ciudad, de manera, que yo nunca desto fuy disfamado? Por tanto yo te ruego, que me abras la puerta, y no hagas verguenza à ti, ni à mi; y ella respondiò: Cierto en vano hablas: mejor es, que hagas aqui penitencia, que no en el infierno. Mira, lo que dize el Sabio: que al pobre sobervio, al rico mentiroso, y al viejo loco aborrece Dios. Tu eres grande mentiroso, aunque rico. Què necessidad tuviste de levantarme tan gran mentira? Despues que has tenido à tu plazo la flor de mi mocedad, te has tornado tan loco, que te vás à

vér

vèr à tus mancebas; y por esso muestra Dios grande milagro, en que seas aqui punido, paraque no perezcas para siempre: por lo que sufre con paciencia la pena de tus pecados. Y dixo él: Señora, Dios es misericordioso, y no demanda al pecador sino contricion, y emmienda: dexame ahora entrar, y de grado me quiero emmendar. Y dixo ella: Qual diablo te ha hecho tan buen predicador? Por cierto no entrarás. Y hablando assi, la campana sonó. Oyendo esto el Cavallero, dixo: Señora, ya toca la campana: dexame entrar, porque no sea avergonzado; y ella respondiò: Este tocar pertenece à la salud de tu anima, porque sufras con paciencia la pena. Dicho esto, las escuchas llegaron à donde estava el Cavallero en la plaza, y dixeronle: Amigo, no parece bien, que à esta hora esteys aqui. Y quando ella los oyò, dixoles: Señores, vengadme deste viejo maldito envellacado; que vosotros sabeys bien, quien, y cuya hija soy; pues este maldito cada noche dexa mi cama, y vá con sus mancebas; è yo esperando siempre, que se emmendaria, no lo queria dezir à mis parientes, y nunca ninguna cosa ha aprovecha-

do,

do. Por tanto os pido por merced, que le prendays, y cumplays en èl, lo que manda la ley. Entonces las guardas le prendieron, y pusieron en la prision, y despues en la mañana pusieronle con mucha verguenza en la picota. Entonces dixo el Maestro al Emperador: Señor, haveysme entendido? Y dixole: Si. El Maestro dixo entonces: Señor, si por las palabras de vuestra muger mataredes à vuestro hijo, peor os acontecerá, que a aquel Cavallero. Dixo el Emperador: Aquella fue una maldita muger, que assi echó à perder à su marido; y yo prometo, que por amor deste exemplo no morirá oy mi hijo. Al qual respondiò el Maestro: Si assi lo hizieredes, hareys muy discretamente: y despues os alegrarèys dello. Encomiendoos à Dios, y beso las manos de vuestra Alteza, por averme oído con tanta paciencia, y por el perdon que aveys dado por el dia de oy à vuestro hijo; y assi fue.



CAPI-

CAPITULO X.

COMO LA EMPERATRIZ POR EXEMplo de un hijo, que cortó la cabeza à su padre, commovió al Emperador, à que mandasse ahorcar à su hijo.

COmo oyò la Emperatriz, que el mozo no era muerto, llorò amargamente, y entró en una camara secreta, y messòse, y diò grandes voces, y dixo: Ay de mi, quando nací! Que hija de un tan gran Rey sea puesta en una tamaña confusion, y no pueda desto alcanzar ninguna emmienda! El Emperador fuése luego à ella, y consolóla, diciendo: no lloreis desta manera. Y ella dixo: Señor, el amor, que os tengo, me hace doler mas que el menosprecio hecho. Pues el amor entrañable, que os tengo, há hasta aqui defendido, que no me haya ido à mi padre; porque temo, si lo hiziesse, os acaecerian mil males; porque mi padre con el poder, que tiene, basta à enriquecerme, y vengar mi deshonra. Y el dixo: Guardete Dios; y no dudes, que mientras

vivie-

viviere, nunca te faltaré; y ella respondió: Pluga à Dios, Señor, que largo tiempo vivir podays: mas yo temo, que os acontecerá, como à un Cavallero con su hijo, que la cabeza de su padre no quiso sepultar en el cementerio, aviendo muerto à su padre, por salvarse. Dixo el Emperador: Señora, dime este exemplo, como fue; pues no quiso sepultar la cabeza de su padre, siendo muerto por èl. Y ella respondiò: Plazeme. Avia en Roma un Cavallero, que tenia dos hijas, y un hijo, y hazia aquel Cavallero muchas vezes justas, y tornéos, tanto, que quanto tenia, gastava en tales cosas. En este tiempo avia un Emperador, llamado Octaviano, que de plata, y oro tenia mas que todos los Reyes: tanto que tenia una torre llena de oro, y tenia un Cavallero, que la guardava. El Cavallero, que tanto los tornéos amava, vino à tanta pobreza, que deliberó de vender toda su hazienda, y llamò à su hijo, y dixole: Hijo, aconsejanos, como harémos: forzado por necessidad, conviene vender la heredad, ò hallar otro camino, por donde podamos vivir: pero si la heredad vendemos, tu, y tus hermanas morireys de

ham,

hambre. Respondiò el hijo: Padre, si otra cosa pensar pudiessemos, sin vender la heredad, ya os querria ayudar. Dixo el padre: Yo he pensado una muy buena cosa. El Emperador tiene una torre llena de oro: vàmos de noche con arrèos muy secretamente à minar la torre, y tomarèmos del oro para nuestra necessidad. Respondió el hijo: Padre, buen consejo me parece este, que mejor es tomar del oro del Emperador, y suplir con él nuestro defecto, teniendo en tanta abundancia, que no vender nuestra heredad. Levantaronse de noche ambos à dos con sus aparejos, y fueron à la torre, y minaronla, y tomaron del oro, quanto ambos à dos pudieron llevar. El Cavallero hizo entonces sus justas, y tornèos acostumbrados, y gastólo todo. En este medio la guarda entró dentro de la torre, y viò el robo, y la mina muy grande, y espantóse: Fuèse al Emperador, y contóselo; y dixo el Emperador: Por què me dices tales nuevas? No te encomendè yo mi tesoro? Dame cuenta dèl; y no te cuides de otro. Oyendo él esto, entró luego en latorre, y puso delante del ahujero, por donde avian entrado à robar, una

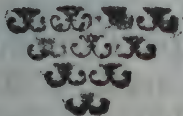
una tina llena de pez mezclada con betumen, y púsola tan diſcretamente, que ninguno entrar podia, que en ella no cayeſſe. No largo tiempo deſpues el Cavallero gaſtó todo el oro, que avia ſacado, y fueron otra vez èl, y ſu hijo à la torre à robar del teſoro: y luego entrando el Padre primero, cayó en la tina llena de pez, y betumen, haſta el cuello; y cómo ſe vió engañado, dixo al hijo: No te acerques; que ſi lo hizieres, eſcapar no podrás. Reſpondió el hijo: Guardeme nueſtro Señor Dios, que no te huvieſſe de ayudar; que ſi aqui te hallaſſen, todos moririamos: y ſi por mi ayuda no te pudiere ſacar, yo buſcarè còmo, preguntandolo à otros. Dixo el Padre: no ay mejor conſejo, ſino que me cortes la cabeza; que hallando el cuerpo ſin cabeza, ninguno me podrá conocer; y aſſi tu, y mis hijas ſereis librados. Reſpondiò el hijo: Padre, bien aveys dicho; pues ſi nos conocieſſen, ninguno de noſotros eſcaparia. En eſſe punto ſacó ſu eſpada, y cortó la cabeza à ſu Padre, y echóla en un pozo, y dixolo à ſus hermanas: las quales muchos dias lloraron eſcondido la muerte de ſu Padre. Deſpues deſto la guarda de la torre entrò, y hallando

el

el cuerpo ſin cabeza, maravilloſe mucho ; y dixoles à ſus criados: Atad eſſe cuerpo muerto à la cola de un Cavallo , y arraſtradlo por todas las calles,y plazas, y reparad, en donde oyeredes grandes llantos : entraréys allá , y prenderéys , à quantos en la caſa hallarèys, y llevarèyslos à la horca ; è hizieronlo aſſi los ſervidores. Y como llevaſſen el cuerpo por delante de ſu caſa , viendo las hijas arraſtrar el cuerpo de ſu Padre , alzaron gran llanto ; y el hermano , como oyó las vozes de ellas ; hirióſe èl meſmo en el muslo , y ſacóſe mucha ſangre. Luego que los Alguaziles oyeron el llanto, entraron en la caſa, y preguntaron la cauſa,por que ellos lloravan y dixo el hijo : No sè , como me caìdo , y me han deſcalabrado ; y como han viſto eſto mis hermanas , y que me ſalia tanta ſangre, dieron vozes, como lo veis; y ellos creyeron , lo que les dixo , y eſtuvo el cuerpo del Padre mucho tiempo en la horca , y ſu hijo nunca quiſo trabajar en quitarlo de la horca , ni ſepultar la cabeza de ſu Padre Entonces dixo la Emperatriz : Señor aveyſ me entendido? Dixo èl: Si. Y ella dixo : Temo , que aſſi ſerá de vueſtro hijo, y de vos

Eſte

Este Cavallero por amor de su hijo vino à pobreza, y primero cometió hurto, y minó la torre, y despues hizose cortar la cabeza, porque el hijo no fuesse avergonzado; y despues el hijo echò la cabeza del Padre en un pozo, y ni en la Iglesia, ni en el cementerio la sepultó, y dexó el cuerpo colgado en la horca, de la qual, alomenos de noche la pudiera muy bien haver sacado. De esta misma manera, vos de dia, y de noche, trabays, por honrar à vuestro hijo, y dexarle rico; mas sin duda èl trabaja en toda confusion vuestra, por poder reynar en el lugar vuestro. Porende yo os aconsejo, que lo mateys, antes que sufrays por èl daño alguno. Respondió el Emperador: Yo creo, que assi hará propriamente mi hijo, como aquel de aquel exemplo, que me has contado; y por tanto yo te certifico, que mañana morirá.



CAPI-

CAPITULO XI.

COMO POR UN EXEMPLO QUE ACAEció à un Cavallero con ſu muger, y una picaza, que mucho amava, librò al tercer Sabio al hijo del Emperador.

LLegada la mañana del tercero dia mandó el Emperador à los Alguaziles, qu llevaſſen à ſu hijo à la horca: lo qual ello puſieron por obra: y llevandolo por la pla za, levantòſe un gran apellido de todo e pueblo, diziendo: Còmo es eſto, que al Pri mogenito del Emperador llevan à la horca Y luego oyendo eſto, levantóſe el tercer Maeſtro, llamado Craton, y topó con èl y luego que el Príncipe lo viò, ſaludòle; co mo quien dice: Acuerdate de mi. Y el Pue blo le dixo: Aguijad al Cavallo, y ſaluda à vueſtro diſcipulo. Y èl dando de eſpue las à ſu Cavallo, corrió al Palacio, y quan do llegó al Emperador, hincó las rodilla delante dèl; y dixole el Emperador: Ma ſeas venido. Reſpondiòle el Maeſtro, dixo: Yo por cierto me tenia por mu

dicho-

dichoſo, y que en mi venida me hariades algunos favores, y mercedes, y que no me recibiriades con ſaña. Y dixo el Emperador: Yo hablo, lo que tu mereces. Y dixo el Maeſtro: Què es, lo que he merecido? Reſpondiò el Emperador: Muerte habilitada: pues mi hijo hablava bien: yo os lo dí, paraque en buenas coſtumbres me lo criaſſedes, y haveyſmelo tornado mudo, y vellaco; y porende os certifico, que oy morirá, y voſotros padecereys mala muerte. Dixo el Maeſtro: Señor, à lo que dezís, que es mudo vueſtro hijo; eſto dexo yo à Dios, que haze hablar à los mudos, y à los ſordos oír: quanto à lo què dezís, que èl quiſo deshonrar à vueſtra muger, yo querria ſaber, ſi alguno lo viò; porque no ay maldad ſobre las maldades de las mugeres, ſegun que por un exemplo yo querria probarlo, que las mugeres ſon mentiroſas: vos quereys por palabras de vueſtra muger matar vueſtro hijo: y ſi lo hizieredes, os acontecerá, como à un noble hombre con ſu muger, y una picaza, que mucho amava. Entonces dixo el Emperador: Por amor de mi, que me cuentes, como ſon las mugeres llenas de mentiras, y
mali-

malicias. Y el dixo: Señor, no lo harè; sin que por oy alomenos revoqueys la senten cia de vuestro hijo: entonces yo os dirè u exemplo, que os acontecerá. Y el Emperado mandò, que cessassen de la execucion, bolviessen à su hijo à la prision. Entonce el Maestro dixo su exemplo desta manera Huvo un Ciudadano rico, que tenia una pi caza, à la qual amava tanto, que cada dia l enseñava de latin, y hebrayco; y siendo mu bien enseñada, qualquiera cosa que veía, oía; dezia à su Señor. Este Ciudadan tenia una muger moza, y hermosa, à l qual amava mucho; mas ella por otra part no lo amava; porque en sus apetitos carna les no le satisfacia, y por esto ella amava un gracioso mancebo, y quando su marid salia de Ciudad, ella embiaba por su amigo Viendo esto la picaza, quando venia el se ñor, contavaselo todo: tanto, que por tod la Ciudad bolava la infamia de su adul terio. El marido castigavala muchas veces y ella respondia: Tu crees esta picaza: se pas, que mientras ella vivirá, avrá entr nosotros siempre discordia. El respondiò: L picaza no sabe mentir; mas como lo vè,

oye,

oye, assi lo cuenta; y por tanto creo mas à ella, que no à ti. Acaeció, que una vez este Ciudadano fue por sus mercaderias à unas tierras lexos: la muger embió luego por su enamorado, y dilató la venida, hasta que anocheciesse, por no ser visto; y assi que llegó, tocó à la puerta: Abriòle, y dixole: Entrad seguramente; que ninguno os ha visto. Y dixole èl assi: Esta picaza nos descubrirá; que por ella somos por toda la Ciudad disfamados: y respondió ella: No te mates; que esta noche me vengaré de la picaza. Y como entró por la sala, donde estava la picaza, oyòle ella, lo que dezia: Señora, mucho temo esta picaza; oyendo tambien lo que ella dixo: Calla necio; que en obscuro no te puede vèr. Entonces la picaza, oyendo esto, dixo: Aunque yo no te veo, oygote muy bien, y sé, que haces maldad à mi amo; y quando èl viniere, yo se lo dirè. El oyendo esto, dixo: No te lo dixe yo; que essa picaza nos ha de traer en gran confusion? Y ella dixo: No tengas miedo; que esta noche nos vengarèmos de la picaza. Entraronse en la camara, y holgaronse los dos: y assi que fue entre gallo, y gallo antes del dia, levantòse

 ella,

ella, y una criada ſuya, y dixole: Trae la eſcalera, y arrimala al techo de la caſa, paraque de la picaza vengar me pueda. La criada puſo la eſcalera, y ſubieron à el techo, è hizieron un ahujero en derecho de la picaza, y lanzaronle encima arena, y piedra, y agua, tanto, que à poco muriera la picaza. A la alva ſalió el enemorado por el poſtigo; y como el ſeñor, à la buelta, ſegun acoſtumbrava, fueſſe luego à viſitar ſu picaza, dixole: O picaza, avecilla mia muy amada, dime, còmo te ha ido en mi auſencia? Reſpondió la picaza: Señor, yo te dirè, lo que he oído. Tu muger, luego que tu partiſte, de noche puſo un hombre en caſa: yo la reprehendia, y le decia, que os lo diria, quando tornaſſedes, y os lo deſcubriria todo: pero no obſtante eſto le puſo en ſu camara, y durmió con èl. En quanto à lo que dices, còmo me he hallado en tu auſencia; aviſote, que nunca peor me fue, que aquella noche; pues me dexaron por muerta: porque el granizo, lluvia, y nieve cayeron toda la noche ſobre mi, tanto, que eſtuve medio muerta. Aſſi como la ſeñora oyó eſto, dixo: Señor no creas à tu picaza, ni la eſcuches; que aquella noche no
gra-

granizó, ni nevó, ni llovió: digote, que todo este año no ha hecho una noche mas serena: por tanto no creas à la picaza. Fuèse el marido à los vecinos, y preguntòles, si avia aquella noche hecho gran tormenta de granizo, y lluvia; y ellos respoudieron, que algunos velaron aquella noche, y que en todo el año no estuvo tan claro, y tan estrellado el Cielo. Bolviò èl à su casa, y dixo à su Muger: Yo te he hallado en la verdad, que aquella noche fue muy serena, assi como dixiste, segun que los vecinos me han dicho. Y dixo la muger: Señor, con esto claramente puedes conocer, que es mentirosa la picaza, y por sus mentiras dias ha que ha puesto entre nosotros gran discordia, y con esto me ha traìdo por toda la Ciudad disfamada. Entonces fue el Ciudadano à la picaza, y dixole: No te dava yo de comer cada dia de mi mano; y tu has entre mi, y mi muger puesto con tus mentiras discordia tanta, que por toda la Ciudad està disfamada? Respondió la picaza: Sabe Dios, que no sè mentir; mas lo que he oído, y visto, te he contado. Dixole el Ciudadano: Tu mientes. No dixiste que aquella noche granizó, nevó,

y llovió tanto, que tu por poco no pereciſte: lo que ha ſido mentira? Yo te aſſeguro, que de aqui adelante no ſembrarás tales diſcordias, y mentira entre mi, y mi muger: y aſſi tomó la picaza, y torciòle el cuello. Aſſi que eſto vió la muger, alegròſe, y dixole aſſi: Señor, bien aveis hecho: de aqui adelante podemos vivir en paz. Quando huvo muerto el la picaza, levantó los ojos para arriba, y viò en lo mas alto de la caſa la eſcalera, y un vaſo de agua, y las piedras, y la arena; y luego que lo viò, conoció el engaño de la muger, y dió un grito muy grande, diciendo: Ay de mi, que por palabras de mi muger he perdido la picaza, y todo mi placer, y he muerto, la que en todas coſas verdad me decia! Y luego de dolor quebrò una lanza, que tenia, y ſe fue à Jeruſalèn, y nunca bolviò con ſu muger. Entonces dixo el Maeſtro al Emperador: Señor, aveiſme entendido? Reſpondió el Emperador muy bien. Y dixo el Maeſtro: No fue maldita la muger, que aſſi con mentiras procurò la muerte de la picaza? Dixo el Emperador: Verdaderamente vellaca fue; y gran compaſſion tengo de la picaza, que aſſi por la verdad perdiò la vida.

da. Certificote, que me has contado muy buen exemplo; y mi hijo no morirá oy. Y dixo el Maeſtro: Señor, ſi aſſi lo hicieredes, diſcretamente hareis: y yo os hago gracias, porque à vueſtro hijo haveis perdonado.

CAPITULO XII.

COMO POR UN EXEMPLO DE UN EMperador, y ſiete Letrados ſuyos, porfió la Emperatriz en aconſejar à ſu marido, que mataſſe à ſu hijo.

OIdo eſto, la Emperatriz hizo grandes llantos, que por todo el Palacio ſe oìan, y decia: Ay de mi, quando Emperatriz me hicieron! Pluguiera à Dios, que muriera, quando acá me traxeron! El Emperador, aſſi que oyò los lloros, entrò en ſu camara, y conſolòla, quanto pudo. Dixole ella: Señor, nunca eſtuve tan triſte, deſpues que ſoy vueſtra muger: pues vos me viſteis ſangrienta, y deſgreñada, y me prometiſteis de matar à vueſtro hijo; y veo, que aun vive. Dixo el Emperador: De buen grado te quiero complacer, y hacer juſ-

ticia,

ticia; mas à dilatarlo ayer me movió un exemplo de un Maestro. Ella dixo: O Señor, vos decís, que por una palabra haveis dilatado la sentencia; digo de verdad, que por todo el mundo no deveriades dexar de hacer justicia; è yo temo, que os acontezca con vuestros Maestros, como aconteció en tiempo à un Emperador con siete Letrados suyos. Dixo entonces el Emperador: Ruegote, que me cuentes esse exemplo; y dixo ella: Para qué tengo de trabajar en vano, que ayer os conté otro muy buen exemplo; y ninguna cosa os ha aprovechado? Por qualquier cosa por vuestro bien, y provecho os cuento, los Maestros de vuestro hijo os mudan, y trastornan luego à la hora; y esto os mostraré claramente con un exemplo. Y dixo el Emperador: Señora mia muy amada, dime esse exemplo, porque pueda mejor guardarme, y mirar por mi; que puesto que aya dilatado la sentencia, no por esso le he hecho gracia de la vida; pues lo que se dilata, no se quita. Y la Emperatriz dixo: Señor de buen grado os lo contarè por vuestro provecho, y porque mejor os guardeis. Siete Sabios estaban en tiempo passado

en

en Roma, por cuyo consejo todo el Imperio se regia: y no obstante esto, en aquel tiempo el Emperador ninguna cosa hizo, ni intentó hacer, sin consejo dellos. Viendo ellos, que el Emperador ninguna cosa hacía sin consejo de ellos, hicieron con cierta arte, que el Emperador, estando en su Palacio, veía bien; mas assi como salia, tornava ciego: y esto hicieron, porque mas sin empacho pudiessen, en quantas cosas al Emperador tocaban, entremeterse, por hacerse grandes. Despues que lo huvieron hecho, no lo pudieron mudar; y assì el Emperador quedó ciego muchos años. Estos siete Sabios ordenaron, que si alguo soñasse algo, que viniesse à ellos con un marco de plata que le dirian, lo que el sueño significava; y de esta manera alcanzaron mucho mas del Pueblo que del Emperador. Estando el Emperador un dia cabe la Emperatriz en la mesa, comenzó à suspirar, y turbarse; y viendo esto la Emperatriz, preguntòle la causa de su tristeza con diligencia; y dixole el Emperador: No es cosa grave, que dias ha que estando fuera del Palacio, estoy ciego; y desto no puedo haver remedio?

dio? Reſpondiò la Emperatriz: Señor, oìc mi conſejo, y nunca os arrepentiréis. Siete Sabios ay en vueſtra Corte, por los quale todo el Reyno ſe govierna: ſi aora aten deis bien, hallarèis, que todos ſon cauſa de vueſtra ceguedad; y ſi aſſi es, ellos ſon dignos de muy vergonzoſa muerte: porende os aconſejo, que embieis por ellos, les digais vueſtra dolencia, y amenazadlos ſopena de la vida, que pongan remedio en ello: y en otra manera, que vos los mandarèis degollar. Eſte conſejo plugo mucho al Emperador; y luego en eſſe punto embiò por los Letrados: y aſsì como llegaron, luego el Emperador les dixo ſu ceguedad, y que ſo pena de la vida le dieſſen remedio. Dixeron ellos: Señor, nos mandais coſa muy dificil; mas pues aſſi lo mandais, dadnos plazo de diez dias, y con la ayuda de Dios noſotros reſponderemos: y fue el Emperador contento. Entonces los ſiete Sabios tratavan entre sì, como le traſtornarian eſto; y no podian hallar, como pudieſſen dar remedio en eſta ceguedad: y eſtando triſtes, dixeron entre sì: Por cierto, ſi no damos remedio al Emderador, muertos ſomos; y aſſi

ivan

van por el Imperio, por ſi les aconteceria
caſo alguna proſperidad, ò ventura de ha-
lar algun remedio, y acaeció, que paſſaron
or una Ciudad, y en medio de la Ciudad
allaron jugando unos niños, y vinoles un
ombre por detrás, diciendo; Tomad un
narco de plata; que yo he ſoñado eſta no-
he un ſueño, cuya ſignificacion quiero, que
ne digais: y como uno de los niños, que eſ-
avan jugando oyeſſe eſto, dixoles: No des à
llos el marco de plata; que yo te lo diré.
ntonces èl contó el ſueño. Yo ví en medio
e un manzanar mio, que ſalia una fuente,
e la qual ſalian tantos rios, que todo mi
nanzanar regaban. Dixo entonces el niño:
uſca una azada, y cava, en donde te pare-
ia, que ſalia la fuente; y alli hallarás tan-
o teſoro, que tu, y todos los tuyos ſereis
icos. Hizolo aſſi; y halló, como el niño le
ixo. Bolvió luego al niño, y diòle el
narco de plata, y èl no lo quiſo tomar; mas
equiriòle, que rogaſſe à Dios por èl: y como
os Sabios vieron, quan diſcretamente el
iño interpretaba, dixeronle: O niño, co-
no te llaman? El reſpondió: Merlin. Dixe-
on ellos: Amigo, noſotros vemos en ti
gran

gran ſabiduria. Una coſa te queremos pro poner; y deſto querriamos por ti ſer informados. Dixo el niño: Decid. Ellos entonces dixeron: El Emperador nueſtro Señor, quando eſtá en el Palacio, vé muy bien ſin empacho; mas luego como ſale fuera tornaſe ciego, que ninguna coſa vè: ſi tu deſto nos puedes dar razon, y darnos remedio; tu recibirás del Emperador grandes mercedes, y grandes honras. Dixo el niño: Sè yo eſto muy bien, y os dirè la cauſa. Y ellos dixeron: Pues vèn con noſotros, para que le ayudes, y hayas digno galardon. Dixo el niño: Prompto eſtoy. Vinieron pues con el niño los Sabios al Emperador, y dixeronle: Señor, he aqui, que os havemos traído eſte niño, que ſatisfará à vueſtro deſeo: à los quales reſpondió el Emperador: Tomarèis à vueſtro cargo qualquier coſa, que eſte hará conmigo. Reſpondieron ellos Señor, ſi; porque noſotros havemos experimentado ſu ſaber. Y el Emperador bolviòſe al niño, y dixo: Sabeſme tu decir la cauſa de mi ceguedad, y darme remedio à ella? Al qual reſpondiò el niño: Señor, ponedme en vueſtra camara cabe vueſtra cama; è yo alli os moſtra-

arè lo que hacer os conviene. Assi que es-
vo dentro, dixo à los pages: Mozos, des-
aced las camas, y los atavios de la camara,
luego vereis maravillas. Hicieronlo luego
ssi, y vieron una fuente, que tenia siete
años, y saliò el agua, como vaporeando.
'iendo esto el Emperador, maravillòse mu-
ho en demasia; y dixo el niño: Señor vès
ta fuente? Sabed, que si no se seca, nun-
a cobrareis la vista. Y dixo el Emperador:
ues, amigo, còmo la secarèmos? Dixo el
iño: Señor, nunca se secará, salvo en
na manera. Y dixo el Emperador: Pues
inosla; que si possible me fuere, yo lo cum-
lirè, por cobrar la vista fuera del Palacio.
l qual respondiò el niño: Señor, aveis de
ntender, que los siete caños desta fuente
on los siete Sabios, que à ti, y à tu Reyno
on traicion han regido; y estos os han ce-
ado, porque ellos pudiessen mejor aprove-
harse, no viendolos vos;y aora no saben da-
os remedio. Señor, oìd aora mi consejo, y
ecarseha esta fuente. Haced cortar la ca-
eza al paimer Maestro, y luego secarseha
l primer caño; y assi por orden, hasta
ue todos sean descabezados; y luego serán
los

los caños de lafuente todos ſecos,y cobrare
la viſta. Quando el Emperador eſto oyò, ma
dò cortar las cabezas à todos los Letrado
lo qual hecho, ſecòſe la fuente, y deſapar
ciò, y cobrò el Emperador la viſta. Deſ
manera miſma entienden vueſtros Sabi
hacer con vos, porque vueſtro hijo reyn
pues eſta fuente es vueſtro hijo, del qual ſale
ſiete caños, conviene à ſaber, los ſiete Sabi
con èl; y nunca podreis remediaros, haſ
que todos los ſiete Letrados ſean muertos
y hecho eſto, eſta fuente ſerá ſeca; es à ſa
ber, vueſtro hijo con todas ſus aſtucias pe
recerá. Mas porque ſus Maeſtros no le ayu
den, ahorcadlo primero, y deſpues à lo
ſiete Maeſtros con èl.

CAPITULO XIII.

COMO EL QUARTO SABIO POR EXEMplo de una muger de un gran Cavallero, que queria amar à un Clerigo, librò al hijo del Emperador.

EL Emperador, oìdo el exemplo, que le dixo la Emperatriz, dixo: Por cierto bien

has

as hablado, y por cierto mañana morirá
ni hijo; y luego por la mañana mandò,
ue su hijo fuesse ahorcado; y llevandole
os verdugos, levantòse gran ruìdo en el
'ueblo: el qual vino luego à las orejas de
Ialquidra el quarto Maestro, el qual ca-
algò muy aprisa, y fue luego à la Mages-
.d del Emperador, y topò con el mozo:
izole este reverencia, y encomendòsele.
.uego que llegò el Maestro, besò las manos
l Emperador; y dixo el Emperador: Nunca
)ios te dè salud, viejo malo; que mi hijo ha-
laba bien, y me lo avis tornado mudo, y
ellaco, tanto, que à mi muger queria for-
ar; y por tanto yo quiero, que èl muera, y
osotros con èl. Dixo el Maestro: Señor, nun-
a tal os merecí. Dios sabe, por que vuestro
ijo no habla: mas presto hablará, y sabreis
tras cosas; mas no es venido el tiempo: y
o que decís, que èl quiso deshonrar vuestra
nuger la Emperatriz, no son tales palabras
e creer, ni por dicho de una muger deveis
entenciar à vuestro hijo: y si aora por la
alabra de vuestra muger condenais à
nuerte à vuestro hijo, peor os acontecerá,
ue à un viejo con su muger: lo qual pro-
barè.

baré. Dixo el Emperador al Maestro: Quiere
tu hacer conmigo, como hicieron los siet
Sabios con el otro Emperador? Y èl respon
dió: Señor, el pecado de uno, ni de veinte
no deve redundar en mal de los otros; qu
en cada estado ay buenos, y malos: mas un
cosa os digo cierta, que os acontecerá mal
si oy à vuestro hijo matáredes por las pala
bras de vuestra muger: lo qual querria o
mostrar por exemplo muy señalado. Al qua
dixo el Emperador: Maestro, ruegoos, qu
nos lo digais por nuestro bien. Respondió e
Maestro: Soy contento, si oy librais à vues
tro hijo de la muerte, y no en otra manera
y el Emperador se lo otorgó; y comenzó
assi. Havia un Cavallero viejo muy buen
hombre, que estuvo mucho tiempo sin mu-
ger, è hijos: en fin vinieron sus amigos à
aconsejarle, que tomasse muger; y el Cava-
llero assi aconsejado, y por tantas veces im-
portunados por sus amigos, otorgòlo; y ellos
le casaron con una hija de un Romano rico
muy hermosa, el qual como se viò ciego
por amores della, comenzòla à amar en
demasia: y como hubiessen estado mucho
tiempo en uno, y no huviesse dèl con-
cebi-

cebido la muger ; acaeció una mañana, que ella iba à la Igleſia : topó la madre con la hija ; y ella ſaludó à la hija muy graciosamente, diciendole : Hija, còmo te contentas de tu marido ? Reſpondiòle la hija : Madre mia, mucho mal ; porque me aveis dado un viejo podrido, que cierto à mi me deſplace mucho, y quiſiera, que en aquel tiempo me ſepultaredes antes viva : pues tanto querria comer, y dormir con un puerco, como con èl ; por lo que ya no puedo ſufrirlo, mas otro quiero tomar por amigo. Dixole a madre : Guardate hija, y advierte, que yo eſtuve tanto tiempo con tu padre, y nunca al me paſsó por la imaginacion. Reſpondió a hija : Madre, no fue maravilla, que voſotros erades mozos, y de una edad, y el uno omaba placer con el otro ; è yo ningun deleite corporal dèl recibir puedo; pues frio eſtà, y no ſe mueve en la cama conmigo. Y dixo la madre : Si quieres amar dí, à quien. Reſpondió ella : A un Clerigo quiero amar. Dixo la madre: Mejor ſerá, y menos pecado, tomar por amigo à un hombre de armas, que un Clerigo. Reſpondiò la hija : Eſſo niego o : y la razon es eſta : Si yo à un Cavallero,

ù hombre de armas amaſſe, luego ſe ha
taria de mi, y deſpues me deſecharia: l
que el Clerigo no hará, que mi honra, c
mo la ſuya, es obligado à guardar; y aun l
Clerigos mejor ſe han con ſu amiga, que l
ſeglares. Dixo la madre: Oye mi conſej
Los viejos ſon muy cuerdos: tientalo pri
mero; y ſi te libráres ſin pena, entonc
ama al Clerigo. Reſpondió ella: No pued
tanto eſperar. Dixo entonces la madr
Ruegote, que eſperes, haſta que lo ayas pr
bado. Reſpondió la hija: Por tu amor ſe
neceſſario eſperar, haſta haver probad
mas dime, còmo lo probaré? Dixo la madr
El tiene un arbol en ſu huerta, que le eſti
ma mucho: còrtalo, mientras èl vá à ca
za, y haz fuego dèl: y ſi te lo perdonare
entonces puedes ſeguramente amar al Cle
rigo. La qual, oìdo el conſejo de ſu madre
tornò à ſu caſa; y dixo el marido: Donde ha
eſtado tanto? Reſpondiò ella: En la Igleſia
donde topé à mi madre, con la qual ha-
blé un poco; y aſſi diſſimuló gracioſ-
mente, y deſpues de comer, à hora con-
veniente fue el ſeñor à caza. Entonces dix
la ſeñora al hortelano: Corta eſte arbol nue-
va-

vamente plantado, que hace grande viento; y mi señor vendrá de la caza muerto de frio, è yo quiero, que halle buen fuego, paraque se caliente. ResPondiò el hortelano: Señora, por cierto no harè yo esto; que el señor mas quiere este arbol, que todos los otros: pero yo bien os ayudarè à cortar la leña, que limpiandole le podremos haver, porque el señor no se enoje; mas no le cortarè. La señora, oyendo esto, arrebató el seguron de las manos del hortelano, y cortò el arbol, è hizolo llevar à su casa. Quando vino el señor à la noche de la caza, hizo hazer la señora un gran fuego, y salióle à recibir, y puso una silla, en donde se assentasse al fuego, y assi que se huvo un poquito calentado, y sintió el olor del fuego, llamò al hortelano, y dixole: Segun el olor, pareceme, que el arbol nuevo es este, qire arde. Respondiò el hortelano: Señor, assi es, que la señora ha cortado el arbol. Dixo el Cavallero: Valgame Dios, que mi arbol se ha cortado! Respondió luego la señora: Antes, señor, yo le he hecho, viendo, que era tiempo frio, y que veniades aterido, y por esso yo mandè, que por amor,

vueſtro le cortaſſen. El Cavallero, oyendo eſto, mirandola con ſobrecejo, dixo O maldita, còmo oſſaſte el arbol, que tant me agradava, cortar! Y ella, oyendo eſto, quexandoſe dixo: O ſeñor mio, por gran bien y provecho vueſtro lo he hecho, y aveysl en mal? Y llorando, dixo: Ay de mi, quando nacì! Y el Cavallero luego que viò la lagrimas de la muger, y oyò las quexas, fu movido à compaſſion, y dixole: No llores y acuerdate para en adelante, que no me eno jes en coſa, que yo ame. Deſpues de amanecido, yendo à la Igleſia otra vez, topó ſu madre con ella, y ſaludaronſe. Entonces dixo la hija à la madre: Sepas, ſeñora, que de oy en adelante yo quiero, que ſea mi amigo el Clerigo; que yo he provado à mi ſeñor, como tu me aconſejaſte, y con unas pocas de lagrimas luego me perdonó. Reſpondiò la madre: Hija, aunque los viejos una vez diſſimulen; pero deſpues doblan la pena; y por eſſo te aconſejo, que aun la pruebes otra vez. Y dixo la hija: no puedo mas eſperar; que tanto eſtoy enamorada del Clerigo, que no es coſa de poderlo dezir; y por eſto de mi deveriades haver compaſſion, y no me acon-

aconſejeis jamás dilacion de tiempo. Reſpondiò la madre: Hija mia, yo te ruego, que por el amor, que me tienes, le tornes otra vez à probar, y ſi entonces te dexáre ſin caſtigo, haz, lo que tu quiſieres. Reſpondió la hija: Grave coſa me es à mi eſperar tanto; pero, por complacerte, aun lo probaré. Pues dime cómo. Y dixo la madre: Yo sè, que tiene un perrillo, al qual mucho ama, porque ladra bien, y le guarda la camara: echale delante dèl à la pared muy reciamente, tanto que muera el perrillo; y ſi ninguna coſa te dixere; entonces muy en buena hora ama al Clerigo. Reſpondió la hija: Yo lo harè todo à tu conſejo; y con eſto ella deſpidiòſe de ſu madre, y tornòſe à caſa, y aquel dia ſufria con gran importunidad haſta la noche; y aſſi que anocheciò, aparejó un lecho con una cubierta de grana, y ſabanas muy delgadas. El Cavallero eſtava aſſentado en una ſilla cabe el fuego, y el perrillo, como acoſtumbrava, ſubió à la cama; y ella tomòlo por los pies, y dió con èl un baque à la pared tan fuerte, que la faltaron los ſeſſos. Viendo eſto el Cavallero, enſañòſe mucho contra ſu mu-

ger, diciendole: O mala, y cruel sobr todas las mugeres! Còmo has podido u perrillo tan delicado, y que yo tanto ama ya, matar? Y ella luego llorando decial desta manera: Señor, no aveis visto nuestr cama tan preciosa, y como el perrillo vinc con sus pies llenos de lodo, y la ensució! Respondió el Cavallero: Bien sabeis, que yo queria mas al perrillo, que à la cama. Y ella, oyendo esto, lloraba mas, diciendo: Ay de mi, que todo quanto bien hago, me es tomado à mal! Y el Cavallero, viendo las lagrimas y quexas della, no le podia sufrir, por quanto la amaba mucho; y dixole: No llores; que yo te perdono, y guardate en adelante. Con esto fueronse à acostar; y ella levantóse muy de mañana, y fuèse à la Iglesia, donde hallò à su madre, y saludòla, y dixole: Madre, sabete, que yo quiero por amigo al Clerigo, que yo he probado otra vez à mi marido, como tu me aconsejaste, y todo lo ha tolerado. Y dixo ella: Hija, no ay en el mundo crudeza sobre la de los viejos: aconsejote por tanto, que procures otra vez. Respondió la hija: Madre, en vano trabajas: si tu supiesses, què sufro yo

por

por amor del Clerigo, tu me ayudarias. Dixo la madre: Oyeme solo esta vez; y nunca mas te molestáre: tèn ante los tus ojos la leche, que de mis pechos mamaste, y los dolores, que por tì pasé en el parto: por estas passiones te amonesto, que no me niegues esto; y yo te prometo, que despues ningun empacho havrás. Respondiò la hija: Aunque es muy grave cosa poder sufrir tanto el amor, que tengo; pero siquiera por las tan crudas amonestaciones; y aun porque has votado de no mas enpacharme; dime, còmo lo provarè, è yo provarlo he aun otra vez. Y dixo la madre: El Domingo, que viene, ha deliberado combidarme à mi, y à tu padre, y à todos nuestros amigos, y à los nobles de toda la Ciudad; y assi, quando estuvieren en la mesa, y sean puestas alli las viandas, hinca una ahuja gruessa en los manteles, y que se tenga en ti: entonces finge, que te has olvidado un cuchillo, y dirás: O quan flaca memoria tengo, que he dexado mi cuchillo en la camara! y levantarte has con furia porque eches en tierra los manteles, y quanto huviere en la mesa: y si te librares sin pena, yo te juro de nunca jamás te empachar.

char. Respondió la hija : Yo soy contenta, y me place; y assi saludaronse. Vino el dia del combite, en el qual todos, como dixo la madre, se juntaron, y los servidores ordenaron la mesa, y assentaronse todos, è hicieron assentar la hija, y señora de casa delante, sobre una silla; y estando assi en la mesa aparejada, segun convenia, dixo la señora de la casa: O cómo tengo poca memoria, que he dexado el cuchillo en la camara, y lo he menester! Y en esto levantóse à prissa, y sin tiento; y los manteles, con todo quanto estava en la mesa puesto, se llevò empos de sí, y lanzó en el suelo: y estavan todos los platos, y vasos de oro, y de plata por tierra, y las viandas, y potages tambien por tierra: y el Cavallero estaba muy sañoso en su corazon contra su muger; mas de verguenza dissimuló delante de los huespedes, è hizo traer otros manteles limpios, y otras viandas; y con gozo, y alegria dixo à sus huespedes, que comiessen; tanto que por èl fueron todos contentos. Acabado el combite, todos los Cavalleros hicieron gracias al Señor de la casa; y cada qual se bolvió à su casa. A la mañana levantóse el Cavallero, y fuèse

fuèse à la Iglesia, y oyó Missa; y despues fuèse à un Barbero, y dixole: Maestro, aveis probado sacar sangre de qualquier vena, que os dixeren? Respondió èl: Si, señor. Entonces dixo el Cavallero: Pues venid conmigo. Vino à casa, y entró en la camara, donde yazia su muger, y dixole: Levantate presto. Respondiò ella: Para què? Aun no es hora. Y él dixo: Levantate, que conviene; que quiero hazerte sangrar de ambos brazos. Respondió ella: Señor, nunca me sangraron; còmo aora me sangrarè? Dixo él: Assi creo yo; y por esta causa has perdido el sesso. no te acuerdas, de lo que me has hecho? Primero: me cortaste el arbol, y mataste el perrillo; y ayer en el combite me avergonzaste claramente delante de mis combidados; y si yo te tolerasse la quarta, tu me echarias en grande confusion; y por esso creo yo, procede de mucho tener la sangre podrida; è yo quierotela sacar, porque de aqui adelante ni à mi, ni à ti eches en falta: è hizo hacer un gran fuego; y ella levantóse, llorando, y alzó las manos al Cielo, y dixo: Señor aved merced de mi. Respondió el Cavallero: No cuydes de pedir perdon; que

si

ſi no extiendes luego el brazo, te ſacarè la ſangre del corazon: acuerdate de los males, y enojo, que me has hecho. Ella extendió el brazo; y dixo el ſeñor al Barbero: Punzale fuerte la vena; ſi no yo te herirè à ti. Entonces el Barbero hirióla fuertemente, tanto, que le ſaliò mucha ſangre, y no la dexó atar, ni que ſe eſtroncaſſe la ſangre; haſta que ſe le mudó el color del roſtro: y echo eſto, dixo el Cavallero: Ata eſſe brazo, è hierele el otro: y ella diò una gran voz, y dixo: Señor, haved compaſſion de mi que muero. Reſpondió el Señor: Eſto devieras haver penſado, antes que me hicieras eſtos tres atrevimientos. Entonces ella extendió el brazo izquierdo, y el Barbero hiriòla; y haſta que eſtuvo ſin color del roſtro, nunca quiſo, que ſe lo ataſſe: y deſpues ligaronſelo, y quando fue atado, dixole al Cavallero: Vé aora à tu cama, y trabaja de aqui adelante en emmendarte; que ſi no lo haces, yo te quitarè la vida. Hecho eſto, el ſeñor galardonò al Barbero, y ſalió fuera de caſa; y ella fue llevada por mano de una ſirvienta à la cama, ya medio muerta; y dixo à la eſclava: Ruegote, que vayas à mas andar à mi madre, antes

que

que muera, paraque venga à mi. Y quando esto vió la madre, alegróse de la correccion de su hija, y aquexadamente vino à ella. Y quando la hija vió à la madre, ella dixole: O dulce madre mia, yo he tanta ſangre perdido, que no tengo eſperanza de eſcapar. Dixo la madre: No te dixe yo, que los viejos ſon muy crueles? Dime: quieres aora por amigo al Clerigo? Reſpondiò la hija: Llevele el diablo; quo nunca amarè de aqui adelante, sino à mi marido. Entonces dixo el Maeſtro: Señor, aveiſme entendido? Reſpondió el Emperador: Si, muy bien; y entre quantos he oído, eſte exemplo me ha muy bien parecido: pues ella cometiò tres coſas contra su marido; y no dudo, que ſi la quarta cometiera, ella huviera traído en gran confuſion à ſu marido. Y dixo el Maeſtro: Señor, yo os aconſejo, que os guardeis de vueſtra muger, porque peor no os acontezca; pues ſi por ſus palabras mataredes à vueſtro hijo, ſereis engañado, y os arrepentirèis. Dixo el Emperador: Yo te certifico, que mi hijo no morirá oy. Dixo el Maeſtro: Tengooslo en merced.

CAPI-

CAPITULO XIV.

COMO LA EMPERATRIZ, POR EL exemplo, de lo que aconteció al Emperador Octaviano por su codicia con la torre de las Imagenes, provocó al Emperador, à que mandasse ahorcar à su hijo.

LA Emperatriz, oyendo esto, vistiòse los mejores vestidos, que tenia, y se hizo aparejar un carro, fingiendo, que ella queria ir à ver à su Padre; pues le havia tan gran injuria hecho, y ninguna emmienda podia haver della. Fueron algunos al Emperador, y le dixeron, como la Emperatriz se queria ir à su tierra; y assi que lo supo el Emperador, entrò à ella, diciendo: Señora donde vais? Yo pensaba, que me amavas tanto, que no havia otro en el Mundo, con quien tu tanto deleyte recibiesses. Dixo ella: Assi es la verdad; y por esso me voy: que mas quiero oír tu muerte, que verla: porque segun veo, tanto te place oír aquellos tus Maestros, que te acontecerá, como al Emperado Octaviano, que era tan codicioso,

o, que los hombres del Imperio lo ſepul-
aron vivo, y le hincheron la boca de boca-
os de oro derretido. Dixo el Emperador:
ſeñora, no hagas eſſo; porque oyendote,
igunos te darán muy grande culpa à ti, y
tros à mi. Y entonces reſpondió la Empe-
atriz: Por cierto verdad es que la culpa es
ueſtra: no me prometiſteis muchas veces,
ue moriria vueſtro hijo; y ninguna coſa
veis hecho? Por lo que no os quiero mas
eer. Dixo entonces el Emperador: Aora
ecidme: No conviene al Emperador pri-
nero mirar bien la cauſa, y demás á ſu hijo,
ue hacer las coſas ſin penſar? Por tanto os
uego, que me digais algo, por donde me
ueda governar; qũe no ay mayor verguen-
a en un Rey, que indiſcretamente juzgar.
o ſoy contenta de deciros un noble exem-
o, porque de aqui en adelante no ſeais tan
noſo de oír letras. Ceſar Octaviano, rey-
ndo en Roma era muy rico, y muy codi-
oſo, y ſobre todo amaba muy en demaſia
oro; y los Ciudadanos de Roma en
tiempo hicieron muchos males à otras
ciones, tanto, que muchos Reynos ſe
vantaron contra los Romanos. En aquel
tiem-

tiempo eſtaba en Roma Maeſtro Virgili, que à todos los Maeſtros en la arte de dec en poeſia, nigromancia, y otras cienci ſobrepujaba. Rogaronle los Ciudadanos c Roma, que alguna coſa con ſu arte con puſieſſe, por la qual fueſſen de los en migos guardados; y èl hizo con ſu arte un torre, y en la cumbre della tantas Imag nes, quantas avia en eſte mundo Provincia y en medio hizo una, que tenia una campa na de oro en la mano, y cada Imagen c las otras una campanilla, y eſtaba miran do à ſu Provincia; conviene à ſaber à l que por ella era ſignificada: y quando algun Provincia ſe queria rebelar contra los Ro manos, luego aquella Imagen ſe bolvia, ſonaba la campana: y por conſiguiente la Imagenes todas tocaban las campanillas; luego los Romanos, oyendo eſto, armabanſe è iban con todas ſus fuerzas à conquiſta aquella Provincia; y aſſi no avia Provincia que ſe rebelaſſe, que luego los Romanos de lla no fueſſen aviſſados. Deſpues eſte Mae tro Virgilio por ſoláz de los pobres hizo e la meſma Ciudad un fuego, que ſiempre ar dia continuo, y cabe dél dos fuentes, la un

Ca-

liente,donde los pobres ſe bañaban, y otra
ia, en que ſe recreaban; entre el fuego, y
s fuentes hizo una Imagen, que eſtaba de-
cha, y tenia eſcrito en la frente: El que me
rirá, luego avrà la venganza. Eſtuvo aſſi
a Imagen muchos años; y en fin vino un
lerigo, el qual deſpues que huvo leído la
critura, penſaba entre sí, que venganza
dria alguno recibir, y decia: Antes creo,
e ſi alguno te dieſſe un golpe, que caerías,
hallaria aqui el teſoro; y porque ninguno
toque, y no caygas, eſto eſtá eſcrito: y
ſi el Clerigo alzó la mano; y dióle un
an golpe, demanera, que la Imagen dió en
ſuelo, y luego ſe mató la lumbre, y las
entes deſaparecieron; y ningun teſoro ha-
. Los pobres, ſabiendo eſto, enojaronſe,
ciendo: Maldito ſea, quien por ſu codicia
rribó la Imagen, y nos ha tan gran
acer quitado! Deſpues deſto juntaronſe
s Reyes, que por los Romanos eran muy
retados, y tuvieron conſejo, como de
s Romanos ſe podrian vengar: à los quales
ſpondieron algunos de ſu Conſejo: En va-
trabajarèmos; que tanto quanto eſtu-
re alli la torre de las Imagenes, ninguna
coſa

cosa podremos hacer contra ellos. En el qu
Consejo se levantaron quatro Cavalleros,
dixeron à los Reyes: Nosotros avemos pe
sado, como destruiremos la torre con l
Imagenes: y nosotros nos pondremos à
muerte, solamente que vosotros hagais
costa; y dixeron los Reyes: Què tanta cost
será menester? Respondieron ellos: Convie
ne haver quatro cubas llenas de oro. A lo
quales dixeron los Reyes: tomad el oro,
cumplid la promesa. Los Cavalleros recibie
ron el oro, y fueronse à Roma, y de noch
fuera de la primera puerta en lugar espe
cial pusieron la cuba de oro debaxo de l
tierra, y otra debaxo de la segunda, y asi
de las otras; y echo esto, al otro dia de ma
ñana entraron en la Ciudad, y à una hora
conveniente, quando el Emperador iva por
el mercado, toparonle, è hicieronle reverencia: y viendoles el Emperador, dixoles: De
donde soys? Què oficio, y arte teneis? Respondieron ellos: Señor de tierras muy lexos; y
somos adivinos tan perfectos, que no ay cosa
tan escondida en parte alguna, que no abastemos à soñarla; y avemos oído de vuestrà
virtud; y por esso avemos venido à vos, si
aveis

aveis menester nuestro servicio. Respondiò èl: Yo os probarè, y si os halláre verdaderos, recibireis de mi buen galardon. Respondieron ellos: Ninguna cosa pedimos de galardón, salvo la mitad, de quanto hallarèmos. Dixo el Emperador, que le placia; y luego que fue de noche, yendose el Emperador à acostar, dixeronle: Señor, si te place, el mas anciano de nosotros soñará esta noche; y al tercero dia te mostrarèmos el sueño. Respondió el Emperador: Id con la bendicion de Dios. Fueronse, y passaron toda la noche en risa, y alegria, y con muy cierta esperanza de alcanzar su proposito. Al tercero dia de mañana vinieron al Emperador, y dixo el primero: Señor, si os place, id con nosotros fuera de la puerta de la Ciudad, y luego os mostrarèmos una cuba llena de oro escondida. Dixo el Emperador: Yo irè con vosotros; y verè, si es verdad, lo que decís: y assi como llegaron al lugar, sacaron la cuba, que alli pusieron; y como el Emperador vió esto, alegròse mucho, y dióles parte dello. Entonces dixo el segundo: Señor, yo soñarè esta noche: y respondiò el Emperador: Dios te dè

buen

buen ſueño, qüe ſea provechoſo para to
dos. Deſpues que amaneciò, aquel sacò
la ſegunda cuba, y moſtròla al Empera
dor, y recibió ſu parte. Lo miſmo el
tercero, y el quarto: de que el Emperador
ſe alegrò mucho; y dixo: Nunca tan
experimentados, ni tan verdaderos adivinos
ſe han viſto jamás. Entonces dixeron eſtos
quatro: Señor, haſta aqui unos empos de
otros han viſto el ſueño, y las coſas, co-
mo viſto aveis, provadas; mas ſi os place, eſta
noche ſoñarèmos juntos, y eſperamos, que
os deſcubrirèmos mucho oro. Reſpondió
el Emperador: Dios os dé buen ſueño, que
à voſotros, y à mi ſea provechoſo. Deſ-
pues de amanecer, vinieron al Emperador
con el roſtro muy alegre, y dixeron: Señor
noſotros os traemos buenas nuevas: eſta no-
che en ſueños ſe nos ha deſcubierto un tal,
y tan grande teſoro, que ſi nos lo dexais buſ-
car, os enriquecerèmos tanto, que en el
mundo no avrá Principe, que ſe iguale con
vos. Dixo el Emperador: Y donde hallarèmos
eſſe teſoro? Reſpondieron ellos: Debajo de el
fundamento de la torre de las Imagenes. Por
el oro no echarè al ſuelo la torre, median-
te

te la qual yo soy defendido de todos mis enemigos. Respondieron los adivinos: Señor, no aveis hallado por la verdad, lo que dicho avemos? Dixo el Emperador: Si por cierto. Entonces dixeron ellos: Nosotros con nuestras proprias manos, sin derribar la torre, sacarèmos el oro; y conviene, que de noche lo hagamos, y secretamente por nosotros mismos, porque no seamos del Pueblo sentidos; que no nos quitassen quizá el oro. Respondió el Emperador: Sea mucho en hora buena, haced, como sabeis, y de mañana yo vendrè à vosotros. Y assi fueron todos alegres: y aquella noche entraron en la torre, y muy aprissa cavaron la torre, y de mañana cavalgaron en sus cavallos, y fueronse à su tierra con muy gran gozo, y alegria: y antes que saliessen de la tierra de los Romanos, cayó la torre; y despues de amanecido, como los Senadores lo supieron, tuvieron gran dolor, y huvo gran llanto por toda la Ciudad. Vinieron los del Consejo al Emperador, y dixeronle: Señor còmo ha caído nuestra torre, con que eramos defendidos de nuestros enemigos? Respondió el Emperador. Quatro engañado,

res vinieron à engañarme, que decian ſer adivinos, y hallar teſoro eſcondido; y dixeron, que ſacarian ſin derribar la torre gran ſuma de oro; y aſſi me engañaron. Dixeron los Senadores: Tanto aveis codiciado el oro, que por vueſtra codicia ſomos deſtruìdos. Mas todo eſto vendrá ſobre vueſtra cabeza: y luego prendieronle y llevaronle al Capitolio, y derritieron aquel oro, y vertieronſelo por las eſpaldas, y puſieronſele por la boca, diciendo: Pues tuviſte ſed de oro, bevelo: y deſpues ſepultaronle. No mucho tiempo deſpues vinieron los enemigos à los Romanos, y deſtruyeronlos. Entonces dixo la Emperatriz: Señor, vos aveyſme entendido? Reſpondió èl: Si muy bien. Y dixo ella: Pues ſabed, que la torre con las Imagenes es vueſtro cuerpo con los cinco ſentidos; quando vos eſtais en pié, ninguno oſſa enojar vueſttro Pueblo; y viendo eſto vueſtro hijo con ſus Maeſtros ha hallado como pueda echaros por el ſuelo con falſos exemplos, y por eſto quanto vos le deys orejas, tanto cavarán los cimientos de vueſtra torre, inclinandoos à ellos, y corromperán vueſtros ſentidos: y quando os verán enloqueci-

cído, os deſtruírán, y matarán, y vueſtro hijo reynará. Y dixo el Emperador: Muy buen exemplo me has contado: certificote, que no harán conmigo, como hicieron con la torre: mas mi hijo morirá mañana. Y dixo la Emperatriz: Si aſſi lo hicieredes, vivireis.

CAPITULO XV.

COMO EL QUINTO SABIO, LLAMADO Joſeph, por exemplo, de lo que aconteció à Hipocras con ſu ſobrino Galieno, eſcapò al hijo del Emperador, en el quinto dia, de la muerte.

EL dia ſiguiente mandó el emperador llevar al mozo à ahorcar: topó el Maeſtro con èl; y viendo, que le llevavan, fuéſe al Emperador, y quando lo vió, hincóſe de rodillas; y el Emperador amenazóle de muerte. Dixo entonces el Maeſtro: Yo, ſeñor, no lo tengo merecido, que vos me deſecheis, ni es honra vueſtra; y vos conocereys en breve, que vueſtro hijo no ha ſido por noſotros mal criado: y porque no habla, es gran ſabiduria ſua; y

que bien ſabemos, que èl ſabe muy bien hablar, quando es meneſter, y aſſimeſmo callar. Y eſſo, que decís, que a vueſtra muger la Emperatriz quiſo deshonrar, no creo yo, que hombre tan diſcreto tan gran eſcandalo cometieſſe: y ſi por las palabras de vueſtra muger le mataredes, no os ireis ſin verguenza, aſſi como Hipocras, quando mató à Galieno ſu ſobrino. Y dixo el Emperador: De grado oirìa eſſe exemplo. Añadió el Maeſtro: Por cierto no lo diré; pues no sè què aprovecharia la hiſtoria, ſi entre tanto murieſſe vueſtro hijo: porende revocadle la muerte, è yo lo contaré. El Emperador hizolo aſſi: y entonces el Maeſtro dixo eſte exemplo. Havia un famoſo fiſico, llamado Hipocras, muy ſutil, y que à todos los otros ſobrepujava, y tenia un ſobrino, llamado Galieno, al qual mucho amava. Galieno era de excelente ingenio, y con todas ſus fuerzas trabajava en aprender la arte de Medicina de ſu tio: y ſintiendo eſto Hipocras, encubriòle, quanto pudo, la ciencia, temiendo, que le ſobrepujaria con la ſutileza del ingenio, ſi èl aquella arte aprendia: y Galieno, penſando en eſto, dabaſe al exercicio

tan-

tanto, que en muy breve tiempo fue perfecto medico. Viendo esto Hipocras, teniale muy grande embidia. Acaeció, que el Rey de Ungria embió mensageros à Hipocras, que fuesse à èl, y curasse à su hijo, è Hipocras escusòse. Mas sabiendo, que su sobrino era valiente fisico, embiòle con sus cartas al Rey; y Galieno asi que llegó delante de el Rey, fue muy honradamente recibido; pero maravillòse el Rey, porque no havia venido Hipocras; y èl escusòle, diciendo, que por muy grandes negocios no avia podido venir; mas que avia embiado à èl en lugar suyo, y que Dios mediante, èl sanaria al mozo. Esto plugo mucho al Rey, y assi Galieno visitó al mozo; y luego que le vió el pulso, y la orina, dixo à la Reyna: Señora, sufrid con paciencia mis palabras, y dezidme: Quien es Padre deste niño? Respondió la Reyna: Quien ha de ser, salvo mi señor Rey? Y dixo el fisico: Por cierto no es. Y respondió ella: Si vos esto de verdad lo dixessedes, yo os haria cortar la cabeza. Dixo èl: Yo os torno a decir, que este Rey no es su Padre: mas yo no he venido acá, paraque me corteis la cabeza, ni tal galardon

vos me deys: por tanto, Dios os manten gà La Reyna, oyendo eſto dixo: Maeſtro, ſi vos guardais bien el ſecreto, que yo no reciba eſcandalo alguno; yo os deſcubriré mi ſecreto. Y entonces èl reſpondió: Guardeme Dios, que tal coſa dixeſſe à hombre del mundo: por lo que vos me lo podeis ſeguramente deſcubrir; que yo os lo tendrè ſecreto, y ſanarè à vueſtro hijo. Y reſpondió ella: Si eſto hicieredes, de mi avreis buen galardon. Sabed, que vino à caſa un Rey de Borgoña con mi ſeñor, y platicó amores conmigo, tanto, que yo huve dèl eſte hijo. Y dixo el Medico: Señora, no temais, que ſe ſepa la verdad. Y luego en eſſe punto diò à comer al niño carne de vaca, y beber agua; y luego ſanó. Luego que ſupo el Rey, que ſu hijo era ſano, pagòle muy bien; y la Reyna llamóle à parte, y diòle muchos dones: y Galieno ſe bolvió à ſu Maeſtro, y aſſi que llegó à Hipocras ſu Maeſtro, preguntòle: Has ſanado al niño? Dixo Galieno: Si. Y preguntòle entonces Hipocras: Que le hiziſte? Reſpondiòle Galieno: Yo le dí à comer carne de vaca, y à beber agua. Entonces dixo Hipocras: Pues la madre de eſte niño mala muger es:

Reſ-

Reſpondió Galieno: Si. Y luego en eſſe punto Hipocras por mas embidia pensó entre si: Por cierto que ſi yo no mato a eſte; en ninguna coſa ſerá mi ſaber eſtimado: y aſſi penſando en matarle, un dia llamòle, que fueſſe con èl à un huerto à buſcar, y coger ciertas yervas; y fueron: y aſſi que llegaron al huerto dixo Hipocras: Yo sè, que eſta yerva tiene grande virtud: abaxate, y cogela. Hizolo Galieno; y aſſi paſſando mas adelante, dixo: Yo ſiento en el olor à una yerva, que vale mas que oro: porende echate en tierra, y arrancala de raìz; que para muchas coſas es apropriada. Galieno ſe abaxó à cogerla, è Hipocras ſacó ſu cuchillo, y matòle. Deſpues acaeciò, que Hipocras eſtuvo doliente, y comenzaronle à faltar las fuerzas del cuerpo, y ſus diſcipulos ivanlo à ver, y hacian, quanto podian hacer, porque ſanaſſe; y ninguna coſa aprovechava. Y como Hipocras eſto conoció, dixo à ſus criados. Haced una gran cuba, è henchidla de agua, y hazed en ella cien ahujeros. Hicieronlo aſſi, y no ſalió gota de agua; y dixo entonces Hipocras: Mirad aora hermanos, como ha caido ſobre de

mi la venganza de Dios, ſegun veis claramente cien ahujeros hay en la caba, y una ſola gota de agua no ſale della: eſto hace l virtud de una yerva; y quanto voſotros m haceis, ninguna coſa aprovecha para reſtaurarme la vida: mas por cierto ſi Galieno mi ſobrino viviesse, èl me avria perfectamente ſanado: al qual yo matè, y arrepientome de haverlo hecho, y por eſta cauſa ſiento yo la venganza de Dios; y dicho eſto dió el eſpiritu. Dixo entonces el Maeſtro: Señor aveiſme entendido bien, lo que he dicho? Dixo el Emperador: Si muy bien. Entonces dixo el Maeſtro: Yo os digo, que ſi por el decir de vueſtra muger privaredes à vueſtro hijo de la vida; en el tiempo de la neceſſidad no tendreis, quien os ſocorra: que en vueſtra mano eſtá cobrar muchas mugeres, deſpues de fallecida una; y no un hijo, paraque os ſalve del peligro. Dixo entonces el Emperador: Por cierto no morirá mi hijo eſte dia. Reſpondiò el Maeſtro: Diſcretamente lo mirais; y os beſo las manos por ello. Y dixo el Emperador: Ya comienzo de conocer, que las mugeres ſon engañoſas; y aſſi por lo que tu me dices, y

mas,

nas, por lo que à mi me cumple, lo pienſo guardar.

CAPITULO XVI.

COMO POR EXEMPLO DE UN REY, Y ſu Seneſcal, inducia la Emperatriz à ſu marido, à que hicieſſe matar à ſu hijo.

LUego que ſupo eſto la Emperatriz, ſe tornò loca, y moſtrò ſu poca paciencia: de que ſe maravillaron todos, quantos la oìan, y veían; y dixeronlo al Emperador, y èl entrò luego à ella, y dixole: Por què te atormentas, y mueſtras tan poca paciencia? Reſpondiò ella: Señor, còmo puedo tener ſufrimiento, ſiendo yo unica hija de un tan gran Rey, y muger vueſtra, y que aya recibido tan gran verguenza, de la qual me prometeis de continuo enmienda; y nunca days fin à ello? Reſpondió el Emperador: Por cierto no sè, qué me haga: tu trabajas de dia en dia, que mate à mi hijo; y ſus Maeſtros por otra parte trabajan en ſalvarle: y penſandolo todo, vengo à conſiderar, que es mi hijo; y no sè, en que eſtá la verdad. Reſpondió la Em-

Emperatriz: Eſſo es, de lo que yo me quexo que vos creays mas à los Maeſtros que à mi y por eſto os acontecerá, como à un Rey con ſu gran Seneſcal. Y dixo el Emperador: Dime eſte exemplo; que podrá ſer, que me moverá à matarle mas preſto. Y reſpondiò la Emperatriz: Placeme: yo os ruego, que atendais bien, à lo que diré. Huvo un Rey muy hinchado, y muy disforme, tanto, que las mugeres le aborrecian; y èl entendia de ir à Roma à matar à los Romanos; y llevarſe de Roma à los cuerpos de San Pedro, y San Pablo; y eſtando en eſta deliberacion, llamó à un Seneſcal ſuyo, y dixole: Buſcadme uno hermoſa muger, que duerma conmigo eſta noche. Y reſpondió el Seneſcal: Señor, vos ſabeis vueſtra dolencia; è yo creo, que ninguna querrá venir, ſino que le dén muchas riquezas. Y dixo el Rey: No tengo harto oro, y harta plata? Crees tu, que por eſſo dexaré de averla, aunque me pidieſſe mil florines? Y el Seneſcal, oyendo eſto, de pura codicia del dinero, fue à ſu miſma muger, que era muy hermoſa, y muy caſta, y honeſta, y dixole: Señora, el Rey mi Señor deſea dormir con una muger hermoſa,

disſpueſta, aunque le ſupieſſe coſtar mil
lorines, y me ha mandado, que le buſque
ına; porende yo os aconſejo, que ganeis vos
ſte dinero. Reſpondió la muger: Aunque no
ſtuvieſſe hinchado, aborreceria tan grande
ıfenſa contra Dios. Y dixo el Seneſcal: Yo
o conſiento, y mando, que lo hagais; è yo
s prometo, que ſi no lo hicieredes, nunca
endreis un buen dia conmigo. Y ella oyen-
o eſto, temiò mucho, tanto, que de miedo
onſintiò; y concertando eſto fuè el Seneſ-
al, y dixo al Rey: Señor, yo he hallado una
nuger muy hermoſa, y de linage rico, que
o quiere menos de mil florines, y vendrá
n anocheciendo; y aſſi que amanecerá, ſe
uiere ir, porque ninguno la vea. Reſpon-
ió el Rey, y dixo: Placeme. Aſſi que fue de
oche, el Seneſcal puſo la muger en la ca-
nara del Rey: cerró la puerta de la camara,
ſe fue. Vino el Seneſcal al canto del ga-
lo al Rey, y dixole: Señor, luego ſerá de dia:
en ſerá, que tengas la promeſa, y que la
uger ſe vaya. Reſpondiò el Rey, y dixo:
ertificote, que tanto me place eſta muger,
ue no ſe irá tan preſto de mi. Y el Seneſcal,
do eſto, partiòſe triſte, y eſtuvo un poco,

y

y tornò al Rey otra vez, y dixole: Señor ya es Alva: dexad ir la muger, porque n la vean; que aſſi ſe lo he prometido. Dix el Rey: Por cierto no ſaldrá aun: y por tant sal, y cierra la puerta. El Seneſcal fue, anduvo por acá, y por allá muy triſte e ſu corazon, haſta que fue el Sol ſalido; entonces entrò en la camara, y dixo: Señor, ya es claro dia, y la muger ſerá diſ famada: dexadla ir. Reſpondió el Rey, dixo: Por cierto no ſe levantará; que ſ compañia mucho me agrada. Oyendo eſt el Seneſcal, no pudo eſperar mas, y dixo Señor, dexadla ir; que es mi muger. Oyend eſto el Rey, dixole: Abre la ventana: y aſ que la abriò, pareciòle de dia claro, y viò l hermoſura della: y viendo, que era muge del Seneſcal, dixo: O vellaco ſucio, por qu has avergonzado tu muger buena, y honeſta por tan poco dinero? Vete pues de mi Reyno, y no vengas mas adelante de mi; que donde quiera que delante de mi parecieres, morirás mala muerte. Oyendo eſto el Seneſca diò luego à huír, y nunca oſsó mas parece en ſu Reyno; y el Rey, tanto, quanto vivió la tuvo con mucha abundancia, y le hizo mu

cha

ca honra; y despues de aver echado el Senes-
al, recogiò sus huestes, y cercò à Roma con
ran poderio: y estuvose alli tanto, que los
omanos le huvieron de dar los cuerpos
e los Apostoles San Pedro, y San Pablo,
orque se fuesse. Avia entonces en aque-
la Ciudad siete Sabios, como vos teneis,
or cuyo consejo toda la Ciudad era regi-
a; y viniendo los Ciudadanos à los siete
abios, dixeronles: Qué harémos; que for-
ado nos es, ò dar la Ciudad, ò los cuerpos
e los Apostoles? El primer Maestro dixo:
o, mediante mi sabiduria, defenderé la Ciu-
ad, y los cuerpos de los Apostoles en este
ia; y assi dixeron todos los otros, como pro-
actieron los Maestros de tu hijo. El Rey
omenzó dar à la Ciudad muy grandes
ombates: y en esto comenzó el primer Sa-
io alegar por la paz, y hablaba tan dis-
retamente, que al Rey convenció; y assi
ada dia uno empos de otro, hasta que lle-
ò al postrero: al aqual vinieron los Ciuda-
anos, y le dixeron: Maestro, mira, que el Rey
a jurado, que havrá mañana la Ciudad, y que
odos moriremos; guardanos, como tus com-
añeros han hecho. Respondió èl: No temas;
que

que mañana yo haré una coſa, que el R
dará à huir con toda ſu hueſte. Al
ſiguiente el Rey combatió mucho la Ci
dad; y entonces el Maeſtro viſtiòſe una ra
ravilloſa ropa, y puſo en ella plumas de p
von, y un caſcavél, y otras plumas de div
ſos colores de otras aves: y pueſtos dos gra
des cuchillos, ſubió à la mas alta torre
la Ciudad, deſde donde todos verle p
dian, y comenzòſe à mover de una part à
otra, teniendo los dos cuchillos en la bo
muy largos, y muy lucientes; y los de
hueſte, viendo eſto, dixeron al Rey: Seño
veis al cabo de la torre una maravill
Reſpondió èl: Por cierto coſa es de marav
lla; pero no sè, què coſa es. Dixeron ello
El Dios de los Chriſtianos, que ha deſcendid
de los Cielos, y nos matará con aquellos do
cuchillos, ſi mucho aqui eſtuvieremos. E
Rey, oyendo eſto, tuvo miedo, y dixo: Qu
haremos? No tenemos otro remedio, ſalv
que nos vamos de aqui, porque ſu Dios n
ſe vengue de noſotros. Aſſi el Rey con ſ
hueſte diò à huir, no ſiendo neceſſario: ma
fueron burlados por el Maeſtro. Los Roma
nos, viendo eſto, armados fueron empos de
llos

los con todas sus fuerzas, y seguian al Rey, y
nataron à èl, y à todos sus Cavalleros: y assi
por la cautela del Sabio fue vencido el Rey
con su hueste. Entonces dixo la Emperatriz
al Emperador: Señor aveisme entendido, lo
que he dicho? Respondiò el Emperador: Si
muy bien. Dixo ella entonces: No aveis oìdo
primero, como el Senescal, en quien el Rey
tanto confiava, fue por el Rey del Reyno
desterrado? Assi vuestro hijo, por la co-
dicia que tiene del Imperio, entiende en
destruíros, y avergonzaros: mas pues te-
neis el cetro, haced con èl, como el Rey con
su Senescal: si no le quereis matar, dester-
radle; porque podais vivir sin miedo en el
Reyno. Despues desto no aveis oìdo, como
el Rey cercó la Ciudad de Roma, y como
fue engañado, y burlado con los Sabios,
de manera, que pereció con toda su hueste?
Desta manera misma entienden hacer con
vos los siete Sabios, y engañaros con sus
cautelas, y à la postre quitaros la vida,
porque pueda vuestro hijo reynar. Dixo
el Emperador: Certificote, que no se-
rá; porque mi hijo morirá
mañana.

CAPI-

CAPITULO XVII.

COMO EL SEXTO SABIO, LLAMAD Cleophas, por un exemplo de una mala muge por cuyo conſejo murieron tres Cavalleros, y la poſtre ſu marido, y ella arraſtrados, fueron ahorcados; ſalvó à ſu diſcipulo, el ſexto dia.

VEnida la mañana mandó à ſus Alguaciles, que llevaſſen à ſu hijo à la horca por hacer juſticia dèl: y como eſto ſ divulgó, el ſexto Maeſtro à mas andar fu al Emperador, y besòle las manos; y el Emperador con amenazas recibiòle, diciendo Que entre ellos ſe avia hecho vellaco ſu hijo, y que en lo que con ſu muger cometió, lo avia moſtrado. Reſpondió el Maeſtro: Señor, por cierto no merezco, que tu Alteza me reciba de tal manera, ſino que me hicieſſe muchas mercedes: pues tu hijo no es mudo; y ſi por palabras de tu muger lo matares, maravillome mucho d la prudencia de tu Alteza, y quizá te acontecerá, como en dias paſſados à un Cava-

lle.

lero, que tanto se governaba por los dichos de su muger, que fue atado á la cola de un Cavallo, y por toda la Ciudad fue arrastrado, y llevado a la horca. Dixo entonces el Emperador: Cuentame por tu vida esse exemplo, porque deste peligro guardar me pueda. Respondiò el Maestro: no lo haré, sino que por oy escape tu hijo; y el Emperador otorgòlo. Entonces el Maestro delante de todos contòle el exemplo. Huvo un Emperador, que tenia tres Cavalleros, que amaba mucho, y avia en Roma un Cavallero viejo, que tomò por muger una moza muy hermosa, à quien mas que todas las cosas del mundo amaba, assi como vos à la Emperatriz; y esta señora cantaba muy dulcemente, y con tanta suavidad, que muchos trabajavan por tenerla por amiga. Acaeciò una vez, que estando sentada en su silla ácia la calle publica, mirando, los que passaban; comenzò à cantar con tanta melodia, que todos tomavan deleyte én oirla. Acaso un Cavallero de la Corte del Emperador iba por aquella plaza y oyò aquella dulce voz; levantò los ojos, y miròla muy ahincadamente, y en esse punto, muy enamora-

do della, enrró en su casa, y requiriòla de amores, y dixole entre otras cosas: Què quieres dè, para que duermas conmigo una noche? Respondiò ella: Cien florines. Dixo el Cavallero: Pues dime quando quieres que venga: que yo te traerè los cien florines. Respondiò ella: Quando yo tuviere modo de hacerlo, yo te lo dirè. Otro dia cantò en el mismo lugar, y acaeciò que otro Cavallero del Emperador passaba por la misma plaza, y con su dulce canto enamoròse tambien de ella; y en fin le prometiò por lo mismo que el otro, cien florines; y ella le prometiò cumplirselo, y hacerle saber, quando tuviesse disposicion. Al tercero dia vino otro Cavallero, y de esta misma manera engañóle, y le prometiò cien florines; y ella dixo como à los otros. Estos tres Cavalleros hablavan con ella tan dissimuladamente, que el uno del otro no lo supo: y como ella era cautelosa, y llena de malicia, vino à su marido, y dixole: Señor, yo os tengo de decir un secreto, y procurad estar à mi consejo; pues si lo hicieredes, remediaremos mucho nuestra pobreza. Y respondiò èl. Yo lo tendrè muy secreto, y harè lo que dixeres. Entonces

ces dixole ella: Tres Cavalleros de la Corte del Emperador han venido à mi unos empos de otro, de manera, que no lo ſabe el uno del otro, y cada qual me ofrece cien florines: ſi yo huvieſſe aquel dinero, ſin que ellos llegaſſen à mi; no te parece, que ſeria muy grande engaño; Reſpondiò el Cavallero: Por cierto ſi; y porende yo te complacerè, en quanto tu quiſieres. Dixo la muger entonces: Haz deſta manera: quando él vendrá con los florines, tu eſtarás trás la puerta con la eſpada ſacada; y quando entrare cada qual dellos, matarlos has uno empos de otro; y deſta manera avremos el dinero, y ellos no cumplirán ſu deſeo. Dixo el Cavallero: Muger, yo temo, que eſto no ſe podrá encubrir; y por eſto la juſticia me podria perſeguir. Reſpondió ella: Yo lo comenzarè, y lo traerè à fin: no tengas miedo. Oyendo eſto el Cavallero, y viendola tan esforzada, tomó mayor oſadia; y embiò luego por el primero; que vinieſſe: vino al momento, y tocò à la puerta: ella abriò, eſtando el marido cerca; y preguntóle ella: Traes los cien florines? Dixo el: Si. entonces luego el marido lo matò; y de eſta miſma manera mató à todos los otros.

Hecho esto, dixo el marido: Señora, si estos cuerpos fueren hallados en nuestro poder, de mala muerte morirémos; porque en la Corte del Emperador harán pesquisa. Respondiò ella: Señor, yo he comenzado esto; yo lo darè fin con la ayuda de Dios: no tengas miedo. Esta señora tenia un hermano, que era vela de la Ciudad, y guardaba los adarves; y passando él de noche con sus compañeros por las plazas, ella paròse à la puerta, y llamóle, y dixole: Hermano, yo tengo un secreto, que te quiero decir en confession: porende te ruego, que entres; y èl entró, y recibóle muy dulcemente el marido della, y mostròle uno de los muertos. Entonces dixo ella: O amado hermano, ruego te, que no te espantes; que por este respeto yo te he llamado, porque me aconsejes. Respondio èl: Que cosa es? Dimelo sin empacho; y en lo que pudiere ayudarte, yo lo harè. Y entonces dixo ella: Ayer entró aqui un Cavallero con buena amistad, y despues comenzo à contender con mi señor, y tanto, que no pudo mas sufrir sus palabras, y matole, y yace en mi Palacio: assi hermano, porque ninguno te-[illegible] de quien confiar, podemos lo[illegible]

deci

decimostelo, porque nos ayudes, que cierto es, que si lo hallan aqui, estariamos en peligro de muerte. No le descubrió mas de uno. Respondió el hermano: Dameio puesto en un saco: yo le lanzarè en el mar. Y ella, oyendo esto, alegróse mucho, y dióle el cuerpo del primer Cavallero, y tomóse acuestas, y llevóle à mas andar, y echòle en el mar: y hecho esto, èl se tornó à casa de su hermana, y dixole: Dadme colacion; pues soys librados de peligro: y ella dióle muchas gracias por ello, y entrò en la camara con escusa de sacar la colacion; y entrando, dixo à grandes voces: Mira, que el cuerpo del Cavallero, que aveis echado en el mar, es tornado. Y el hermano dixo: Dadmele acá; y verémos, si resucitarà otra vez. Assi tomó el cuerpo del segundo, creyendo, que fuesse el primero, y corriò à el mar, y pusole una gran piedra, y lanzòle en el mar, y tornò à la hermana; y dixo: Dadme aora mejor colacion; que tan hondo le he lanzado, que jamás bolverá. Respondiò ella: Bendito sea nuestro Señor! Entrò en la camara otra vez con escusa de la colacion, y entrando, tornò à dar un gran grito, y dixo: Ay de mi, que otra vez ha resu-

ſucitado, y tornado: Al oìr eſto el herma-
no, dixo: Què diablo es eſte Cavallero, que primero le echè en el agua, y deſpues le atè un canto al cuello, y otra vez ha reſucitado? Y dixo: Damelo otra vez; que verémos, ſi reſucitará. Y ella diòle el cuerpo del tercero, el qual creìa èl ſer el primero, y fuè fuera de la Ciudad, è hizo un gran fuego, y echòle en èl. Aſſi que eſtuvo medio quemado fuèſe à hacer ſu neceſſidad, y vino entre tanto un Cavallero, que iva à la Ciudad, porque al dia ſiguiente avian de juſtar: y como hicieſſe frio, y no fueſſe aun amanecido, viendo el fuego; deſcavalgò, y calentóſe; y eſtando aſſi, vino el otro, y preguntòle, quien era. Reſpondió: Yo ſoy Cavallero de linage. Y dixo el otro: Por cierto tu no eres, ſino un diablo; pues primero te lancé en el agua, y deſpues te puſe al cuello un grande canto, y la tercera vez te lancè en eſte fuego; y aun eſtás aqui: y aſſi tomò al Cavallero, y lanzóle en el fuego, y bolvióſe à caſa de ſu hermana; y dixo: Dame aora colacion; que deſpues de quemado, le he otra vez hallado cabe el fuego con ſu cavallo, y le he lanzado à èl, y à ſu cavallo otra vez

en

en el fuego: y contóle, lo que avia acaecido: La hermana conociò verdaderamente aver muerto uno de los Cavalleros, que venian à la justa. Levantòse luego ella, y diòle muy buena colacion: y despues que huvo bien comido, y bebido, fuése. No mucho despues acaeció una grande contienda entre el Cavallero, y su muger, tanto, que el Cavallero muy enojado le dió una bofetada; y ella tomò desto tan gran saña, que lo dixo à muchos; y dixo el marido: O desventurada, quieresme matar, como mataste à los tres Cavalleros del Emperador? Y oyendo esto muchos; asieron dellos, y llevaronlos al Emperador; y assi que estuvieron delante de èl, la muger luego otorgò, como su marido los avia muerto, y como huvo treicientos florines: y sabida la verdad, ambos fueron arrastrados à la cola de un cavallo, y despues ahorcados. Entonces dixo el Maestro: Señor aveisme entendido? Respondió él: Si, muy bien conozco por cierto, que esta es la peor muger del mundo, y digna de muerte; pues ella movió à su marido à hacer aquellos homicidios, y despues descubriòle. Dixo el Maestro: Por cierto es de te-

mer

mer la mala muger; y peor os acontecerà, por el consejo de vuestra muger mataredes vuestro hijo. Dixo el Emperador: No morirá mi hijo en este dia. Entonces el Maestro le besó las manos, y despidióse dèl.

CAPITULO XVIII.

COMO LA EMPERATRIZ, PORFIANDO siempre en la muerte del hijo del emperador su entenado, contò al Emperador su marido, lo que aconteció à un Rey con su Condestable, que por engaño se le llevó la muger.

QUando la Emperatriz oyò, que el Principe havia escapado; como loca fuèse al Emperador, llorando, y dando voces, y diciendo: Ay de mi, que me querria matar con mis manos, quando me veo tan desdichada! Dixo el Emperador: No digais esso; mas tened una poca de paciencia; que presto darà el negocio buen fin. Respondiò ella: Señor, el fin sera malo: pues de esse seguirà à ti, y à mi gran verguenza. Dixo el Emperador: No anuncies tales cosas. Dixo ella: Antes, Se-

ior, contigo, y con tu hijo, acaecerá, como acaeció en tiempo passado à un Rey con su Condestable. Respondió el Emperador: Ruegote, que me digas esse exemplo. Dixo ella: De buen grado lo diré; mas temo, que no me creerás ni me oìras mas: porque mañana te hablará el postrero Maestro, y librará à tu hijo de la muerte, como sus compañeros han hecho, y al dia siguiente hablará tu hijo: de cuyas palabras tan gran deleyte recibirás, que el amor entre nosotros en gran manera se nos quitará. Dixo el Emperador: Impossible seria esto; à no ser, que la experiencia mostrasse, que yo te deviesse olvidar. Respondió la Emperatriz: Señor, si os place, yo os dirè un exemplo, con que os podais guardar de muchos males, y peligros en lo venidero, y principalmente de vuestro maldito hijo, que entiende sacarme del Mundo con sus Maestros; y assi dixo ella este exemplo. Huvó en tiempo passado un Rey, que amó en demasia à la muger, tanto, que en un muy fuerte Castillo la encerrò, y llevòse consigo el mismo Rey las llaves del Castillo; y la Reyna estaba muy mal contenta. Havia en tierras muy lexos un Cavallero generoso, que soñò en una

hermoſa Reyna, à quien mas que à todas las mugeres del mundo amaba, y le parecia, que ſi diſpierto la viera, muy bien la conoceria. A la Reyna por otra parte la miſma noche le apareciò el Cavallero: y como el Cavallero eſto ſoñò, pensò entre sì, y deliberó en ſu corazon de no holgar, haſta que hallaſſe á la ſeñora, que ſoñado avia, y con eſta deliberacion cavalgò, y anduvo muchos Reynos, y tierras, haſta que vino à aquel lugar, donde eſtaba la Reyna encerrada por ſu marido, y eſtuvo alli algun tiempo. Acaeciò, que un dia ſe anduvo paſſeando cabe el Caſtillo, no ſabiendo coſa alguna de la Reyna, que eſtaba alli encerrada la qual eſtando en una ventana à vèr, los que paſſavan, vió, y conoció al Cavallero, de que ella avia ſoñado, y el Cavallero acaſo alzò los ojos, y vió la ſeñora aſſentada à la ventana; y en eſſe punto le deſcubrieron ſus ſentidos, que aquella era, de quien ſoñado avia, y comenzó à cantar una cancion: lo qual oyendo la Reyna, enamoróſe dèl mucho: y de alli en adelante eſte Cavallero cada dia iba cabe aquel Caſtillo, mirando en cada parte, ſi en alguna manera podria llegar à ella, paraque ha-

blar,

larla pudiesse; y la Reyna, pensando esto, mbióle una carta: y el Cavallero, apenas hu-vo leìdo la carta, y entendido la verdad, de a señora Reyna, alegróse, y comenzò à ha-er tantas justas, y tornéos, que llegò la fama l Rey; y el Rey mandò llamar al Cavallero, dixole: Cavallero honrado muchas no-bles cosas he yo de vos oìdo: y si os plu-guiesse estár con nosotros, daros hemos gran ueldo. Respondiò èl: Muy Alto, y poderoso Rey, vedme aqui à vuestro servicio: Plegue à Dios, que pueda à vuestra Alteza dignamen-e servir; que no dudo, que recibiria de uestra Alteza muchas, y muy grandes mer-edes: mas una cosa deseo saber sobre todo. Respondió el Rey, y dixole: Demanda osa-lamente, lo que quisieres. Dixo el Cava-lero: Señor, si os place de tomarme por hombre de armas secretamente, teneroslo he mucho en señalada merced, y que estuvies-è mi posada cabe el Castillo, para estar presto, quando me llamassedes. Respondiò el Rey: Haz, como quisieres; que assi me place: y assi luego el Cavallero se hizo hacer una posada cabe el Castillo, y hecha aquella, hízo con el Albañil, que la hizo, que le hi-

ciesse una mina secreta, por donde pudiess
ir al Castillo, sin ser visto; y despues de hech
matò al Maestro, que la hizo, porque no l
descubriesse. Despues entrò à la Reyna,
hizole muy gran reverencia; y despues d
muchas razones requiriòle de dormir con èl:
luego negòselo, y à la postre consintiò. La
Reyna pensò despues: Cómo harè? Si lo digo al Rey; seguirse han dos males; que me
pondrè en verguenza, y el Rey matará al Cavallero; y assi, no deliberó de hacerlo.
Mas el Cavallero despues quantas veces l
plugo, entrò por aquel caño, y cumpliò
con la Reyna sus deseos, tanto, que la Reyna
le diò un anillo, que el Rey le diò. Este Cavallero en qualquier justa, ò tornèo, que se
hallaba, vencia; y por ello estaba muy en
gracia del Rey, tanto, que le hizo Condestable de todo el Reyno. Acaeciò un dia, que el
Rey deliberò ir à caza, y quiso, que fuesse
consigo el Condestable. Entraron el dia de
la caza en un monte muy breñoso, y hallaron muchos venados, y puercos, y tanto fueron trás dellos, que estavan cansados; y assi
sentaronse cabe una fuente, y el Condestable
adurmiòse de cansado cabe el Rey, y teniendo

lo el anillo en la mano conocióle el Rey; y
ſſi que diſpertò, pensò en sì, que el Rey
via conocido el anillo, y fingiendoſe eſtár
nuy doliente, dixo al Rey: Señor, yo ten-
;o una dolencia, que ſi luego no doy re-
nedio à ello, ſoy perdido: por tanto ple-
;ueos de darme licencia, que me vaya à mi
aſa. Y reſpondiò el Rey, que le placia. Y el
avalgó luego, y diò de eſpuelas al cavallo, y
nuy preſto llegò à ſu caſa, y ſe fue por el
año à la Reyna, y bolvióle el anillo, y di-
ole, como el Rey lo avia viſto en ſu ma-
10, y que ſe lo bolvia: porque ſi el Rey lo
lemandaſſe, ſe lo pudieſſe moſtrar; y hecho
ſto deſcendiò por ſu entrada. Poco deſ-
ues vino el Rey; y la Reyna recibióle con
ran fieſta, y de allí à poco dixo el Rey a la
Leyna: Señora, què es del anillo, que os dí
uando me deſposè con vos? Mucho lo
uerria vér. Reſpondiò ella: Señor, para què
e quereis vèr aora? Dixo èl: Si no me lo
nueſtras luego, ſerá malo para ti. Y ella le-
antòſe luego, y fuèſe à ſu arca, y truxole
a ſortija, y dióla al Rey. Y aſſi que el Rey
a vió, turbado muy mucho, dixo: O quan-
o parece el anillo de mi Condeſtable a eſ-
te!

te! Por cierto yo penſaba, que era eſte,
por eſto te preguntè por èl con melanc
lia; y conozco averte ofendido por ell
Dixo la Reyna: Señor, no es coſa nuev
que una ſortija parezca à otra; porque l
plateros muy tarde hacen una obra, que n
hagan muchas mas. Dios os Perdone, qu
aveis de mi tomado mala ſoſpecha, viend
la fortaleza de la torre, y teniendo ſiemp
las llaves con vos, ſin encomendarlas
hombre del mundo. Y el Cavallero deſpu
deſto hizo aparejar un gran combite, y d
xo al Rey: Señor, mi amiga ha venido
mi tierra, y he hecho aparejar un combite
de grado querria, que vos Señor me h
cieſſedes honra, y comieſſedes conmig
Reſpondiò el Rey, Eſta honra, y mayor,
quiero hacer. Y el Cavallero gozóſe deſto;
por ſu caño entrò à la Reyna, y dixo
Señora, vendreis por eſſe caño à mi caſa,
os veſtirèys de muy ricos veſtidos de r
tierra, y eſtareis en la meſa, como r
amiga, y de mi tierra, con el Rey. Re
pondiò ella: Yo lo cumplirè todo à vueſt
voluntad: Y aſſi que fue hora de come
y el Rey de ſu Palacio à ſu caſa del Cavall
ro.

ro llegasse; entrada la Reyna por el caño, entró en la casa del Cavallero; y vistiòse alli: y quando el Rey entrò, saliòle à recibir, y saludóle, segun convenia. Y luego que el Rey la viò, dixo al Cavallero: Quien es esta muger tan hermosa? Respondiò èl: Señor mi amiga, que ha venido de mi tierra empos de mi, à quien yo mucho tiempo he servido. Y el Cavallero assentò al Rey à la mesa, como le pertenecia, è hizo assentar la Reyna cabe èl: y al Rey siempre le parecia, que aquella era la Reyna, y decia entre sí: Què parece esta dama à la Reyna mi muger! Mas en ser la torre muy fuerte se engañò, y diò mas fè à las palabras del Cavallero, que à sus mismos ojos. Comenzò la Reyna à hablar, y combidar al Rey, que comiesse; y oyendola el Rey hablar, decia entre sí: O què parecida cosa, que es à mi muger en el gesto, y rostro, y en el hablar, y en todas las otras cosas! Pero siempre le engañó el ser la torre muy fuerte. En el fin de la comida el Cavallero rogò à su amiga, que cantasse; y ella comenzò luego una cancion de amores, y desde el punto, en que oyò, pensò: Por cierto esta es mi muger; mas còmo podrá ser,

ſer, que yo tengo las llaves de la torre Y aſſi eſtuvo en eſta contienda conſigo miſmo todo el comer. En fin dixo al Cavallero, que levantaſſe la meſa, que avia de negociar, y eſtaba alli muy enojado Y dixo el Cavallero: Señor, ſi no os enojais, tomarèmos un poco mas de placer Reſpondiò ella: Hagamosle el placer, qu podamos, que por ventura la Reyna eſt tomando placer aora. Reſpondiò el Rey Quitad la meſa; que no puedo eſtár ma Y luego el Cavallero hizolo aſſi: y el R ſaludandolos, fuèſe à mas andar à ſu Caſt llo, por ſaber ſi eſtaba alli la Reyna, ò n Enntre tanto la Reyna ſe deſnudò, y fue p el caño, y puſoſe, como de primero la av dexado el Rey. Aſſi que el Rey entrò, y la h llò aſſi, abrazòla: y dixola: Yo he comid oy con mi Cavallero, y vino alli ſu amiga nunca los hombres vieron en todos los g tos muger, que tal os pareciesse: y tan fantaſias me paſſaron en el comer; que puede eſtár contento, haſta aver llegado a por vèr, ſi eſtavades aqui. Y reſpondiò el O ſeñor, cómo puedes penſar coſa algu deſtas, ſabiendo, que eſtaba el caſtillo cer

do

do, y que no podia hombre ninguno entrar, ni salir, sino por la puerta, cuyas llaves vos siempre teneys? Còmo podia yo entonces estár allí. La razon bien consiente, que à las veces un hombre parece à otro; y por esso no deveriades tomar sospecha, ni alteracion, como del anillo hicisteis. Respondió el Rey: Verdad es; y por tanto yo he pecado. Haviendo passado todo esto, el Cavallero vino al Rey, y dixole: Señor, mucho tiempo ha, que os he servido, è ya es tiempo, que me buelva à mi casa; y por el servicio, que yo os he hecho, sola una cosa os quiero pedir; y es, que por quanto yo entiendo de tomar por muger à mi amiga, pues ella me ha seguido à tierras estrañas; que vos con el Clerigo esteis à los desposorios y esto me será à mi de gran merced, y muy gran honra en mi tierra. Entonces dixo el Rey: Essa, y mayor cosa haria yo por ti. Y assi el Cavallero puso plazo para el dia de los desposorios, y vino el Rey à la Iglesia, y estava el Clerigo revestido para que el Matrimonio se cumpliesse, y el Cavallero ya avia hecho venir à la Reyna por el mismo lugar, que ya sabia, y avia acostumbra-
 do,

do, y traíanla dos Cavalleros del brazo, pensando, que la amiga del Cavallero fuesse. Y assi que llegaron à las puertas de la Iglesia, dixo el Sacerdote: Quien es, el que entrega esta muger al Cavallero? Dixo el Rey: yo; y tomòla por la mano, y dixole: Amiga, tu mucho pareces à mi muy amada muger la Reyna, y por esso mas te amo: y porque eres muger de mi Cavallero, serás de mi casada; y puso la mano della con la mano del Cavallero; y el Sacerdote al instante los desposò. Hecho esto dixo el Cavallero al Rey: Señor, aqui está una gentil Nave, para partir, y quierome ir en ella para mi tierra; y ruegoos, que me acompañeys à mi muger hasta la nave, y que la querays informar, como ha de amar à mi sobre todos los hombres; plegueos de decirle otras semejantes cosas, con que se acuerde ella de vuestra Alteza: y el Rey hizolo assi, como el Cavallero le dixo: y assi se fue muchedumbre del Pueblo con èl hasta el mar; porque amavan mucho al Cavallero, y se dolian en damasia de su partida. Luego que llegaron à la nave, dixo el Rey a ella: Amiga mia, atiende à mi cosejo, y no errarás. Este es tu marido, al qual sobre todos los hom-

hombres eſtás obligada à amar, y Dios aſſi lo manda; ſeas en todo, y por todo leal, y obediente; y dicho eſto entregòla al Cavallero diciendo: Id ambos con la bendicion de Dios. Y el Cavallero, y ella, hicieronle muy gran reverencia de cabeza, y de rodillas; y deſpedidos del Rey entraron en la nave, y el Patron tenia ya ſu vela tendida, y con viento muy proſpero partieron muy preſto: y el Rey eſtuvo ſiempre alli, haſta que perdió la nave de viſta; y deſpues bolviòſe al Caſtillo de dentro. En fin vino à hallar la mina, que aquel Cavallero avia hecho: y aſſi que el Rey la viò, lloró muy agriamente, diciendo: Ay de mi, que eſte Cavallero, à quien tanto bien queria, me lleva mi muger! No era yo necio, que mas creìa las palabras ſuyas, que à mis proprios ojos? Entonces dixo la Emperatriz: Señor aveiſme entendido, lo que he dicho? Reſpondiò è: Por cierto ſi. Y dixo ella: Como aquel Rey fió en ſu Cavallero, y le engañó; aſſi tu confias en los ſiete Sabios, que trabajan en avergonzarme; y tù mas crees en sus dichos dellos, que à lo que has viſto con tus proprios ojos. Viſte, como tu hijo me quiſo forzar; y eſtos trabajan en

eſcaparle, y afirmarle mas en ſu malicia: por tanto yo temo, que os acaecerá, como à eſte meſmo Rey, que os he dicho. Dixo el Emperador: Por cierto mas creo à mis ojos, que à lo que ellos dicen; y por tanto digo, que mañana yo haré juſticia dèl.

CAPITULO XIX.

COMO EL SEPTIMO SABIO, LLAMADO Joaquin, eſcapó el ſeptimo dia al hijo del Emperador de la horca, contando un exemplo al Emperador, de como una muger de un Cavallero, por un poco de ſangre que à ella ſalió de un dedo, èl ſe murió; y ella le deſenterró, y le puſo en la horça.

AL otro dia de mañana mandó el Emperador, que le ahorcaſſen: y por conſiguiente todo el Pueblo ſe movió, è hizo gran quexa de la muerte del unico hijo del Emperador: y ſabiendolo el poſtrero Maeſtro, ſalió delante de los que le llevavan, y dixoles: Amigos, no os deis priſſa; que yo eſpero librarle en eſte dia con la ayuda de Dios: y aquexó el cavallo, y vino al Palacio,

è hizo reverencia al Emperador; y èl refpondiòle con gran faña, diciendo: Mal feas venido: que yo os dí à criar mi hijo, y aveifmelo tornado loco, y bellaco; por lo qual todos morireis con èl. Refpondió el Maeftro: Señor, poco tiempo queda hafta mañana à hora de tercia, en que vereis hablar muy bien à vueftro hijo, y os dirà verdad, de quanto os hablàre; y à efto me ofrezco fo pena de perder la vida. Dixo el Emperador: Si yo oyeffe hablar à mi hijo, nada fe me daria de cofa del Mundo; aunque no vivieffe mas de una hora. Refpondió el Maeftro: Vos lo oíréis todo, y vereis, fi en efte poco tiempo avrà fin; y fi à vueftro hijo no perdonais, y le matais por las palabras de vueftra muger, peor os acontecerà, que à aquel Cavallero, que por un poco de fangre de fu muger murió, al qual fue ella muy ingrata. Y dixo el Emperador: De grado oíria effe exemplo. Refpondió el Maeftro: Efcape el mozo; y yo os diré effe exemplo, que es mucho de notar, para guardarfe de la aftucia de las mugeres. Dixo el Emperador: Yo daré la vida à mi hijo, fi mañana, como prometeis, le oyère hablar. Dixo el Maeftro; Por cierto yo os

affe-

asseguro dello; y comenzò este exemplo
Avia un Cavallero, que tenia una muger
muy hermosa, y la amava tanto, que no
podia estàr ausente della. Acaeciò una vez
que jugavan ambos à los dados, y el Cava-
llero tenia un cuchillo en la mano; y ella
acaso hiriòse con el cuchillo, y sacò sangre
y assi que la viò el Cavallero, tanto le doliò
que hecho un loco, cayó en tierra medio
muerto; y tornando en sì algun poco, dixo
Llama al Sacerdote, que me venga à confessar
que yo muero por la sangre de mi muger
De cuya muerte hicieron gran llanto: y des-
pues de sepultado, la muger cayó sobre la se-
pultura, llorando tanto, que ninguno la pudo
de alli quitar, è hizo voto de nunca partirse
de alli, mas esperar por amor de su marido,
como la tortolica, su fin. Dixeronle sus pa-
rientes: Señora, qué aprovecha al anima de
vuestro marido, que os esteis aqui: tornad à
vuestra casa, y haced grandes limosnas; y esto
será mejor. Respondió ella: No me aconse-
jeis, os ruego; que de aqui no me irè, ni de
mi marido partirè, siendo muerto èl por mi.
Viendo esto los parientes, hicieron una casi-
lla cabe la sepultura, y pusieronle las cosas
ne-

necessarias; y fueronse, porque la soledad fuesse causa, que volviesse à su casa à estár entre la gente. Estando assi avia una ley en el Reyno, que quando ahorcavan à alguno, el Alguazil le guardava toda la noche con gente armada: y si acontecia, que hurtassen el cuerpo del ahorcado, el Alguazil perdia su hacienda, y la vida estaba en manos del Rey. Acaeció el dia que fue aquel Cavallero, sepultado, que el Alguazil estava à cavallo cabe la horca, guardando un cuerpo, y estaba la horca fuera de la Ciudad, y hacia gran frio, tanto, que, al Alguazil le parecia, que sino se calentaba, èl moriria de frio: y mirando acá, y acullà, vió fuego en el cementerio; y fuèse allà. Assi que llegó tocó à la puerta; y dixo la muger del Cavallero viuda: Què cosa es, que à esta hora estè en el lugar, donde està una muger tan desamparada, como yo? Y dixo: Yo soy el Alguacil, que tengo tanto frio, que sino me abres, para calentarme, morirè. Dixo ella: Temo que si te abro, diràs palabras frias, que me entristeceràn mucho. Respondió el Alguazil: Yo os prometo de no decir cosa, que os enoje. Entonces dixo ella: Entrad. Y assi que estuvo al

fue-

fuego assentado, è ya caliente, dixole: Señora; con vuestra licencia quieroos decir una palabra! Dixo ella. Dí. Entonces èl dixole: Señora, vos sois hermosa, y de linage rico, y moza: no seria mejor, que estuviessedes en vuestra casa, y diessedes limosna, que no que esteis aqui? Respondió ella, y dixo: Cavallero, si yo tal supiera, no te dexàra entrar: pues yo te digo, como à otros muchos he dicho, que bien sabeis, que mi marido me amó tanto, que por una poca de sangre de mi dedo murió. Oído esto, el Alguazil despidiòse della, y tornò à la horca; y assi que llegò, no hallò al ahorcado, que se le auian llevado; y al vèr esto volviòse tan triste, que era cosa de maravilla, y dixo: Ay de mi! Què harè? Aora todo lo mio es perdido, la vida, y la hacienda. Y assi estava triste, y no sabia què hacer. En fin pensò tornar à aquella devota señora, por vèr, si algun remedio aver pudiesse; y luego que llegò tocò à la puerta: y ella preguntòle la causa, porque tocava. Respondiò èl: Señora, yo soy el Alguazil, que antes vine, y quieroos decir algunos secretos mios: por tanto yo os suplico por un solo Dios, que me abrais. Entonces ella abriò; y èl entrò, y dixole: Señora,

ñora, yo demando vueſtro conſejo. Vos ſa-
breis, que hay ley del Rey, de que quando à
algun ahorcado hurtan, el Alguazil cae en
pena de la hacienda, y de la vida; y aora
mientras eſtuve aqui al fuego, me han hurta-
do el cuerpo del ladron, que eſtava ahorcado;
por lo que os pido por merced, que me que-
rais aconſejar. Dixo ella: Yo por cierto ten-
go gran compaſſion de ti; porque ſegun la
ley tu has perdido todo lo tuyo, y la vida tu-
ya, en lo que el Rey querrà hacer della: pero
toma mi conſejo; y ſeràs fuera de todo aquel
peligro. Reſpondiò el Alguazil: Señora, por
eſſo he venido à vos con eſperanza de ſer
conſolado. Y dixo ella: Placeme de tomarme
por muger? Reſpondió el Alguazil: Pluguieſ-
ſe à Dios, que vos lo quiſieſſedes; mas temo,
que tanto no os abaxareis. Y dixo entonces:
Por cierto me place. Y èl dixo: Yo, ſeñora,
os tomo por muger, todos los tiempos de
mi vida. Y dixo ella: Bien ſabeis, como ayer
mi ſeñor fue ſepultado, el qual murió por
mi amor; ſacadlo de la tierra, y ponedlo en
lugar de aquel ladron, que han hurtado de la
horca. Dixo el Cavallero: Por cierto, ſeñora,
ano conſejo me aveis dado. Y aſſi abrieron
la

la ſepultura, y ſacaronle. Y dixo el Alguazil: Señora, mucho temo, que al ladron, quando fue preſo, le quebràmos dos dientes de los altos; y temo que ſi le miran, y no le hallan aſſi, yo quedarè muy confuſo. Reſpondiò ella: Toma una piedra, y quiebrale dos dientes. Dixo èl: Señora, perdoname; que eſte vueſtro marido era muy amigo mio, y pareceme coſa muy fuerte, que yo en ſu cuerpo muerto tal haga. Dixo ella: Yo lo harè por tu amor; y tomò un canto, y derribòle los dientes. Hecho eſto dixo ella: Tomale, y ponle en la horca. Reſpondiò èl: Aun temo de ahorcarle; porque el otro ladron fue en la frente herido, y tenia cortadas las orejas; y ſi le tocaſſen, y ſe las hallaſſen, me quedaria muy confuſo. Dixo ella: Saca tu cuchillo, è hierele en la frente, y cortale las orejas. Reſpondiò èl: Señora, guardeme Dios, que tal coſa haga, al que en vida tanto amé. Dixo entonces ella: Dame el cuchillo; que yo lo harè por amor tuyo. Y tomò el cuchillo, è hizole en la frente una gran herida, y cortòle las orejas; y hecho eſto, dixo ella: Aora ſeguramente le puedes ahorcar. Dixo el Alguazil: Señora, ſabed, que aun tengo miedo

de

e ahorcarle; porque el ladron no tenia compañones, y si le registran, y se los hallan, quearè en gran peligro. Dixo ella: Nunca ví ombre tan medroso; pero con todo por nayor seguridad, toma el cuchillo, y còrtalos. Respondió èl: Señora, perdoname; ue no lo harè en manera del mundo. Dixo la: Pues yo lo harè por amor tuyo; y assi omò el cuchillo, y cortóle los compaños. Dixo ella: Vè, que ya puedes seguraiente ahorcar à este vellaco ensuciado; y eron ellos, y ahorcaronle; y fue librado Alguazil. Entonces dixole la señora: Amor nio, ya eres librado de todo cuydado por i consejo: tu debes aora desposarte conmio en la faz de la Iglesia. Respondiò el Alaazil: Yo he hecho voto, que en toda mi da no he tomar otra muger: el qual cumlirè. Mas no tienes verguenza tù, mala muer: quien se casarà contigo, quando à un onrado Cavallero, que fue tu marido, que or una poca de sangre, que te saliò de un edo, muriò; has tu en tanta confusion traì-, que le has quebrado los dientes, y le s herido la frente, y le has cortado las ejas, y los compañones? Qual diablo te

toma-

tomarà por muger? Y paraque oy en adelante no hagas eſto à hombre del mundo toma el galardòn; y diciendo eſto arrancò ſu eſpada, y cortòle en un golpe la cabeza Dixo el Maeſtro entonces: Señor, haveis entendido eſta hiſtoria? Reſpondió el Emperador. Si muy bien. Y dixo: Por cierto eſta fue la mas vellaca muger, que nunca ví, y el Alguazil hizo con ella, lo que devia, porque no traxeſſe à los otros en confuſion. Y dixo el Emperador: Maeſtro, ſi una vez ſola oyeſſe hablar à mi hijo, no cuidaria mas de mi. Reſpondió el Maeſtro: Señor, mañana oireis hablar à vueſtro hijo con gran diſcrecion delante de todos los del Conſejo de vueſtro Imperio; y os moſtrará la verdad deſta contienda entre vos, y la Emperatriz; y el Maeſtro deſpidiòſe del Emperador.



CAPI-

CAPITULO XX.

COMO AL OCTAVO DIA DIOCLECIANO, hijo del Emperador fue llevado con gran solemnidad al Palacio; y como redarguyó à su Madrasta la Emperatriz, y descubriò toda su maldad.

EN amaneciendo el dia octavo, los Maestros se juntaron, y tuvieron consejo, còmo, y en què manera sacassen al mozo de la prision, y llevassen al Palacio: lo qual preguntaron al Infante, quando ya era hora de tercia: y respondiòles: que à lo que à ellos parecia, tenia por bien: y dixoles, que no tuviessen cuidado; que èl responderia, y diria por todos; y entendia de salvarlos à todos con muy gran honra. Los Maestros, oyendo esto, alegraronse, y vistieronle de escarlata, y brocado, è ivan delante dèl dos dellos, y otros dos le llevavan en medio, y los tres le seguian, è ivan delante dellos veinte y quatro personas con diversos instrumentos de musica: y assi con muy gran honra llevaronle al Palacio; y el Emperador, quando oyó tanta

musica, preguntó, qué era aquello ¿ Respon
dieronle ; que su hijo venia à hablar delan
dèl, y de los Maestros, para escusarse, de l
que le disfamavan. Dixo el Emperador: Voso
tros echais esta fama; y pluguiesse a Dios, qu
yo le oyesse hablar. Assì que llegó el Infan
al Palacio, y le saliesse el Emperador à rec
bir, la primera palabra, que le dixo, fue: Padr
y Señor, sálveos Dios. Y luego que el Padre
oyó hablar, movieronsele las entrañas de mu
grande amor, y de gozo cayó en tierra; y
hijo levantòle; y assi que se alzó, prosiguiò
habla: y tanto fue el gozo del Pueblo, que n
le podia oìr; y el Emperador, viendo esto, h
zo sembrar dineros por las plazas, porque
Pueblo se ocupasse en coger, y les diessen lu
gar en el Palacio para oìr à su hijo: en lo qu
el pueblo no pensó. Hecho esto, el Emperad
los mandó callar, so pena de la vida; y assi qu
todos estuvieron reposados, dixo el Infant
Serenissimo Señor, antes que algo diga,
ruego, venga la Emperatriz con todas sus don
zellas; y luego mandó el Emperador, que as
lo hiciesse: y ella temiendo, pareció; y el In
fante hizolas estár delante de todo el Puebl
por orden, paraque las viessen, y dixo: Seño
al-

alzad los ojos, y mirad aquella donzella vestida de verde, la qual sabreis, que la Emperatriz ama, sobre quantas consigo tiene, y hacedla desnudar, y vereis, que tal es. Respondió el Emperador: Hijo, cosa seria muy vergonzosa despojarla delante de todos. Respondió el Infante: Si ella fuere muger, será verguenza mia: mas si no, toda la confusion será suya. Luego mandó el Emperador, la desnudassen; y ella desnuda, vieron, que era hombre: de lo qual todos se maravillaron. Entonces dixo el hijo: Padre, y Señor, hé aqui, quanto tiempo este vellaco en vuestra camara ha tan gran traicion cometido, y no sabiades, porque la amava tanto la Emperatriz. Luego que vió esto el Emperador, ya fuera de sì, mandó quemar à la Emperatriz, y al vellaco. Y dixo el hijo: Señor, no mande vuestra Alteza sentenciar, hasta que yo aya reprovado la maldad, que me levantó la Emperatriz, y prueve, como ella mintiò, y me acusò falsamente: Y dixole el Padre Hijo, todo el juicio pongo yo en tus manos. Respondió el hijo: Si se halla falsa, y mentirosa, sea juzgada por la ley. Y dixo despues: Señor Padre, quando embiasseis por mi à pedimento suyo; mis Maestros,

è yo miramos las Eſtrellas,y hallamos,que ſ
dentro de los ſiete dias yo hablava palabra
que moriria vergonzoſamente ; y eſta fue l
cauſa del callar. En lo que dice, que la quiſ
forzar , miente ; mas antes ella me requiriò
quanto pudo,y me diò tintero,y pluma,para
q̄ pues yo hablar nò le queria, eſcrivieſſe, pc
que la deſechava;y deſpues que le huve eſcrit
que cometeria grande alevoſia, y no enſucia
ria el vaſo de mi padre; raſgòſe los veſtido
los pechos,y la cara,y dió muy grandes voce:
y levantòme eſta disfamacion. Oìdo eſto pc
el Emperador, miròla con ſobrecejo, y dixe
O deſventurada, no baſtavamos para reme
diar tu gran encendimiento, yo, y eſte vella
co,que tienes en la tu camara, que aun reque
rias à mi hijo! Y ella entonces cayó en el ſue
lo,y pidiò perdon. Y dixo el Emperador. Tù
maldita, ninguna miſericordia mereces;ante
por tres razones mereces la muerte:la prime
ra, por aver cometido alevoſia tanto tiempo
la ſegunda , porque acumulaſte à mi hijo ta
maldad, y le disfamaſte: la tercera,porque d
continuo me importunaſte, què mataſſe à m
hijo;y aſſi manda la ley, que hayas mayor pe
na que muerte. Entonces dixo el hijo: Señor
bien

bien ſabeys, que por lo que me levantò la Emperatriz, cada dia me llevavan à la horca; mas Dios por medio de mis Maeſtros me librò. Señor, ſupongamos, que fueſſe aſſi, lo que la Emperatriz dixo, que reynaſſe en lugar vueſtro, y que en ello trabajamos yo, y mis Maeſtros, y tendriades entonces mas trabajo, y cuidado por el governar del Imperio: guardeme Dios, que yo no os tenga ſiempre, como padre, de quien he avido el principio de mi vida; y como ſeñor coronado del Reyno, y no menos, os obedeceria, que aquel hijo, à quien el Padre echò en el mar; porque dixo, que avia de ſer Rey; quando el hijo, mediante la ayuda de Dios, fue ſalvo, no le vino al Padre mal por ello; y eſto vereis por la experiencia, que mi ſeñorear nunca os hará mal ni daño; mas ſeros ha un gran deſcanſo. Entonces dixo el Emperador: Amado hijo, ſea Dios Bendito, y la hora, en que merecí haverte por hijo. Pues te veo arreado de ſabiduria, y muy buena crianza; ruegote, que me cuentes algun exemplo, por el qual mas llanamente yo pruebe tu diſcrecion, y me alegre en ti. Reſpondiò el hijo: Señor, mandad callar à todos, haſta que haya contado el exemplo;

plo ; y ſe dé ſentencia por juſta juſticia entre mi, y la Emperatriz. Y el Emperador mandó callar; y comenzò el infante a decir aſſi.

CAPITULO XXI.

DE UN EXEMPLO, QUE CONTó EL HIjo del Emperador, en que dá à entender la firme fé, y amiſtad, que ha de tener un buen amigo à otro.

HAvia un Cavallero, que tenia un hijo, y no mas, al qual mucho amaba ; encomendóle en tierras lexos à un Maeſtro, que le criaſſe, y le enſeñaſſe; y el niño, como tenia tan buen ingenio, aprόvechò mucho: deſpues que huvo eſtado ſiete años con el Maeſtro, el padre deſeavale ver, y embióle cartas, como vos hiciſteis à mi. El mozo, por obedecerle, vinoſe, de cuya venida gozòſe mncho el padre. Acaeciò un dia, que eſtando aſſentados el padre, y la madre à la meſa, y ſirviendoles el mozo volò un Ruyſeñor, adonde eſtavan aſſentados, y cantò tan dulcemente, que ſe maravillaron; y dixo entonces el Cavallero: O quan gracioſamente canta eſta avecilla! Y có-

mo

mo ſeria gran coſa, ſi alguno el canto ſuyo entendieſſe! Y dixo el hijo: Señor, bien ſabria yo declarar ſu canto; mas temo ofenderos. Dixo el padre: Ruegote hijo, que me digas que es, lo que quiere decir; que yo no sé por que me aya de agraviar deſſo; y obedeciendo el hijo, dixo: Eſte Ruyſeñor dice en ſu canto, que yo tengo de ſer tal, y tan gran ſeñor, que todos me harán muy gran honra; mi padre ſe combidará à darme agua para lavarme las manos, y mi madre tendrá la acelaja. Reſpondiò el padre: Nunca tus ojos verán eſſe dia, ni alcanzarán eſſe ſeñorio. Y con gran ſaña cargòſe ſu hijo à cueſtas, y llevòle à el mar, y lanzòle alli; y dixo: Ved aqui el interpretador de las aves. Y ſabiendo nadar el mozo, nadó haſta la orilla, y alli eſtuvo quatro dias ſin comer; y al quinto dia vino una Nave à la qual como el niño la vieſſe, diò una voz à los marineros, que por un ſolo Dios le libraſſen de la muerte: y viendo los marineros un tan gentil mozo, tuvieron del compaſſion, y puſieronle en la Nave, y llevaronle à tierraas muy lexos, y vendieronle à un Duque; y ſiẽdo el niño muy hermoſo, amavale mucho el Duque; y acaeciò, que el Rey

llamò à Cortes Cenerales á todos los Grandes, y Cavalleros de todo ſu Reyno; y aſſi fue à ellas el Duque, y llevó conſigo à aquel tan hermoſo mozo de gran ingenio, y ſiendo juntos delante de el Rey, les dixo: Amados, y fieles mios, el por que os he llamado, es por deciros, que si alguno me declara un miſterio, que os dirè, le prometo dar à mi hija por muger: y quanto viviere, le aſſentarà à mi lado en mi Reyno, y deſpues de mi fin, todo lo poſſeerá; y el miſterio es eſte. Sabed, que tres cuervos me ſiguen ſiempre, y y no me dexan, donde quiera que voy, y dan voces muy eſpantables, tanto, que temo oìr ſus cantos, y verlos: por tanto ſi alguno ſupiere declarar la cauſa, porque me ſiguen, y me los quitaſſe de encima; ſin duda que yo cumpliria mi promeſa. Dicho eſto, no ſe hallò en todo el Conſejo, quien tal ſupieſſe. Entonces dixo el mozo al Duque: Señor, creeis, ſi el Rey me tendrá lo ofrecido, ſi cumplo ſu deſeo? Dixo el Duque: Pienſo, que ſi; mas placete, que yo ſe lo diga? Reſpondiò el mozo: Yo perderè la vida, ſi no lo cumplo. Y luego el Duque fuèſe al Rey, y dixole: Señor, aqui eſtá un niño, que ſe ofrece à ſatisfacer à

vueſ-

vueſtro deſeo, ſi le tuvieredes, lo que aveis prometido. Dixo el Rey: Por mi corona te juro de cumplirlo. Entónces llevó el Duque al niño; y aſſi que lo vió, y dixole: Di buen niño: Sabes tú reſponder à mi pregunta? Reſpondiò el niño: Señor muy bien: vueſtra pregunta es tal: Por qué eſtos cuervos dán tan terribles voces? A lo qual reſpondiò; que acaeció una vez, que dos cuervos macho, y hembra engendraron otro cuervo; entonces avia tan gran hambre, que los hombres, aves, y beſtias morian de hambre: eſtava el cuervo pollo en el nido; la madre dexólo, y fuèſe à buſcar de comer, y no cuydo mas de èl; y el padre, viendo eſto, con gran trabajo lo ſoſtuvo, haſta que volar ſupieſſe; y paſſada la hambre tornò la madre al pollo, queriendoſe acompañar con él; y viendo eſto el padre, echavala del, diciendo: que en la neceſſidad le avia dexado; y que aora devia ſer apartada de ſu compañia. La madre alegava, que tuvo dolores en el parto; y que por tanto devia mas gozar de ſu compañia, que el padre. Y por eſto; ſeñor, os ſiguen eſtos cuervos, pidiendoos, que deis ſentencia, à qual dellos deve el pollo tomar

en

en ſu compañia; y eſta es la razon, por que dán voces; y vos, Señor, deveis juzgar, qual deve gozar de la compañia del hijo, y deſpues de dada la ſentencia no los vereis mas. Dixo el Rey: Pues que la madre dexò al pollo en el tiempo de la neceſſidad; es razon ſea privada de ſu compañia. Y en lo que dice que ſoſtuvo dolores en el parto; bolvieronſe en gozo, quando le vió nacido. Y por quanto el macho, al tiempo de la neceſſidad, le mantuvo, yo doy por ſentencia, que el pollo estè en la compañia del padre, y no de la madre. Aſſi que los cuervos oyeron eſte juício, ivan por el ayre bolando y dando muy grandes voces: y no los vieron mas en todo el Reyno. Dixo el Rey al niño: Còmo te llamas? El reſpondiò: Alexandro. Dixo el Rey: Yo quiero recabar de ti, que no llames à otro por padre, ſalvo à mi; pues te deſpoſarè con mi hija, y ſerás poſſeedor de mi Reyno. Y el Rey amavale mucho; porque iba buſcando juſtas, y tornèos, y davaſe à coſas de la guerra, y en todo ganaba mas fama, que hombre de Egypto: tanto, que en el Reyno, ni fuera dèl, ſe halló hombre, que vencer le pudieſſe, ni proponer tan obſcuras preguntas que no las ſoltaſſe.

Havia entonces un Emperador llamado Tito, que à todos los Reyes del mundo en linaje, y cortesia sobrepujava, en tal manera, que su fama por todo el mundo volaba: tanto, que qualquier que queria en saber, y costumbres aprovechar, y vér poco menos de todo el mundo, se iba à la Corte de aquel Emperador. Assi que el niño Alexandro supo esto, dixo al Rey: Señor vos sabeis, como está el mundo lleno de la fama deste Emperador, y por tanto dessea cada qual de estár en su Corte; porende si à vos pluguiesse, de grado me iria à su Corte, por aprender discrecion, y costumbres. Respondió el Rey: Placeme; pero yo quiero, que vayas bien proveído, y abundante en dineros; segun que à mi honra se requiere, y à tu necessidad: pareceme que deves primero hacer bodas con mi hija. Dixo Alexandro: Señor perdoneme por aora vuestra Alteza, hasta que buelva; y entonces tomarè vuestra hija con toda honra. Respondiò el Rey: Pues tanto te place visitar la Corte del Emperador; yo te doy licencia. Alexandro entonces despidióse del Rey, y partiòse para el Emperador muy acompañado; y assi que llegó al Palacio, viendo

al Emperador, hincò las rodillas en tierra; y el Emperador levantòſe de la ſilla, y besòle, y dixo: Hijo de donde eres? Què es tu negocio? Por què has venido? Reſpondió Alexandro: Y ſoy hijo, y heredero del Rey de Egypto, y he venido, por ver, ſi querrá vueſtra Alteza, que le ſirva. Al Emperador le plugo mucho, y luego encomendòle al gran Seneſcal, è hizole ſu Maeſtreſala, y el Seneſcal diòle una muy buena poſada en el Palacio, y de todas coſas muy arreada: y Alexandro portoſe tan ſabia, y diſcretamente, que en breve tiempo fue de todos amado. No mucho deſpues vino el hijo del Rey de Francia, para aprender en aquella Corte virtudes, y proezas, al qual recibiò el Emperador muy honradamente; y preguntòle de donde era, y como le llamavan, y de ſu linage; y reſpondiò: Hijo ſoy del Rey de Francia: llamome Luís; y he venido para ſervir à vueſtra Alteza, ſi à vos pluguiere de recibirme por vueſtro: al qual reſpondiò, y dixo el Emperador: Yo he hecho à Alexandro Maeſtre de ſala mio, y à ti quiero hacerte mi Copero; y porque voſotros ſoys de muy gran linage, quiero, que à la meſa de continuo me eſteis delante, y goce de

vueſ-

vuestra vista. Encomendóle al Senescal suyo, que le diesse honrado aposentamiento; y él pusole con Alexandro, y estos dos parecianse tanto en el gesto, rostro, y costumbres, que las mas veces no podian discernir al uno del otro; salvo, que Alexandro era mayor en saber, y mas diligente, y desembuelto, en lo que avia de hacer: porque Luís era muy mugeril, y medroso; y esta era la diferencia de los dos: y amavanse mucho. Tenia el Emperador una hija, que llamavan Florentina, la qual mucho amaba, porque era muy graciosa, y heredera de su Reyno, la qual tenia Corte por sì; y el Emperador en señal de amor le embiaba cada dia, de quanto tenia, y esto por mano de Alexandro: y por esta causa ella amaba mucho à Alexandro; porque parecia gracioso, y discreto. Acaeciò un dia, que Alexandro estaba en unos muy grandes negocios ocupado, y era ya hora de comer, y no servia alguno en el lugar suyo; y viendo esto Luìs suplicò en su lugar. Teniendo ya el Emperador la postrera vianda entre sí, y sirviendo Luìs delante del Emperador, puesto de rodillas, mandóle, como acustambraba, que llebassen escudilla à su hija, pensando, que fuesse

Ale-

Alexandro; y Luís hizolo, como el Emperador le mandò: y assi que entrò por la sala de la hija, saludòla, y puso su escudilla, segun convenia delante della. Y puesto que no le huviesse ella visto hasta entonces; pero luego conociò no ser Alexandro; y dixo ella: Hijo, còmo te llamas, y de quien eres hijo? Respondiò Luís: Señora, yo soy hijo del Rey de Francia; y llamanme Luís. Entonces dixo ella: Sea en hora buena, y ve en paz. Y èl humillóse, y fuèse. En esto vino Alexandro à la mesa, y cumplieron ambos su oficio: y en acabando de comer, luego Luís se acostò, y comenzò à adolecer. Luego que lo supo Alexandro, entrò en la camara, y dixole: Luìs hermano, y mas querido de todos los amigos, què tienes, y qué es la causa de tu dolencia? Respondiò Luís: No sè; mas tan malo me siento, que temo no escapar. Dixo Alexandro: Pues yo tengo bien conocida la causa de tu dolencia. Oy quando llevaste la escudilla à mi Señora la Infanta, tú la miraste mucho al rostro, porque es hermosa; porende creo, que está todo tu pensamiento enagenado, y atormentado. Al qual respondiò: Por cierto, Alexandro, todos los fisicos

del

del mundo no podrian mas verdaderamente juzgar mi dolencia;y temo, que serà causa de mi muerte. Respondió Alexandro: Yo te ayudarè, quanto podrè; y luego salió à la plaza, y mercò de su proprio dinero un precioso paño todo brocado de aljofar, sin que lo supiesse Luís, y presentóle à la hija del Emperador en nombre del mismo Luís. Y dixo la Infanta: Alexandro, de donde has podido haver tan rico paño? Dixo Alexandro: Señora, sabed, que es de un hijo de un Rey muy rico, y desea mucho serviros: el qual por vuestra causa está à la muerte; y si le dexaredes peligrar, nunca cobraréis vuestra honra. Dixo la Infanta: Alexandro, queriasme tu aconsejar que perdiesseyo desta manera mi fama, y virginidad? Guardeme Dios de solo pensar tal cosa. Y sepas Alexandro, que de tal embaxada nunca conmigo medrarás, vete de delante de mi, y no me hables mas de tal cosa. Assi que la huvo oído Alexandro, hizola reverencia,y fuèse; y el dia siguiente entró en la Ciudad, y mercò una corona, mucho mas rica al doble que el paño; entrò en la camara de la Infanta, y presentòsela de parte de Luìs; y assi que ella vió tan
rica

rica corona, dixo: Alexandro, maravillome de ti, que me has tantas veces visto, y hablado; y nunca cosa por ti no me has dicho. Respondió Alexandro, y dixo: Señora, yo no soy tan encendido, y tal cosa no me ha acaecido, que mi corazon fuesse tan llagado; y el que tiene algun amigo ha de mostrar su amistad: y por tanto, Señora, mirad toda la dulcedumbre de las mugeres; porque remedieis al que aveis mortalmente herido, y porque no seais causa de su muerte. Y dixo entonces la Infanta: Vete muy en hora buena; que al presente yo no te responderè. Y èl, oyendo esto abaxò la cabeza, y fuèse. Al tercero dia se fue de la misma suerte à la plaza, y mercò una cinta tres veces tanto mas rica que las otras joyas primeras, y fuèse à presentarla à la Infanta de parte de Luís su buen amigo. Assi que viò tan rico presente, dixo Alexandro, haz que venga tu amigo Luís à tres horas de la noche; y hallará abierta la puerta. Luego que oyò esto Alexandro, gozòse mucho, y fue à su compañero Luís, y dixole: Amigo, consuelate; que yo te he ganado tu amiga y esta noche yo te llevaré à su camara. Luego que oyò esto Luís, como de un gran sueño se

dis-

diſpertó, y revivò un poco, y de el gran gozo que tuvo, ſanó. La noche ſiguiente Alexandro ſe armò muy bien de armas ſecretas, y tomó conſigo á Luís, y llevòle à la puerta, que la Infanta le avia moſtrado, donde eſtuvo toda la noche, holgandoſe, y teniendo placer con la hija del Emperador: y Alexandro eſtuvo, guardandole toda la noche; y eſto hecho, huvo entre Luís ſu amigo y èl gran amor y Luìs iba muchas veces à ella, tanto, que vino à oídos de algunos grandes Cavalleros de la Corte, que tenia Luís què hacer con la Infanta: y eſtos Cavalleros hicieron entre ſi monipodio contra Luìs, y deliberaron de eſperarle, prenderle, y matarle: lo qual ſupo Alexandro; y por otra parte armòſe con los ſuyos, para reſiſtir, y defender la perſona de ſu buen amigo Luís. Los quales Cavalleros luego que lo ſupieron, temiendo à Alexandro, dexaron ſu empreſa; y Alexandro puſoſe en muchos grandes peligròs por ſu gran amigo, y buen compañero Luís: lo qual èl no ſabia; mas ſu amiga la Infanta muy bien lo ſabia todo. Deſpues de acabado todo eſto, llegaron à Alexandro cartas de la muerte de ſu ſuegro el Rey de Egypto paraque vinieſſe luego,

go, y que tomasse, y governasse su Reyno co todas sus pertinencias; y visto esto por Alexandro, luego dixo à su amigo Luís, y à s amiga la Infanta, su partida: los quales mas d lo que alguno creer podria, se entristecieron Alexandro dixo al Señor Emperador, com le avian llegado cartas de la muerte de su padre: y que le convenia dar muy gran priss á su partida, para ir à tomar possession de Reyno; y assi le pidiò licencia, y ofrecióse la Magestad del Emperador, por los beneficios, que en su Corte havia recibido; mas dixole: Señor, sabed, que antes que yo por mi partida os ofendiesse; deliberaria de perder todo mi Reyno. Y dixole el Emperador: Alexandro, sabete, que mucho me duelo de tu partida; porque me agradavas mucho, tanto como hombre de toda mi Corte: mas no es cosa, que conviene à la Magestad del Emperador, que dè empacho, à los que le sirven, quando alguna dignidad les viene, antes deve trabajar en ensalzarlos. Porende el nuestro Camarero te dará de nuestro thesoro, quanto tu quisieres, y vete con la bendicion de nuestro Señor. Y Alexandro se despidiò del Señor Emperador, y de todos los otros

Ca-

Cavalleros de su Corte; y muchos tuvieron grande dolor de su partida, por quanto él era de todos muy amado, y querido. Luís, y su amiga la Infanta salieron con èl fuera de la Ciudad, cerca de tres leguas: y quando Alexandro, les dixo que se bolviessen atrás, no queriendo, que mas le acompañassen, tuvieron tan gran dolor, que cayeron en el suelo amortecidos, y estuvieron un gran rato, sin poderle hablar: y Alexandro levantólos de tierra, consolòlos con muchas, y muy buenas palabras de gran consuelo, y consejo, diciendoles assi: O Luís, mi muy amado amigo entre todos mis amigos, yo te ruego por amor de Dios, y amonesto, que tengas muy encubierto el secreto, que está entre ti, y nuestra Señora la Infanta; y seas muy astuto, y guardate, en quanto hicieredes, principalmente yendo por el camino de la camara de la tu amiga la Infanta; que yo sè, que en lugar mio entrará algun otro, que te tendrà grande embidia del amor, que la Señora Infanta te muestra; y de dia y de noche observará, lo que haces, y por donde vás. Respondió Luís: Alexandro, amigo mio entre todos mis amigos muy amado, sabete, que

con

con todas mis fuerzas me guardarè, quanto pudiere. Mas cómo me podrè yo guardar, no teniendo tu fidelidad? Sola una coſa reſta à decir; y es, que yo de ti quiero, que recibas eſta ſortija de mi, y que por ella de mi te acuerdes. Entonces reſpondió Alexandro, y dixo: De muy buena voluntad por amor tuyo recibirè el anillo; aunque en verdad, ſin él nunca te olvidarè, y encomiendote à Dios. Y entonces ellos abrazaronſe ambos à dos por el cuello, y beſaronſe; y dexóle ir. Luego de alli à poco tiempo vino Guido, hijo del Rey de Borgoña, muy bien acompañado de muchos Cavalleros, è Hijos Dalgo de la Corte de ſu padre, y preſentóſe delante del Emperador; y quando el Emperador le vió, le dixo deſta manera: Hijo, de donde eres, y por què has venido à eſta tierra? Y reſpondió entonces Guido, diciendo: Señor, las virtudes, y grandes noblezas de vueſtra Mageſtad vuelan, y reſplandecen por todo el Univerſo Mundo; y por eſſo yo he venido aqui, para merecer ſervir á vueſtra Mageſtad, ya prender virtudes, y cavallerias, y buena crianza. Y dixo el Emperador: En buena hora ſeas bien venido; è yo quiero, que ſeas en lugar de Alexan-

xan-

xandro, hijo del Rey de Egypto, el qual se fue muy poco tiempo há; y encomendòlo à su Senescal, al qual le dió el lugar de Alexandro en la camara de Luís: de lo qual se enojó muy mucho Luìs; mas no pudo hacer en ello otra cosa. Guido entendió, que Luìs de mala gana lo recogia, y luego comenzó à tenerle gran malicia; y Luìs por miedo de Guido se detuvo de platicar con la Infanta gran tiempo. Pero vencido del amor algunas veces iva à ella: y despues como de primero tornó otra vez à ir à ella; y Guido, mirando, luego comenzo à azechar, y mirar, y buscar, à donde iba, tanto, que vino en conocimiento de todo el secreto de Luís, y como la Infanta era conocida por Luìs, y que en esto le avia mucho ayudado su compañero Alexandro. Acaeció, que una vez el Emperador estaba en la sala, alabando mucho à Alexandro de sus virtudes, bondades, y discrecion: à lo qual Guido dixo: Señor, no se debe tanto alabar Alexandro; porque sabed; que ha sido alevoso muchos dias en la vuestra Corte. Respondió el Emperador: Còmo dices esso? Dixo Guido: Una hija teneis, que es heredera: sabed, que Luìs por medio, y ayuda de

Alexandro la alcanzó, y cada noche, quando se le antoja, vá con ella à tomar placer. El Emperador, oyendo esto, fue movido à gran ira. Acaeciò, que Luìs avia de passar por la sala, y assi que le viò el Emperador, llamòle, y dixole: Què es esto, que oigo decir de ti? Si es verdad, sabete, que morirás mala, y vergonzosa muerte. Respandiò Luìs, y dixo: Señor, què es esto? Respondiò Guido: Yo he dicho delante de mi Señor contra ti, que le has deshonrado la hija, y cada dia vás à ella; y esto combatiré de tu persona à la mia. Respondiòle Luìs: Por cierto yo soy inocente, è yo lo mantendré, y lo defenderé; y espero en Dios, que esta mentira se quebrantará en tu boca. El Emperador, oyendo este desafio, assignòles el dia del campo; y hecho esto, Luìs fue à la Infanta, y contòle todo el hecho, de como Guido havia dicho al Emperador, todo quanto entre ellos dos passaba, y como quedaban desafiados, y les havia assignado el dia del campo; y dixole: Señora, dame aora buen consejo; que de otra manera yo seré hijo de muerte: Y como vos, Señora, sabeis, que yo no he podido escusar el campo, salvo si me quisiere

dar

dar por culpable; y Guido es muy recio, y valiente en las armas, que ninguno ay en la Corte ſemejante à èl, ſalvo Alexandro, el qual no es aqui; è yo ſoy flaco, y ſi entro en lid con èl, ſin duda ſerè vencido; y vos por conſiguiente quedaréis en muy grande confuſion, y deshonra. Al qual reſpondiò la Infanta: Haz mi conſejo; pues eſtás de ti miſmo deſeſperado. Vete preſto à mi padre, y dile, que has recibido cartas, que tu padre eſtá muy malo, à la muerte, y que deſea verte, por hacer contigo ſu teſtamento: pidele licencia, por razon de la dolencia de tu padre, y que le plegue alargarte el plazo del campo, tanto, que puedas ir para tu padre, y bolverás muy preſto acá; y quando hubieres recibido la licencia, y el plazo, vete lo mas preſto, que pudieres al Rey Alexandro ſecretamente, y dile la cauſa, por qué vas: y ruegale, que en eſta extrema neceſſidad te ayude: y yo le eſcrivirè una carta, pidiendole por amor mio, que pues èl fue la cauſa de nueſtra amiſtad, à ti, y à mi quiera ſocorrer. Aſſi que Luìs oyò eſto, plugole mucho el conſejo de ſu amiga; y luego pidiò licencia al Emperador en la forma ſobredicha; y alcanzando

do la licencia, el plazo de la batalla, tomò la carta de la Infanta, y fuèse para Egypto à Alexandro, y no parò ni de dia ni de noche, hasta llegar à la Ciudad, y al Palacio del Rey Alexandro. Luego que el Rey supo su venida, alegròse, y saliòle à recibir, y maravillandose mucho èl, le preguntó la causa de su venida. Respondió Luìs: Señor, y amigo, mi vida, y muerte en tus manos está; pues assi como antes me dixiste, que sobreviniendome otro compañero, yo seria perdido, si no me guardaba, assi ha acaecido; y yo hice, como tu me dixiste, y quanto pude, me guardé de irme à ella. Mas despues aquel hijo del Rey de Borgoña, conociendolo, me azechó, hasta que supo la verdad, y acusòme al Emperador, de manera, que me es forzoso pelear con el: y como tu bien sabes, que es hombre esforzado, y yo soy flaco; por esso Florentina me aconsejò, q̃ yo viniesse à ti para remedio nuestra angustia; porque sabe, q̃ eres verdadero amigo: y me diò esta carta, rogandote, que en tanta necessidad no nos desampares. Dixo Alexandro: Sabe alguno tu venida à mi por esta razon, salvo Florentina? Respondió Luìs: Ninguno; que yo he pedido licencia al Emperador, para visitar

à mi padre; que estaba à la muerte. Y dixo Alexandro. Como te aconsejó Florentina, que hiciesses? Respondió Luìs: Hermano, ella me aconsejó esso; porque nosotros mucho nos parecemos, y tú, entrando en la lid con Guido, ninguno te conocerá, salvo Florentina; y acabado el campo, cada qual se bolverá à su tierra. Dixo Alexandro luego. Quando será el dia de la pelea? Respondió Luís: De oy en ocho dias. Y dixo Alexandro: Pues si yo no parto luego, no llegaré al plazo. Pues còmo harémos? Que mañana todos mis vassallos vendrán al combite, porque yo los he combidado, y haré bodas con mi esposa: y si dilato, despues no podré, y el negocio se perderá; y si no fuere allá, la pelea será desamparada. Què es lo mejor que te parece? Y assi que Luís oyó la dificultad, cayó en tierra, suspirando, y diciendo: De cada parte hay trabajo. Dixo Alexandro: No desmayes, ni te espantes; que aunque supiesse perder mi Reyno, y muger, no te dexarè caer. Oye, lo que he pensado. Pues nos parecemos, y yo no soy tan conocido, y los Cavalleros, y el Puebo tomarán à ti por mi; queda tù en mi lugar, y harás bodas con mi esposa,

y assentartehas al combite, como si fuesses yo; y quando te encierres à la noche, guardame lealtad; y luego yo cavalgarè, è irè à la lid: y si Dios me diere victoria, luego bolverè secretamente; y tù assimismo bolverás à tu tierra. Dicho esto, despidióse Alexandro de Luìs, y fue à la Corte del Emperador à pelear con Guido; y Luìs quedó en las bodas por Alexandro. Al dia siguiente fue Luìs en lugar de Alexandro, y desposòse en la faz de la Iglesia, è hizo su combite, y vistió sus varones, y mostròse muy benigno: y assi que fue noche, Luís encerròse, y acostòse con su esposa, y puso su espada desnuda entre èl, y ella, porque no se tocasse la una carne con la otra, de lo qual se maravilló mucho; pero ninguna cosa decia: y assi durmió con ella, mientras el Rey Alexandro estuvo ausente. Entonces el Rey Alexandro vino al plazo puesto por el Emperador, y dixole: Señor, aunque yo haya dexado mi padre muy doliente; pero he venido por defender mi honra. Respondió el Emperador, y dixo: Bien has hecho. Assi que la Infanta le vió, alegròse mucho, y pusole los brazos al cuello, y besòle, y dixole: O ben-

bendita ſea la hora, en que te he podido vèr! Dime: Donde has dexado à Luis? Y Alexandro contòle todo el proceſſo, como lo dexó en ſu Reyno; y deſpidiòſe della, y entró en la camara de Luìs, y aſsi no huvo hombre alguno, que no creyeſſe, que èl era Luìs, ſalvo Florentina la Infanta. Al dia ſiguiente, antes de entrar en la lid, dixo Alexandro al Emperador en preſencia de Guido: Señor, eſte me ha disfamado à mi, y à vueſtra Mageſtad, y yo os afirmo por la Cruz, y por los Santos Evangelios, que nunca yo conocì à vueſtra hija por eſſa parte; y eſto en eſte dia, con la ayuda de Dios, ſobre el cuerpo de Guido lo probarè. Reſpondió Guido: Por la Ctuz, y por los Santos Evangelios, tu has deshonrado la hija del Emperador: lo qual yo probarè en tu cabeza; y dicho eſto cavalgaron en ſus cavallos, y encontraronſe muy fuertemente: y aſsi eſtuvieron peleando con las eſpadas, tanto, que Guido cayó del cavallo; y Alexandro luego que le vió en tierra, deſcavalgò, y matòle, y cortòle la cabeza: la qual embiòle luego à la Infanta: de lo qual ella ſe gozò mucho, y llevòla à ſu padre, diciendo: Señor, he aqui la cabe-

za del traydor, que â ti, y à mi ha falſamente disfamado. Y el Emperador aſsi que viò la victoria, luego embiò por Alexandro, el qual crieia ſer Luìs, y dixo: Amigo mio, tù has oy muy bien defendido la honra mia, y de mi hija: por tanto de oy en adelante yo te quiero mucho mas bien, que nunca te quiſe; y quien de aqui adelante te disfamáre, caerá en mi ira. Reſpondiò Alexandro: Señor, Dios guarda, à los que en èl tienen confianza, porque venguen la ſangre inocente. Mas una coſa te ſuplico; y es que he dexado à mi padre doliente, te plegue de darme licencia, que allá buelva, y luego que eſtuviere mejor, bolverè. Reſpondiò el Emperador: Placeme en eſta manera, que me dexes; pues de oy en adelante no quiero perderte. Entonces Alexandro deſpidiòſe del Emperador, y bolviòſe à ſu Reyno; al qual luego que le viò Luìs, ſe gozò mucho; y Luìs recibiòle muy amigablemente, diciendo: Amigo mio, còmo te has havido en el campo contra Guido? Reſpondiòle Alexandro: Vè al Emperador, y ſirvele, ſegun que haſta aqui has hecho; que yo he mejor gracia recabado, que antes tenias, y he cortado la cabeza de tu enemigo Guido. Reſpondiò Luìs: Tù me has ſal-
vado

vado la vida, no solo esta vez mas muchas: lo qual yo satisfacer no puedo: remunèrete Dios; que à èl te encomiendo. Y tornò Luìs al Emperador; y ninguno supo la ausencia de Alexandro, salvo Luìs. Assi que anocheciò, entròse Alexandro en la cama con la Reyna, y luego tuvo con ella muy dulces palabras, y abrazòle, y ella dixole: Mucho has estado sin mostrarme alguna señal de amor. Dixo Alexandro: Por què dices esto? Respondiò la Reyna: Despues que duermo contigo hasta aora, siempre has puesto la espada sacada entre los dos, y nunca te me has llegado hasta aora. Al oìr esto el Rey Alexandro entendiò la lealtad de Luìs su buen amigo, y dixole: Amada mia, no lo he hecho por algun mal; mas solo por una prueba de amor grande, que yo te tengo. Y ella pensaba en su corazon, y decia entre sì: Tu nunca lo veràs, ni havràs mi amistad. Y luego comenzò à amar à un Cavallero, que en dias passados mucho le avia agradado; y tanta fue la amistad, que entre ellos huvo, que pensaron entre ellos dos, como avian de matar al Rey Alexandro; y assi concertaron entre sí de emponzoñar al Rey; y como fuesse de recia complexion, no

le pudo la ponzoña matar; mas hizole leproso. Viendo esto los Grandes, y Nobles del Reyno, y la Reyna con ellos, dixeron: No debe el leproso ser nuestro Rey; porque no puede engendrar sino hijos leprosos; como èl; y assi lanzaronle del Reyno. Entretanto murió el padre de Luìs; y acaeció, que Luìs juntamente fue Rey de Francia, y Emperador por la muerte del Emperador Tito, su Señor, el qual quiso, que sucediesse en el lugar suyo Luìs; y mando, que todos los Grandes, y Nobles del Imperio le recibiessen por Señor, de que la Infanta mucho se gozó por ello, porque le amava mucho. Luego que el Rey Alexandro oyò decir estas cosas, pensò entre sì, diciendo; Mi compañero Luìs, Emperador, y Rey de Francia? A quien podré mejor irme, que à èl por quien me he yo muchas veces en grande aventura puesto? Y de noche levantòse solo, y tomò un bordon, y sus tablillas de madera, para pedir por el nombre de Dios, como leproso. Fuèse por su camino, hasta que llegò, donde el Emperador estaba: y assi que llegò, èl se puso entre los otros leprosos, que pedian limosna por amor de Dios, cabe la puerta del Palacio

Real,

eal. Al ſalir fuera del Palacio el Emperador,
ɔdos ſonaron ſus tablillas, y el Rey Ale-
ındro con ellos; pero como no le dieſſen li-
ıoſna, eſtuvo eſperando, haſta que el Empe-
ıdor ſe aſſentaſſe à la meſa; y entonces fue
la puerta del Palacio, y tocò; y el Portero
eguntó? Quien eſtá aì? Reſpondiò el Rey
.lexandro, y dixo: Aqui eſtá Alexandro, po-
·e hombre, y deſechado. Ruegote por un ſo-
ı Dios, que no me deſeches; ſino que lo di-
ıs à tu Señor el Emperador. Entonces reſ-
ɔndió el Portero: Què es, lo que quieres, que
diga? Dixo Alexandro: Dile, que un leproſo
uy eſpantable de vèr, le ruega, que por amor
: un ſolo Dios, y del Rey Alexandro, le otor-
ıe oy, que coma delante dèl en el ſuelo ſu
noſna. Reſpondiòle el Portero. Maravillo-
ı, que tales coſas pidas à mi Señor el Empe-
ıdor; pues toda la ſala eſtá llena de grandes
ñores, y nobles Cavalleros, y ſi te vieſſen,
ıdos ellos echarian quanto comen; pero
ırque tan ahincadamente me lo ruegas, yo
probarè. Fuèſe luego al Emperador, y con-
e la Enbaxada, como un leproſo eſtaba a
ıpuerta, que ſe nombraba Rey Alexandro.
ıſi que el Emperador oyó nombrar Alexan-
dro,

dro, Rey de Egypto, dixo al Portero. Hazlo entrar luego, aunque ſea hombre deſechado, y feo. Al punto entró, è hicieronle aſſentar y dieronle muy bien de comer, y aſſi que huvo bien comido, dixo à un page, que le hicieſſe tanta merced, que le dixeſſe al Emperador, que le rogava por un ſolo Dios, y por amor de Alexandro, mandaſſe, que le dieſſen à beber en ſu copa. Reſpondió el page: Yo lo haré por amor de Dios, y tuyo; mas yo creo, que no lo hará el Emperador; porque ſi una vez bebieſſe en ella, nunca jamás el Emperador beberia en ella. Con todo el page hizo la dicha embaxada, como ſe lo rogò. Y el Emperador, oyendo nombrar al Rey Alexandro, luego mandó henchir la copa del mejor vino, que alli havia, y embiòſela; y èl tomó el vino, y puſolo en una calabaza, que èl traía: y puſo en la copa la ſortija, y embiòla al Emperador. Luego que el Emperador vió la ſortija, conociò, que era aquella, que èl dió à Alexandro por gran amiſtad, quando ſe deſpidiò dèl; y penſaba en ſu corazon: O Alexandro es muerto; ò algun miſterio debe ſer eſte. Luego el Emperador mandò al leproſo, que no ſe fueſſe, ſin hablar

le

e primero; pues no le conocia, ni le tenia
›or Alexandro. Acabada èl la comida, el Em-
›erador tomò à parte al leprofo, y preguntò-
e, como avia havido aquel anillo? Refpon-
lió Alexandro: Señor, tu Mageftad conociò
nuy bien el anillo? Dixo el Emperador: Si,
nuy bien. Dixo Alexandro: Pues no me co-
ıoces, que yo foy aquel Alexandro, à quien
e difte? Luego que el Emperador oyò efto,
ayò en tierra de gran dolor, y rafgòfe las
eftiduras Reales con grandes fufpiros, y
|uexas, diciendo: O Alexandro, remedio
le mi vida! Còmo eftá de efta fuerte, tu no-
le, y delicado cuerpo? Refpondiò Alexan-
lro: Por la mucha lealtad vueftra, quando
ufifte la efpada en la cama da mi efpofa en-
re vos, y ella: Defpues quedando ella defto
nuy mal contenta de mi; por confejo de
n Cavallero enamorado fuyo, me empon-
oñò, tanto, que fegun veis, foy medio
nuerto, y hanme echado del Reyno. Oyen-
o efto el Emperador, abrazole, y besole,
iciendo: Hermano Alexandro, grande do-
›r tengo de ti; mas haved paciencia, hafta
ue llamemos à todos los mejores Fiſicos, y
nas entendidos, que fean en todo el mundo,
fi

ſi te pudieren remediar: y ſi poſſible fueſſe, n
quedará por teſoro; aunque yo en ello ſupie
ſe gaſtar todo mi Imperio. Entre tanto pu
ſolo en una camara muy aderezada, y mand
proveerle de todas las coſas neceſſarias, y em
biò à todas las partes del mundo por Fiſico
muy practicos: de los quales vinieron en e
pacio de un mes muchos, y muy ſutiles, y pra
ticos: y aſſi que el Emperador los viò, dixo
les: Amigos, yo tengo un amigo emponzoña
do, y leproſo: y ſi voſotros os ofreceis de ſa
narlo, no hagais eſtima de oro, ni de plata, n
de bienes temporales; que no ay coſa, que y
mas quiera que à èl, y quanto me pidieredes
os daré. Reſpondieron ellos: Señor, ſabe
que todo quanto de Fiſica alcanzar ſe pueda
lograreis de noſotros. Luego que lo vieron,
trataron de la dolencia; juzgaron ſer la dolen
cia ſobre el ſaber humano. Al oìr el Empe
rador eſto, entriſteciòſe mucho; y enton
ces bolviòſe à pedir la ayuda de Dios, lla
mando à los Religioſos, y pobres, y à todos lo
hombres devotos, y mandòles hacer ayuno
y oraciones, porque Dios quiſieſſe ayudar
ſu amigo Alexandro. Y como eſtuvieſſe un di
el Rey Alexandro en ſu oracion devotamen

te;

te; oyó una voz, que le dixo: Si el Emperador matáre con sus manos dos hijos, que la Emperatriz de una vez pariò, y lavares tu cuerpo con la sangre dellos; tu carne será sana, y limpia, como la de un niño. El Rey Alexandro pensaba entre sì, diciendo: No es cosa expediente revelar esta vision; porque mucho contrasta à la naturaleza la tal cosa, q̃ alguno mate à sus proprios hijos, por cobrar la salud agena; y no se lo quiso decir. El Emperador dias, y noches rogaba à Dios por la salud de Alexandro; y en fin vino al Emperador una voz, que le dixo: Qué me pides; pues à Alexandro ha sido ya revelado, còmo ha de ser sano, y limpio? Luego que el Emperador Luis oyò esto, fuese al Rey Alexandro, y dixole, Hermano, sea Dios bendito, y alabado, que nunca desampara los suyos, que en èl esperanza tienen, que te ha revelado, còmo has de sanar; y por esto yo tengo muy grande alegria dello: y si lo has menester, todo quanto yo tengo, lo gastaré por ti. Respondiò Alexandro, y dixo: Hermano, y Señor, yo no ossaria deciros, cómo tengo de sanar; porque es sobre todos los limites de la naturaleza; y no os ossaria decir tal cosa, puesto que de vos en cosas gran-

grandes confio. Dixo el Emperador Alexandro, ten confianza en mi, y en lo que poſſibl me fuere de hacer por cobrar tu ſalud; que yc todo lo haré, y no me encubras coſa del mundo. Entonces dixo Alexandro con gran temor, y verguenza: Dios me ha revelado, qu ſi matárades ambos tus hijos, y fuere yo lavado con la ſangre dellos, ſeré ſano, y limpio y por eſſo he callado: porque bien me parece eſto ſer mucho contra naturaleza, que e padre aya de matar à ſus hijos por la ſalu agena. Reſpondió el Emperador: O mi bue amigo Alexandro! No digas por la ſalud agena; que tu no eres ageno de mi, ſino otro yo Por tanto ſi diez hijos tuviera; por tu ſalu los mataria todos. Y de alli adelante el Emperador comenzò à buſcar tiempo, que l Emperatriz eſtuvieſſe auſente con ſus doncellas; y ſiendo el tiempo conveniente, entrò e la camara, donde ſus hijos eſtaban durmiendo, y con ſu puñal, llorando, degollòlos ambos à dos, y cogió la ſangre en un vaſo de plata muy limpiamente, y fue al Rey Alexandro, y bañòlo, y fregòlo muy bien; y en el mimo punto fue ſano, y limpio, como el dia, en nació, y ſe tornó la carne como de un niño d

le-

leche. Entonces luego el Emperador ſe alegró mucho, y dixo: O Alexandro, aora te veo en la manera, que muchas veces te he deſeado vér. Bendito ſea Dios, que me dió eſtos dos hijos, por cuyo medio tu ſanaſte! Y entonces Alexandro diò muchas gracias à Dios, y al Emperador; y ninguno ſupo en la Corte de la muerte deſtos niños, ſino el miſmo Emperador, y Alexandro. Aſſi que el Emperador viò à Alexandro ſano, dixole: Yo harè, que vayas muy bien acompañado, y apartate de aqui dos, ò tres leguas; y luego embiame à decir tu venida publicamente, è yo ſalirte he à recibir, y eſtarás conmigo, haſta que penſamos mejor en tu eſtado. Reſpondió Alexandro: Placeme; è hizolo aſſi. Luego Alexandro le embió un menſajero al Emperador Luìs, y denunciòle la venida del Rey Alexandro. Luego que la Emperatriz ſupo eſto, gozòſe mucho, y dixo Señor, no tenemos coſa tan guſtoſa, como ir à recibir al Rey Alexandro, nueſtro tan querido amigo: al qual dias há, que no avemos viſto: porende, Señor, ſi os place, ſalidle à recibir con vueſtros Cavalleros, y Grandes Hombres; y yo con mis

Damas, y doncellas os acompañaré. Entonces ella ninguna coſa ſabia de la muerte de ſus hijos; y con el gozo, que tenia de la venida del Rey Alexandro, nunca ſe acordò de ſus hijos: y aſſi ſalieron ambos con gran cavalleria à recibirle: y con gran alegria fue recibido Alexandro. Vinieronſe juntamente à la Ciudad; y quando fue la hora de comer, el Rey Alexandro fue aſſentado en medio del Emperador, y de la Emperatriz: y la Emperatriz le hizo, quanta fieſta pudo; y viendolo el Emperador, alegròſe dello, y dixo: Florentina, alegrate; pues vès aqui à Alexandro nueſtro hermano. Reſpondiò ella: Por cierto es gran razon, y en vos mucha mas; que por cauſa dèl haveis llegado à eſta dignidad, y os ha muchas veces librado de la muerte. Y dixo entonces el Emperador: Yo te ruego, Florentina, que me eſcuches. No viſte aquel leproſo, que el otro dia eſtaba aſſentado delante de noſotros, y me pedia por amor del Rey Alexandro? Reſpondió la Emperatriz: Si, por cierto; y nunca vì hombre mas eſpantable. Dixo entonces el Emperador: ſupongamos, que aquel fueſſe el Rey Alexandro, y en ninguna

mane-

manera pudieſſe ſer curado, ſino con la ſangre de tus hijos, que en una vez pariſte; querrias, que ſe derramaſſe la ſangre dellos, y que Alexandro ſe bañaſſe en ella, porque conſiguieſſe ſanidad perfecta, como le ves tener? Reſpondiò ella: Señor, por què me dices eſtas coſas? Certificote, que ſi diez hijos tuvieſſe, todos diez los degollaria, y mataria con mis manos, paraque ſe bañaſſe, y no le dexaſſe en tal peligro: pues bien podria yo cobrar los hijos; mas cobrar tal amigo ſeria impoſſible. Y el Emperador, oyendo eſto, algun tanto conſolado le dixo: Señora: pues antes os ruego, que os conſoleis de veſtros hijos por la dolencia de Alexandro. Sabed luego todo el caſo. Aveis de ſaber, que el leproſo tan feo, que viſteis fue Alexandro, al qual aqui veis aſſentado, y ſano; y ſabed, que vueſtros hijos ſon muertos por ſu ſalud. Luego que huvo oìdo eſto la Emperatriz, eſtaba muy triſte, como era razon; aunque avia dicho, que antes quiſiera vèr muertos à todos ſus hijos, que à Alexandro vèr en tal pena: y las amas, que los criavan, quando eſto entendieron, con gran llanto, y lagrimas, meſandoſe, fueron à la

camara de los niños, y por todo el Palacio fue grande el llanto; tanto, quanto ſe pudo hacer. Mas Dios por ſu infinita bondad quiſo moſtrar gran milagro, que quando fueron à la camara, oyeron cantar à los niños la *Salve Regina*: lo qual oyendo, y viendo eſto, vinieron corriendo con gran gozo al Emperador, y la Emperatriz, y dixeronles, como eran vivos los niños. Quando eſto oyeron, fueron corriendo à la camara, y hallaronlos cantando, y jugando con ſendas manzanas en las manos: y tenían en la garganta, donde avian ſido degollados, un cerco de oro: y como las amas divulgaron eſta fama, gozaronſe mucho, quantos en la Corte eſtavan, y davan loores à Dios de tan gran milagro. Deſpues el Emperador, y el Rey Alexandro recogieron una muy gran hueſte por el mar, y entraron en Egypto, por ganar la tierra; y quando la Reyna, y el Cavallero ſu enamorado, que ſe avia alzado por Rey en el Reyno, lo ſupieron, llamaron a todos los Grandes ſus vaſallos, que vinieſſen para defender la tierra contra Alexandro; y venidos à èl, juntaronſe gran numero de gentes, y vinieron contra Alexandro, y contra el Emperador

Luís, y tuvieron una muy fuerte, y cruda batalla, en que huyó el Cavallero amigo de la Reyna, y mucha gente suya fue muerta, y despues cercaron la Ciudad, y tomaron à la Reyna, y al Cavallero, que avia cometido con ella la traícion, y mandò, que los quemassen. Lo qual hecho, tenia Luís una hermosa hermana, la qual casò con el Rey Alexandro su muy amado amigo. Luego que el Rey Alexandro, y Luìs huvieron conquistado todo el Reyno, y estuviessen en paz, tornò el Emperador Luís à su Imperio, y el Rey Alexandro portòse en todos sus negocios muy bien, y prudentemente con los del Reyno, y venciò à todos sus enemigos: y como estuviesse en toda su gloria, y poderio, pensò en lo de su Padre, y de su Madre, por los quales èl fue tan cruelmente lanzado en el mar; y ellos moravan en tierras muy lexos: embiòles à decir, que cierto dia iria à comer el Rey Alexandro con ellos; y assi que llegò à ellos el Mensagero, recibieronle de muy buena gana, maravillandose mucho, que cosa podria ser; que el Rey quisiesse comer con ellos: pero tornaronle à embiar con grandes dones, diciendole, que les placia, y que harian

al Rey, todos quantos servicios à ellos fuessen possibles, y que esta honra no le podrian pagar jamas; que èl tuviesse por bien de hacer tanta merced, que quiesse con ellos comer. El Mensagero, tornando al Rey, dixo, como le avian muy bien recibido, y le avian presentado muchos dones, y como se ofrecieron muy voluntariamente à su mandamiento. La qual respuesta plugo mucho al Rey; y el Rey Alexandro al plazo puesto con una conveniente compañia, fne à casa de su Padre; no sabiendo ni el mismo Padre, ni la Madre, que ellos fuessen Padre, y Madre del Rey Alexandro. Assi que el Rey Alexandro llegò con su gente al Castillo del Cavallero su Padre, saliòle à recibir el mismo Cavallero, y al llegàr al Rey, descavalgó de su cavallo, y llegó con las rodillas por el suelo al Rey; y el Rey con mucha cortesia levantóle de la tierra, è hizole tornar à subir à su cavallo, y pusole à par de sí: y juntamente se fueron para el Castillo. Luego que llegaron cabe el Castillo, saliòlos à recibir la Madre, y tendida por el suelo le saludó: la qual fue luego levantada por el Rey, y abrazòla, y dixole: Señor, muy grande honra ha hecho vuestra Alteza à

per-

perſonas tan baxas, con vueſtra Real preſencia. Aſſi que eſtuvo aderezada la comida, vino el Padre con el plato para dar agua à manos, y la Madre vino con las tohallas, y dixeronle: Señor, todas las coſas eſtàn ya aparejadas: tome vueſtra Alteza agua à manos; y al ver al Rey Alexandro eſto, ſonriòſe, y dixo entre sí: Ya es cumplido el canto del Ruyſeñor. Por cierto mi Padre, y mi Madre, ſi yo los dexaſſe hacer, bien cumplirian, lo que yo he dicho. Y entonces el Rey no quiſo ſufrir, que le dieſſen agua, diciendoles: Vueſtra vejéz es honrada; por tanto guardeme Dios, que tal coſa conſienta. Y reſpondiò el Cavallero ſu Padre: Señor, no ſomos dignos do ſervir à vueſtra Alteza; y por tanto os rogamos, que os plegue dexarnos hacer, y lo conſintais, por lo que à nueſtra honra toca. Dixo entonces el Rey: No os he dicho, que vueſtra vejèz con gran honra ſe deve honrar, y comportar? Y todo eſto hecho, el Rey ſe aſſentó à la meſa, y puſo à ſu Padre à la dieſtra, y la Madre à la izquierda; y ellos dixeron: Señor, no ſomos dignos. Reſpondiò el Rey: Haced mi voluntad; y ellos aſſentados, quanto pudieron, moſtraron alegria en el roſtro,

tro, y eſtavan muy gozoſos. Acabada la comida, el Rey entrò en la camara, è hizo entrar al Cavallero ſu padre con ſu muger, y mandò, que todos los otros ſe ſalieſſen fuera de la camara; y eſtando ſolos, mandòles, que ſe ſentaſſen cabe èl, y dixoles: Amigos teneis algun hijo? Reſpóndieron ellos: Señor, no. Dixo entonces el Rey: Tuviſteis jamás algunos hijos? Reſpondiò el Cavallero: Señor, un hijo tuvimos; pero es muerto. Dixo entonces el Rey: de que muerte murio? Reſpondiò el Cavallero: de ſu muerte natural. Dixo entonces el Rey Alexandro: Si yo os moſtràre, que de otra muerte es fallecido, ſereis de mentira vencidos. Reſpondiò el Cavallero, y dixo, Señor, por què nos pregunta vueſtra Alteza por nueſtro hijo? Reſpondiò el Rey: Por cierto no ſin cauſa os lo pregunto; porque yo quiero s ber, de què es muerto, y ſi no me lo dixereis, yo os matarè. Oyendo ellos eſto, tendieronſe en el ſuelo, y pidieronle miſericordia; y el Rey levantólos diciendo: No he venido à vueſtra caſa, para ſer traydor: mas decidme la verdad, porque os ſalveis; que yo he entendido, que voſotros le mataſteis: y ſi eſto viene en juicio; cierto

es,

s que fereis condenados à muerte. Entonces dixo el Cavallero: Señor, hacednos merced de la vida; y yo os dirè la verdad. Respondiòles el Rey: No temais cosa alguna. Dixo el Cavallero: Señor, nosotros tuvimos un hijo muy fabio, y entendido: y como estuviesse un dia firviendonos à la mesa, vino un Ruyseñor bolando, el qual dulcemente cantaba; cuyo canto él nos interpretó, diciendo: Esta ave ha cantado, que yo he de fer tan gran Señor, que vosotros os combidaréis à fervirme de agua à las manos, y que tendrá mi madre la acelaja: y yo oyendo esto, movìme con grande ira, y hechelo en el mar. Pues (dixo el Rey) què mal os viniera; porque él fuera grande? Antes huviera fido honra, y provecho vuestro. Por cierto locura fue contrastar la voluntad de Dios. Sabed pues, que yo foy vuestro hijo, el que vosotros lanzasteis en el mar; y nuestro Señor, por su misericordia me falvó, y me ha traído à este estado. Luego que ellos oyeron esto, fueron llenos de gozo, y de miedo, y cayeron todos en el fuelo; y èl levantólos con muy gran amor, diciendoles: No temais; mas alegráos, y tomad pla-

placer; que por eſſo ningun mal tendreis, antes mi enſalzamiento ſerá gloria vueſtra, y provecho perpetuo; y besòlos. La madre comenzò à llorar de grande gozo: à la qual dixo el Rey; no lloreis, mas conſolàos; que en mi Reyno aveis de ſer mayores, que yo, quanto viviere. Y haviendolos conſolado, llevòlos conſigo al Reyno ſuyo, en donde eſtuvieron con el Rey ſu hijo, mientras ellos vivieron, en igual honra, y gloria con el, y fenecieron ſus dias con mucha alegria.

CAPITULO XXII.

COMO FUE CONDENADA A MUERTE la Emperatriz; y de la muerte del Emperador, y como Diocleciano ſu hijo le ſucedió en el Imperio.

ACabado que eſtuvo eſte razonamiento, dixo à la Mageſtad del Emperador: Señor, aveis entendido, lo que he dicho? Reſpondiò èl: Si, muy bien. Dixo el hijo al padre: Pueſto Señor, que Dios nueſtro Señor me haya dado ſabiduria, y buen entendimiento, mas que à otros muchos, no ſerá en

per-

erjuício de vueſtra honra, antes mas para
onſervarla: aſſi como el poderío de aquel
.ey fue lanzado en la mar, que no redundaba
n confuſion, ni verguenza de ſu Padre, mas
n honra grande, y provecho ſin ſin; pues ſiem-
re, mientras vivieron, tuvieron mucho bien.
' dixo el Emperador: Hijo, yo te renuncio del
odo el Imperio; pues me has claramente en-
eñado con tu exemplo: por el qual yo pue-
e entender; que es mejor, que de aqui ade-
ante yo te encomienda mi trabajo; pues ſoy
iejo. Reſpondiòle Diocleciano: Señor, no
erà aſſi; mas quanto vivieredes, todo lo po-
lreis mandar à vueſtra voluntad. Y quanto à
os trabajos, y à los otros autos, yo eſtoy
rompto à ſerviros: y aſſi proſigamos la ſen-
encia contra la Emperatriz. El Emperador
izo luego hacer juìcio, y aſſentar Jueces por
Tribunal, è hizo llamar à la Emperatriz con
as Damas, è hizo aſſentar al vellaco, ſu ami-
go, cabe ella, veſtido, como muger, delante
odos: y el hijo del Emperador pidiò ſenten-
ia, diciendo: Señor, pues ſois Emperador
lel Mundo, y vueſtra Mageſtad requiere rec-
o juício; yo pido ſentencia de la disfama-
ion, que la Emperatriz me ha levantado, por
lo

lo qual me han ſiete veces llevado à la horca; y aſſimiſmo me ha ſido alevoſa, como aveis viſto: por lo que yo os requiero, que les mandeis à vueſtros Aſſeſſores, que hagan juſticia. Luego que la Emperatriz oyó eſto cayò medio muerta en el ſuelo, y pidió perdon; mas ninguna coſa le aprovechó; porque el hijo quiſo haver juſticia. A lo qual dixeron los Jueces: Su confeſſion meſma la condena, y la prueba de aquel vellaco, que ha ſido cabe ella hallado; porende Nos damos por ſentencia, que ſea atada à la coſa de un cavallo, y llevada por calles, y callejones, y por plazas al juício, y ſea quemada, y el vellaco ſea deſquartizado: y eſta ſentencia fue por todos aprobada por buena. Deſpues deſto el Emperador en breve tiempo murió, y Diocleciano ſu hijo en lugar ſuyo regia, y governaba el Imperio con grande prudencia, y ſabiduria, y tenia conſigo ſus Maeſtros con gran honra, y reverencia, con cuyo conſejo aſſi governò el Imperio, que à todos ſus Predeceſſores aventajó en prudencia, juſticia, juício, teſoro, y riquezas. Y ſus Maeſtros le amaron en demaſia tanto, que muchas veces ſe puſie-

ſie,

eron à la muerte por èl; y assi fenecieron
us vidas en paz, y se encomendaron á
Dios.

Siete fueron en Grecia, los que sobre to-
dos tuvieron excelencia en saber: Bias Pari-
ense, Thales Milesio, Solon de Athenas, Pi-
aco Militeno, Chilon Lacedemonio, Mis-
on Corinthio, Cleobulo Lidio; y los que
estudiaron Filosofia en tiempo de Pita-
goras fueron llamados Sabios; y
despues han sido dichos
Filosofos.



TABLA

DE LOS CAPITULOS DE ESTE Libro.

y

FIN.